

317

DAD AU

CIÓN GE

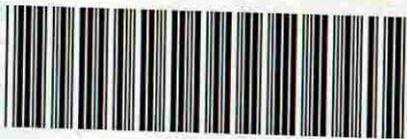
PR5317

.A5

V. 3

C. 1

AL



1080022133

EX LIBRIS

HÉMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

H. T.



EL ANTICUARIO.

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO EMETERIO
1869 Y 1870

H. T.



EL ANTICUARIO.

UANI

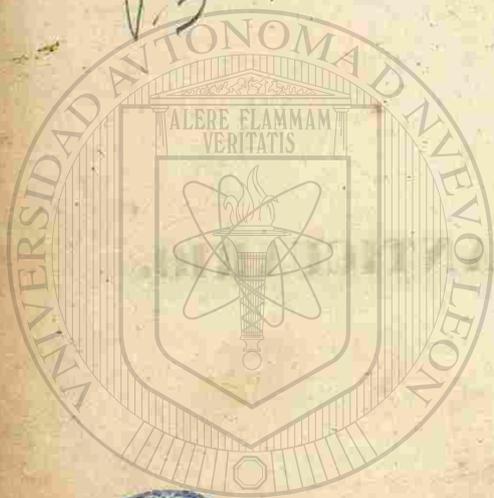
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO EMETERIO
1869 Y 1870

PR 53/7
AS
V. 3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Venturoso 2^o

EL

ANTICUARIO.)

CAPITULO XXII.

- » Ramon, que se cree un sabio
- » Cargado con su crisol,
- » Al aspecto del peligro
- » Se arma de nuevo valor.
- » Todo su oro en el hornillo
- » Dos veces se evaporó,
- » Y dos veces su esperanza
- » Se fué para otra region.
- » Acaso un tercer esfuerzo
- » Tendrá un éxito mejor,
- » Y el oro renacerá
- » En redoblada porcion. »

(COMEDIA ANTIGUA.)

A cosa de una semana despues de las aventuras detalladas en el capítulo anterior, bajando el señor Oldbuck una mañana para almorzar, halló un desórden completo por parte de su gente femenina; sus tostadas de pan no estaban hechas, ni preparada su copa de plata

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

que recibia regularmente sus libaciones de *mum.*

— ¡Ese tronera!..... ¡maldito sea!..... dijo para sí, ahora que empieza á estar fuera de peligro, no hay quien aguante semejante vida. Todo está revuelto. ¿ Quien diria que habia de haber saturnales perpetuas en mi casa, en otro tiempo tan tranquila y tan bien ordenada? Llamo á mi hermana.... ¡oh!..... á la otra acera. Grito, me desgañito aplicando á mis hembras mas títulos de los que diéron los Romanos á sus divinidades, y al cabo de una hora Jenny con su desentonada voz tiene la bondad de responderme desde las regiones subterráneas de la cocina, pero sin tomarse el trabajo de subir la escalera, de suerte que es preciso continuar la conversacion á espensas de mis pulmones. Y empezó á gritar de nuevo. — ¡Jenny!..... ¡Jenny!..... ¿donde se halla miss Oldbuck?

— En el cuarto del capitan.

— ¡Hum!... ya me lo figuraba. ¿Y mi sobrina?

— Está preparando el té del capitan.

— Muy bien; esto no podia faltar..... ¿Y Caxon?

— Ha ido á Fairport á buscar la escopeta y el perro de parada del capitan.

— ¡Bravo!..... ¿y quien diablo me pondrá ahora la peluca? ¿Tendrás que ser tú segu-

ramente, muger sin juicio? Sabiendo que miss Wardour y sir Arthur deben venir esta mañana temprano, ¿como has dejado partir á Caxon para ocuparse en tales tonterías?

— ¡Yo!..... ¿acaso podia impedírsele? ¿Quisiera usía que me opusiese al gusto del capitan, de un hombre que tal vez va á morir?

— ¡A morir! ¿como es esto? ¿hay alguna novedad?

— No, á lo menos que yo sepa.

— Luego sigue la mejoría; pero ¿que necesidad tenemos aquí de la escopeta ni del perro? ¿Quieren que el animal eche á perder mis muebles, robe mi despensa, atormente mi gato, y que el arma de fuego, que los antiguos tuviéron la dicha de no conocer, levante la tapa de los sesos á alguno de la familia? Demasiado bien le ha servido la pistola, para pensar tan pronto en pólvora y plomo.

En este instante entró miss Oldbuck en el cuarto bajo, á cuya puerta tenia nuestro anticuario esta conversacion con Jenny, que le respondia del fondo de la cocina. — Pero, hermano mio, le dijo, si gritas de esta manera, vas á ponerte tan ronco como un cuervo. ¿Es prudente mover tanto ruido en casas de enfermos?

— ¡Dale todavía con el enfermo! yo creo que pronto se apoderará de toda la casa. Ya

me he quedado sin almuerzo, apuesto á que me quedo tambien sin peluca; y aun se me prohibirá decir que tengo hambre ó frio, por temor de incomodar al pobre enfermo que se halla al otro extremo de la casa, y lo pasa bastante bien para enviar á buscar su perro y su escopeta, por más que le conste que á mí no me gusta ese aparejo, desde que nuestro hermano mayor, el pobre Williewald, pasó á mejor vida, de resultas de un dolor en los piés procedente de la humedad, pues estaba cazando casi siempre en la laguna de Kittlefitting. Pero ¿que importa? sin duda aguardan que yo ayude al capitan Hector á levantarse de la cama, y que le permita divertirse tirando á los palomos y á los payos de mi corral, porque, á decir la verdad, creo que dentro de poco tiempo no será temible sino para los animales domésticos, y que las *feræ naturæ* estarán bien á cubierto de su persecucion.

Miss Mac-Intyre entró en este instante, y considerandose en retardo para preparar el desayuno de su tio, quiso reparar el tiempo perdido redoblando la actividad; pero no adelantó nada con esto.

— ¡Cuidado con lo que haces, alborotada! vas á romper la botella; ¿no ves que está muy arrimada á la lumbre?... ¡Y esa tostada de pan, quieres convertirla en carbon, y pre-

sentarla en ofrenda á Juno, ó como se llama, esa perra que acaba de entrar contigo, y que tu discreto hermano en su primer instante de juicio ha mandado traer aquí, atencion que le agradezco infinito? A mas de que es una compañía muy oportuna, la pobre perrita ayudará á las demas hembras de mi casa á divertirse y á conversar con él.

— Querido tio, no se enfade vm. con esa leal sabuesita. La tenian atada en el alojamiento de mi hermano en Fairport, dos veces ha roto la cuerda, y se ha venido aquí. Hubiera sido una crueldad echar á la calle á este fiel animalillo. Arroja unos gemidos lastimeros, como si supiese que su amo está enfermo, y tenemos todos los trabajos del mundo para apartarla de la puerta de su cuarto.

— Pero decían que Caxon habia ido á Fairport á buscar su perro y su escopeta.

— ¡Ay Dios mio!.... no es eso; solamente como Caxon iba á la ciudad á buscar algunas drogas que se necesitaban para curar la herida de Hector, este le ha dicho que al mismo tiempo le trajese su escopeta.

— Ya que era preciso que Caxon fuese á Fairport, el disparate no es tan grande como hubiera podido suponerse, habiendo tantas hembras de por medio. ¡Curar su herida!.... ¿y quien curará mi peluca? Supongo que

Jenny, añadió el solteron mirandose en un espejo, se encargará de darle un aspecto decente. Tratemos ahora de almorzar con el apetito que nos queda. Puedo muy bien decir á Hector lo que dijo sir Isaac Newton á su perro Diamante, cuando el animal (yo detesto á los perros) habiendo hecho caer una vela encima de una mesa cubierta de papeles, prendió la llama, y redujo á cenizas una infinidad de cálculos que habian costado al filósofo veinte años de trabajo: — Diamante, Diamante, tú ignoras el mal que acabas de hacer.

— Yo le aseguro á vm., tio mio, que Hector se arrepiente mucho de su ligereza, y confiesa que el señor Lovel se ha portado como debía un hombre de honor.

— Sí, á buen tiempo, despues que le ha obligado á ausentarse de aquí por temor de las consecuencias de este lindo negocio. Yo te digo, Mariquita, que el entendimiento de Hector, y con mayor razon el de toda la gente femenina, no se halla en estado de comprender toda la estension de la pérdida que ese cabeza de chorlito acaba de ocasionar no solo á sus contemporáneos, sino á toda la posteridad. ¡ Un poema con un argumento tan feliz! *Aureum quidem opus* (1), con notas

(1) Realmente una obra de oro.

para facilitar la inteligencia de lo claro, de lo oscuro, y de lo que no es ni claro ni oscuro, pero que se entrevé solamente por entre un crepúsculo sombrío en la region de las antiqüedades caledonias. Yo habria obligado á los panegiristas de los Celtas á poner gran cuidado en lo que propalan. Fingal, á quien se toman la libertad de llamar Fin-Mac-Coul, habria desaparecido envuelto en su nube, como el espíritu de Loda, á la vista de mis sabias investigaciones. ¡ Un anciano, canoso como yo, puede lisonjearse de volver á encontrar una ocasion semejante?... ¡y haberla perdido por la estravagancia de un calavera!.... Pero me someto á la providencia.... cumplase la voluntad de Dios.

Continuó el anticuario refunfuñando así, por valernos de la espresion de su hermana, durante todo el tiempo del almuerzo; y á pesar de la azúcar, la miel y todos los dulces que se sirven en los almuerzos en Escocia, hizo que sus compañeras le encontrasen bien amargo; pero ya le conocian el genio. — Monk-barns ladra, ladra, solia decir confidencialmente miss Oldbuck á miss Rebecca Blattergowl, pero nunca muerde.

Su espíritu habia estado muy agitado durante el peligro de su sobrino. Ahora que Hector podia considerarse convaleciente, ya se

desahogaba lastimandose de las sujeciones y de la interrupcion de sus estudios favoritos. Su hermana y su sobrina le escuchaban sin desplegar los labios, miéntras descargaba de esta suerte su bilis en sarcasmos contra las mugeres, los perros y las escopetas, objetos que llamaba instrumentos de ruido, de discordia y de tumulto, y que no podía ver absolutamente.

Esta escena fué interrumpida por el ruido de un coche. Oldbuck, sacudiendo inmediatamente su mal humor, bajó con precipitacion una escalera y subió otra, pues estas dos operaciones eran necesarias para salir á recibir á miss Wardour y á su padre á la puerta de la casa.

Saludáronse recíprocamente con sincero afecto; y sir Arthur, que no se habia olvidado de enviar todos los dias para informarse de la salud del capitán Mac-Iutye, preguntó lo primerito como lo pasaba.

— Mejor de lo que merece, respondió Oldbuck, despues de habernos causado tanta incomodidad por una necia contienda, y atropellado las leyes divinas y humanas.

— Su sobrino de vm. ha sido algo imprudente, no hay duda, dijo sir Arthur; pero debemos estarle agradecidos, pues nos ha hecho conocer que ese señor Love es un jóven sospechoso.

— ¡Sospechoso! no por cierto. Negóse á responder á las impertinentes preguntas de Hector; he aquí todo su delito. Acaso lo hizo con algun exceso de terquedad, pero Lovel sabe escoger mejor sus confidentes. Sí, miss Wardour, ya puede vm. mirarme, esta es la verdad: Lovel ha depositado en mi pecho la causa secreta de su morada en Fairport; y para ayudarle en la empresa á que se habia consagrado, no hubiera yo dejado piedra sobre piedra.

Al oír esta magnánima declaracion del anticuario, miss Wardour cambió muchas veces de color, y apénas podía dar crédito á sus oídos. De todos los confidentes que se hubieran podido escoger en una pasion amorosa (é Isabel debia naturalmente suponer que tal era la confidencia de que se trataba), Oldbuck, despues de Edie Ochiltrie, parecia el mas extraordinario y el menos conveniente. No pudo, por consiguiente, dejar de estar sorprendida y disgustada de la reunion de circunstancias que dió motivo á que se enterasen de un secreto de naturaleza tan delicada dos personas tan poco á propósito para ello. Lo que ella temia en la actualidad, era el modo como Oldbuck entablaria este negocio á su padre, pues no dudaba que tal fuese su intento, y le constaba que el anticuario, aunque

llo el mismo de preocupaciones, no tenia mucha compasion por las de los demas. Llenóse, pues, de inquietud y desasosiego al oír que su padre deseaba hablar á solas con el señor Oldbuck, y al verlos pasar al gabinete del anticuario. Temia que una esplosion desagradable no fuese la consecuencia de la esplicacion que iba á realizarse. Quedóse con miss Oldbuck y miss Mac-Intyre, é hizo todos sus esfuerzos para continuar su conversacion con ellas; pero se hallaba en una situacion no menos crítica que la de Macbeth, cuando se vé obligada á ahogar la voz de su conciencia para escuchar y responder á las observaciones acerca de la tempestad de la noche anterior, cuando todas las facultades de su alma estan concentradas en la espectacion del alboroto que sabe moverán cuanto ántes los que han entrado en el cuarto de dormir de Duncan asesinado. La conversacion de los dos anticuarios fué sin embargo muy distinta de lo que ocupaba el entendimiento de miss Wardour.

— Señor Oldbuck, dijo sir Arthur, cuando despues de todas las ceremonias convenientes se hubieron sentado en el *sanctum sanctorum* del anticuario, vm., que está tan enterado de los negocios de mi familia, se sorprenderá acaso de la pregunta que voy á hacerle.

— Si se trata de dinero, sir Arthur, siento verdaderamente que.....

— Sí, señor, se trata de dinero, señor Oldbuck.

— Pues bien, sir Arthur, en la actualidad y atendida la baja de los fondos públicos..... no puedo.....

— Vm. no me comprende, señor Oldbuck. Lo que yo quiero preguntar á vm. es su opinion acerca del modo de colocar con ventaja una suma considerable de dinero.

— ¡Diablo! exclamó el anticuario; y conociendo que esta exclamacion involuntaria no era muy cortés, se dió prisa en reparar esta desatencion manifestando á su amigo cuanto celebraba que tuviese dinero que colocar, en una ocasion en que todo el mundo se lastimaba de la falta de numerario. — En cuanto al empleo del dinero, como decia á vm., añadió, los fondos públicos estan de baja, y se podrian tambien comprar baratas algunas piezas de tierra. Pero ¿no obraria vm. mejor empezando por aligerarse de sus cargas?..... Yo tengo aquí.... (y diciendo esto sacó de un cajon de su bufete una carterita encarnada que sir Arthur conocia perfectamente, y cuya vista por esta misma razon le era insoponible); yo tengo aquí tres vales que, con

agregacion de los intereses, ascienden juntos á la suma de.... hagamos el cálculo.

— De cerca mil libras esterlinas, replicó inmediatamente sir Arthur; ya me lo dijo vm. dias pasados.

— Sí, pero desde entónces ha vencido otro término de intereses, y encuentro que la totalidad sube á mil ciento trece libras siete sueldos cinco dineros y tres cuartos. Compruebelo vm.

— Es inútil, estoy mas que persuadido de la exactitud, respondió el baronet repeliendo los papeles del modo que el que ha comido bien rehusa el nuevo plato con que le brindan; y dentro de tres dias lo mas tarde quedará vm. satisfecho, si accede vm. á recibir el importe en barras ó panes.

— ¡ En barras ó panes!.... ¿ luego se trata de plomo?..... ¡ Diablos! ¿ se ha encontrado por fin la buena vena? Pero ¿ que quiere vm. que haga de una masa de plomo por valor de mil ciento y tantas libras? Los antiguos abades de Troteosey hubieran podido cubrir con él su iglesia y su monasterio; pero yo....

— Proponiendo á vm. barras ó panes, entiendo hablar solamente de metales preciosos como oro ó plata.

— ¿ De veras? ¿ y de que parte de América ha sido importado este tesoro?

— No viene de muy lejos; pero si vm. quiere, yo se lo haré ver todo, bajo una pequeña condicion.

— ¿ Y que condicion es esta?

— La de adelantarme un centenar de libras esterlinas para ayudarme en la empresa.

Oldbuck, que habia ya palpado en imaginacion la suma que sir Arthur le debia capital é intereses, y que consideraba como perdida mucho tiempo habia, quedó maravillado de esta proposicion, y no pudo dejar de repetir con tono de sorpresa y de consternacion:— ¡ Adelantar un centenar de libras!

— Sí, querido mio, y con las mejores garantías posibles de ser reembolsado dentro de dos ó tres dias.

Hubo aquí un momento de silencio, ya sea que la quijada inferior de Oldbuck no hubiese recobrado bien todavia su posicion para ponerle en estado de proferir una negativa, ó que la admiracion le pusiese un candado en la boca.

— No propondria á vm. que me hiciese este favor, continuó sir Arthur, si no tuviese pruebas ciertas del fundamento de las esperanzas de que le estoy hablando; y yo le aseguro á vm., señor Oldbuck, que con darle todos los informes posibles sobre este punto, no llevo mas idea que ofrecerle al mismo tiempo una

prueba de confianza, y mostrarme agradecido á sus reiterados beneficios.

El anticuario le dió las gracias, pero puso gran cuidado en no comprometerse con ninguna promesa inconsiderada.

— Habiendo descubierto el señor Dousterswivel.... dijo sir Arthur.

Interrumpióle Oldbuck con los ojos centelleantes de cólera.

— Sir Arthur, exclamó, he dicho á vm. tantas veces que no se fiase de ese bribon, de ese charlatan, que estraño que pronuncie vm. su nombre delante de mí.

— Pero escuche vm., ¿que daño puede resultar? Yo le digo á vm. que Dousterswivel me persuadió á que asistiese á un experimento que hizo en las ruinas de San Ruth. ¿Y que dirá vm. que encontramos?

— Alguna otra fuente de que el pícaro conocia ya de antemano la existencia.

— Nada de esto : piezas de oro y de plata; aquí estan.

Diciendo esto, sir Arthur sacó de su faltriquera un gran cuerno de carnero con una cobertera de cobre, dentro del cual habia gran cantidad de piezas de plata de toda especie, y algunas de oro.

Los ojos del anticuario brillaron con nuevo

fuego luego que las vió colocadas encima de la mesa.

— A fé mia, he aquí una coleccion curiosa de monedas de Escocia, de Inglaterra, y de los paises estrangeros; y aun distingo algunos *nummi rari, rariores, etiam rarissimi* (1). He aquí la pieza de bonete de Jacobo V, el unicornio de Jacobo II, los testones de oro de la reina María, con su cabeza y la del delfin. — ¿Y todo esto se ha encontrado en las ruinas de San Ruth?

— Seguramente, yo lo he visto con mis propios ojos....

— Muy bien, pero es preciso que vm. me diga cuando, donde, como....

— ¿Cuándo?... á media noche, en la época del último plenilunio. ¿Donde?... ya se lo he dicho á vm., en las ruinas del priorato de San Ruth. ¿Como?... por medio de un experimento de Dousterswivel, acompañado solamente por mí.

— ¡De veras! Pero ¿de que medios se han valido vms. para hacer este descubrimiento?

— De una simple fumigacion con la influencia de la hora planetaria.

— ¡Una simple fumigacion!.... mejor diria vm. fascinacion.... ¡La hora planetaria!.... sí,

(1) Piezas raras, muy raras, de las mas raras.

la hora triplemente patibularia. Sir Arthur, *sapiens dominabitur astris* (1). Este miserable le ha convertido á vm. en ganso en la tierra, debajo de la tierra, y aun creo que lo hubiera hecho en los aires, á hallarse en la roca de Halket-Head, donde le encaramáron á vm. A buen seguro, que en este último caso la metamorfosis hubiera venido de perillo.

— Muy bien, señor Oldbuck, le agradezco á vm. la opinion que ha formado de mi discernimiento, pero espero que no me hará el agravio de creer que no he visto lo que realmente he visto.

— No ciertamente; estoy mas que persuadido de que sir Arthur no dirá jamas que ha visto una cosa, sin creer realmente haberla visto.

— Pues bien, tan cierto como existe un firmamento encima de nosotros, he visto desenterrar estas piezas de moneda en el coro de la iglesia de San Ruth. Y en cuanto á Dousterswivel, por mas que se haya debido á su ciencia este descubrimiento, sin embargo, para decir á vm. la verdad, creo que no hubiera tenido la firmeza necesaria para llevar á cabo la aventura, si yo no hubiese estado con él.

— ¿ De veras? dijo Oldbuck con el tono de

(1) El sabio avasallará los astros.

un hombre que, ántes de hacer comentarios sobre una historia, desea enterarse de todas las circunstancias, y conocer el resultado definitivo.

— No hay cosa mas cierta: yo le aseguro á vm. que estaba muy atento. Oímos, esto es un hecho, salir de las ruinas un ruido muy singular.

— ¡ Oiga!.... algun compinche del Aleman que estaria oculto allá dentro.

— Nada de eso. Los sonidos tenian un carácter espantoso y sobrenatural. El primero se parecia á un estornudo violento, el segundo á un gemido profundo. Yo oí bien distintamente el uno y el otro, y Dousterswivel me asegura que ha visto el espíritu Peolphán, el gran cazador del norte, de quien se hace mencion, señor Oldbuck, en Nicolas Remigio y en Pedro Tyraco. Este espíritu remedaba la accion de tomar tabaco y de estornudar.

— Singular diversion para tan alto personaje, y sin embargo estaba muy adaptada á las circunstancias; pues examine vm. el cuerno que contenia el dinero. Tales fuéron las primeras cajas de tabaco de que se sirviéron en Escocia, y apuesto á que esta ha sido destinada al mismo uso. Pero al cabo, á pesar del espíritu estornudador, ¿ persistiéron vms. en la empresa?

— Es probable que un hombre menos firme y menos sensato hubiera renunciado á ella; pero yo temia ser víctima de una impostora, consideraba que debia á mi familia una prueba de valor á todo trance, y por esto con amenazas obligué á Dousterswivel á continuar la operacion comenzada. Ahora tenemos una prueba de su ciencia y de su honradez en las piezas de oro y de plata que estan presentes, y entre las cuales suplico á vm. que escoja las que sean de su gusto para agregarlas á su coleccion.

— Ya que es vm. tan bueno, sir Arthur, escogeré algunas de buena gana, pero con el bien entendido que le abonaré en cuenta su valor, segun la tarifa que hallaremos en Pinkerton.

— Eso no, perdone vm., exclamó sir Arthur, deseo que vm. las acepte como una prueba de amistad; pero en todo caso jamas consentiria á pasar por la tarifa de su amigo Pinkerton, que ha atacado todas las autoridades antiguas las mas auténticas, sobre las cuales, como en columnas cubiertas de musgo, descansa el crédito de las antigüedades escocesas.

— Sí, sí, presumo que quiere vm. hablar de Mair y de Boecio. Sus escritos no son mas que un tejido de imposturas y de falsedades;

y á pesar de cuanto acaba vm. de decir, tengo á Dousterswivel, su amigo de vm., por un ser tan apócrifo como todos esos pretendidos reyes.

— No quiero suscitar antiguas contiendas, señor Oldbuck; pero, porque yo creo en la historia antigua de mi pais, ¿ha de suponer vm. que no tengo ojos para ver, ni oidos para escuchar lo que se pasa en torno mio?

— Perdone vm., sir Arthur, pero yo considero toda esa afectacion de terror del digno personage, su coadjutor de vm., como una circunstancia del papel que queria representar. Y en cuanto á esas piezas de oro y de plata, estan tan mezcladas, pertenecen á tantas épocas y paises distintos, que no puedo considerarlas como un verdadero tesoro, mas pronto como los bolsillos que habia encima de la mesa del legista de Hudibras.

- » Como el huevo figurado
- » Del nido de la gallina,
- » Con que á ella se la inclina
- » A que los ponga á su lado;
- » Así estaba colocado
- » En la mesa aquel dinero,
- » Como cebo verdadero
- » Del pleiteante, etc. (1) »

(1) Hudibras.

En todas las profesiones hay su charlatanismo. ¿Me será lícito preguntar á vm. cuanto le ha costado el hallazgo?

— Diez guineas, á corta diferencia.

— Y ha ganado vm. lo que vale intrínsecamente veinte, ó acaso el doble para locos como nosotros. Ha tenido vm. un beneficio, no lo niego, pero era para engatusarle. ¿Y que cantidad propone aventurar ahora?

— Ciento y cincuenta libras. Le he dado ya el tercio de la suma, y esperaba que vm. me adelantaria el resto.

— Me inclino á creer que acaso no es aun el golpe de gracia; la cantidad no es bastante considerable. Semejante á los jugadores de profesion que quieren desollar á un novicio, nos dejará probablemente ganar esta partida. Sir Arthur, espero que vm. me hará el honor de creer que yo deseo serle útil.

— No lo dudo, señor Oldbuck, y me lisonjeo de que la confianza que pongo en vm. en esta ocasion es buena prueba de ello.

— Pues bien, permitame vm. hablar con Dousterswivel. Si puede adelantarse esta suma de un modo que sea á vm. útil y ventajoso, yo lo haré para complacer á un antiguo amigo; pero si, como yo pienso, puedo procurar á vm. el tesoro sin necesidad de hacer ningun adelanto, no creo que halle vm. inconveniente.

— No por cierto, ¿que objecion quiere vm. que haga?

— Pues bien, ¿donde está Dousterswivel?

— Para decir á vm. la verdad, en mi coche, á la puerta de su casa de vm.; pero conociendo la ojeriza que vm. le tiene....

— A Dios gracias, no tengo ojeriza á nadie, sir Arthur; son los sistemas y no los hombres los que merecen mi reprobacion.

— Diciendo esto, tocó la campanilla. — Jenny, saluda de mi parte al señor Dousterswivel, que está en el coche á mi puerta, y dile que sir Arthur y yo deseamos hablarle.

Jenny desempeñó su comision.

No entraba de ningun modo en los cálculos de Dousterswivel confiar el pretendido misterio al señor Oldbuck. Esperaba que sir Arthur obtendria la suma que necesitaba sin entrar en ningun detalle sobre su empleo; y si aguardaba en el coche, era para ponerse inmediatamente en posesion de las cien libras, pues conocia que tocaba al término de su engañosa carrera. Pero compelido á la presencia de sir Arthur y del señor Oldbuck, presentóse sin vacilar, contando con su descaró y desvergüenza, de que los lectores pueden haber notado que la naturaleza le habia liberalmente provisto.

CAPITULO XXIII.

- « Ese doctor charlatan
 » De la barba negra y puerca
 » Para arrancaros el oro
 » Os jugará muchas tretas.
 » Pero al cabo no obtendréis
 » De sus visages y muecas
 » Mas que humo y hojarasca,
 » Que un soplo de viento lleva. »

(EL ALQUIMISTA.)

— ¡ Como estar fostra salud, mon pon señor Oldenbuck? dijo Dousterswivel al entrar. ¿ Y como ir ese prafo capitan Mac-Intyre? pien sin doda. ¡ Ah! ser cosa del diaplo coando los jófenes enfiarse unos á otros palas de plomo.

— Todos los negocios en que se trata de plomo son peligrosos, señor Dousterswivel, respondió el anticuario; pero he sabido con mucho gusto por mi amigo sir Arthur, que ha tomado vm. un oficio muy lucrativo, y que lo que ahora descubre vm. es oro.

— ¡ Ah señor Oldenbuck! mon pon é honorable patrono non hafer depido haplar una palapra de tal negocio; poes, á pesar de

toda mi confianza en la prodencia é discrecion del pon señor Oldenbuck é de su grande amistad por sir Arthur, sin empargo ¡ josto cielo! ser on grande é importante secreto.

— Mas importante, á lo que entiendo, que el dinero que nosotros sacaremos, dijo el anticuario.

— Esto depender del grado de fostra fé é de fostra paciencia para hacer el esperimento famoso. Sir Arthur darne cento é cinquenta lifras, fer aquí ono de fostros malos pilletes de panco de Fairport de cinquenta lifras; si fos hacer lo propio é darne tampien cento é cinquentalifras en mal papel, mi procoraros pon oro é pona plata, ma non poder decir coanto.

— ¡ Oh! yo creo que ni vm. ni nadie; pero, ¿ que diria vm., señor Dousterswivel, si, sin volver á hacer estornudar los espíritus á fuerza de fumigaciones, pasásemos todos juntos á las ruinas, y favorecidos por la luz del sol y nuestras conciencias puras, no empleando mas conjuraciones que azadones y palas de buena calidad, abriésemos unas zanjas profundas de un extremo á otro del coro de la iglesia de San Ruth? Me parece que por este medio podríamos, sin entrar en gastos, descubrir el tesoro, si acaso existe. Las ruinas pertenecen á sir Arthur, asi no hay que hacer

misterios. ¿Cree vm. que podríamos adelantar algo procediendo de esta suerte?

— ¡Pah! non encontrar solamente on dedal de cobre, ma sir Arthur poder hacer lo que le dé la gana. Mi haferle demostrado la posipilidad, la grande posipilidad de procorarse todas las somas de dinero que necesita; mi hafer hecho delante de él el grande experimento. Si él non tener confianza, nada importa á Herman Dousterswivel, él solo perder todo el oro é toda la plata.

Sir Arthur Wardour echó una tímida mirada á Oldbuck, quien, á pesar de la frecuente divergencia de opiniones, y sobre todo cuando estaba presente, ejercia sobre él una influencia poco comun. Realmente el baronet experimentaba lo que no hubiera confesado fácilmente, consideraba su talento inferior al del anticuario, respetaba en este un hombre inteligente, esperto, perspicaz, tenia sus sarcasmos, y no dejaba de tener alguna confianza en sus opiniones, que en general consideraba justas; le miraba, pues, en este instante como si aguardase su permiso para entregarse á su credulidad.

Dousterswivel conoció que peligraba de perderlo todo, si no hacia alguna impresion favorable en el consejero de la víctima de su impostura.

— Ser fanidad, mon pon señor Oldenbuck, dijo entónces, ser pora fanidad haplar de espíritos é de apariciones; ma cuando fos hafer considerado este coerno corioso, fos que conocer las coriosidades de todos los países, defer entónces traer á la memoria el grande coerno de Oldenbourg que ferse aon en el moseo de Copenhague, y que hafer sido entregado al duque de Oldenbourg por on espíritu hempra que hapitapa en las selfas. Mi non estar en sitoacion de engañar á Monkbarns aon coando querer hacerlo; Monkbarns conocer demasiado pen todas las coriosidades: fer aquí el coerno lleno de piezas de plata. Considerar pen que ser on coerno; si hafer sido ona arca, ona cajita, mi non haplar palapra.

— Es un cuerno; esto añade seguramente gran peso á los argumentos de vm., dijo Oldbuck. Es un instrumento obra de la naturaleza, y que por consiguiente ha debido servir á todos los pueblos en su infancia, por mas que los cuernos metafóricos hayan sido en ellos mas abundantes, á medida de los progresos de la civilizacion. En cuanto á este, continuó frotandole un poco con la manga de su casaca, es un resto curioso y venerable de antigüedad, y creo que está destinado á convertirse en cuerno de abundancia; pero ¿para

el iniciado ó para su protector? esto es lo que dudo yo.

— ¡Ah! mon pon señor Oldenbuck, fos non querer creer nada; ma mi poder asegurafos que los monges antiguoamente entender moy bien el *magisterium*.

— Hablemos menos del *magisterium*, señor Dousterswivel, y pensemos mas con el magistrado. ¿Sabe vm. que su profesion está prohibida por las leyes de Escocia, y que tanto sir Arthur como yo somos jueces de paz?

— ¡Mon pon Dios! ¿por que haplarme de esta soerte, coando mi hacer todo el pen que estar en mi mano?

— Lo digo solamente para que vm. sepa que cuando la legislatura de este pais abolió las penas crueles que existian antiguamente contra la hechiceria, no contó arrancar de raiz todas las opiniones supersticiosas en que estaba fundada aquella quimera; y para impedir que los charlatanes é intrigantes se aprovechasen de ellas, promulgóse una ley en el año nono del reinado de Jorge II, que en su articulo 5º prevenia que todo el que pretendiese por medio de ciencias ocultas descubrir bienes perdidos, robados ó escondidos, fuese tratado como falsario é impostor, y sufriese la pena de argolla y cárcel perpetua.

— ¿Ser esta ferdaderamente la ley? pre-

guntó Dousterswivel con alguna agitacion.

— Voy á enseñarsela á vm., respondió el anticuario.

— En este caso, mis ponos señores, mi tomar el portante, y acapado todo. A mi non gostarme fostra argolla, porque el mocho aire non ser pono para mi salud, ni menos fostra cárcel, porque el poco aire ser todafia mas perjudicial.

— Si tal es el modo de pensar de vm., señor Dousterswivel, yo le aconsejo que se quede aquí, pues no podria permitirle salir sin ir acompañado de un comisario. Por otra parte, espero que nos seguirá vm. inmediatamente á las ruinas de San Ruth, para indicarnos el punto en que se propone vm. encontrar un tesoro.

— ¡Mon pon Cielo!.... señor Oldenbuck, ¡como tratar á on antiguo amigo! Mi decir tan claramente como poder haplar, que si ir en la actoalidad, non encontrar el mas mínimo tesoro, ni una popre pieza de seis soldos.

— Haré sin embargo la prueba, y vm. será tratado segun el éxito del negocio.... siempre con permiso de sir Arthur.

El baronet durante esta conversacion estaba sumamente confuso é inquieto, y por servirme de una frase vulgar pero espresiva, el gallito llevaba baja la cresta. La obstinada incredu-

lidad de Oldbuck le hacia sospechar la impostura de Dousterswivel, y veía que el Alemán defendía su terreno con menos resolución de lo que hubiera imaginado; sin embargo, no quiso abandonarle enteramente.

— Señor Oldbuck, le dijo, vm. no trata equitativamente al señor Dousterswivel. El se propuso hacer este descubrimiento por los medios que su arte le sugiere, y el influjo con las inteligencias que presiden en la hora planetaria fijada por la esperiencia; y ahora le exige vm. con amenaza que proceda á su operacion, sin dejarle la facultad de emplear las medidas preliminares que considera indispensables para obtener un buen resultado.

— No es esto absolutamente lo que yo he dicho. Solo le pido que asista á nuestro escrutinio, y que no nos abandone por el camino. Rezelo alguna inteligencia con las inteligencias de que habla vm., y que acaso lo que está actualmente oculto en las ruinas de San Ruth no desaparezca ántes de que nosotros lo encontremos.

— ¡Eh pien! señores, dijo Dousterswivel con un poco de mal humor, mi estar pronto á seguirlos sin la menor opjecion; ma mi preferirles de antemano que non encontrar de que indemnizarles de la pena de hafer dado feinte pasos.

— Eso es lo que verémos, replicó el anticuario.

Antes de subir al coche, sir Arthur mandó decir á su hija que aguardase en Monkbarns hasta que estuviere de vuelta de un paseo que iba á hacer con el señor Oldbuck. Miss Wardour no supo como conciliar esta órden con la conversacion que suponía habian tenido su padre y el anticuario, y se vió obligada á quedar en brazos de una triste incertitud.

El viage de los buscadores de tesoros no fué muy alegre. Dousterswivel, perdidas sus esperanzas y temiendo el castigo con que se le habia amenazado, guardaba un profundo silencio; sir Arthur, cuyos sueños dorados y lisonjeros iban disipandose poco á poco, estaba afligido por la triste perspectiva de sus agobios pecuniarios, siempre progresivos; y Oldbuck, reflexionando que interviniendo de un modo tan positivo en los negocios de su vecino habia dado lugar á este de contar con algun socorro eficaz de su parte, calculaba hasta que punto se veria obligado á aflojar los cordones de su bolsillo. Como cada uno de ellos tenia un objeto particular de meditacion, apénas se pronunció una sola palabra ántes de llegar á *las Cuatro Herraduras*, pequeña posada de que hemos hablado ya. Allá se procuráron algunos operarios y las herramientas

necesarias para la escavacion; y mientras estaban haciendose estos preparativos, viéron comparecer al viejo mendigo Edie Ochiltrie.

— ¡Bendiga el cielo á usía, y le conceda larga vida y prosperidad! dijo á Oldbuck: celebro mucho saber que el jóven capitan Mac-Intyre se hallará luego en estado de pisar las calles de Fairport. No olvide V. S. al viejo mendigo.

— ¡Ah, ah! ¿eres tú, buen viejo? dijo el anticuario; ¿por que no has venido á Monkbarns desde que el mar, el aire y las rocas te hicieron correr tan grandes peligros? Toma, he aquí para comprar tabaco.

Melióse la mano en la faltriquera para sacar su bolsillo, y sacó al mismo tiempo el precioso cuerno.

— ¡Bonito mueble para guardar dinero! dijo Ochiltrie; he aquí un conocido antiguo, distinguiria este cuerno entre mil; pero no es de estrañar, me he servido de él tanto tiempo. Le troqué por esta caja de tabaco de estaño con el viejo Jorge Glen, cuando le dió la gana de ir á trabajar á las minas de Glen-Withershin.

— ¡Oiga! dijo Oldbuck, luego hicisteis este cambio con un infeliz jornalero; pero presumo que nunca le habréis visto tan pro-

visto como ahora; y levantando la tapadera, le hizo ver lo que el cuerno contenia.

— ¡Oh! en cuanto á esto, ya puede usía jurarlo, Monkbarns; mientras me perteneció, no contuvo mas que tabaco por el valor de seis sueldos. Supongo que va usía á calificarle de antigualla, conforme ha hecho con tantas otras cosas. Quisiera que á alguno le diese la manía de convertirme á mí propio en antigualla, porque muchos dan un gran valor á pedazos viejos de cobre, de hierro, ó de cuerno, y hacen muy poco caso de un pobre miserable, su contemporáneo y conciudadano.

— Ya le consta á vm. ahora, sir Arthur, dijo el anticuario, la persona á quien es vm. deudor de semejante hallazgo. Seguir los viajes modernos de este cuerno hasta que llegó á las manos de un jornalero de Glen-Withershin, es colocarle bien cerca de uno de nuestros amigos. Espero que serémos tan felices en las investigaciones de esta mañana, sin que nos cueste un cuarto.

— ¡Y á donde van vuesañorías con esas palas y azadones? preguntó el mendigo. ¡Ah señor Monkbarns! esta es alguna de las tuyas. Va usía á hacer salir de la sepultura algun monge antiguo, ántes de que le llame la trompeta del arcángel; pero voy á seguir á usías, quiero ver lo que se proponen practicar.

Llegaron luego á las ruinas del priorato, y habiendo entrado en el coro, permanecieron un instante discurrendo por donde empezarian sus operaciones.

— Ahora bien, señor Dousterswivel, dijo el anticuario, su consejo vendrá muy oportunamente en la actualidad. ¿ Cree vm. que obraremos mejor cavando del este al oeste, ó al contrario? ¿ Su redomita triangular, llena de rocío del mes de Mayo, ó su varilla adivinatoria de madera de avellano, podrian sernos de alguna utilidad? ¿ ó bien nos espetará vm. unas cuantas palabras extravagantes propias de su ciencia, que si no son buenas para nada en la ocasion presente, aprovecharán tal vez á los que no tienen la dicha de ser solteros, para amedrentar á sus hijos?

— Señor Oldenbuck, dijo el Aleman, mi haferos dicho ya que non poder sacar aquí mocho provecho. Ma, mi saper el medio de remonerar todas fostras cifilidades; mi saperlo mocho pen.

— Si usías quieren escavar la tierra, dijo Edie, y se determinan á seguir el consejo de un miserable, mi parecer fuera que se empezase el registro debajo de esa grande losa en medio de la cual se vé grabada la imágen de un hombre tendido de frente.

— No me parece malo el plan, dijo el ba-

ronet, yo mismo tengo algunos motivos para aprobarle.

— Ni á mí se me ofrece inconveniente alguno, añadió Oldbuck; no era muy extraordinario en otro tiempo ocultar tesoros en las sepulturas. Bartholin y otros autores citan muchos ejemplos.

Levantóse por segunda vez la enorme piedra, la misma bajo la cual el Aleman y sir Arthur habian encontrado el cuerno, y el azadon entró inmediatamente en la tierra con suma facilidad.

— Esta es tierra recientemente removida, dijo Ochiltrie, cede al mas ligero impulso. Yo soy algo conocedor. He trabajado todo un verano con el viejo pertiguero Will Winnett, he abierto mas de una zanja en mi tiempo; pero le abandoné al acercarse el invierno, porque era un oficio demasiado frio, y luego vino la Natividad del Señor, y llovian muertos en la parroquia, porque ya se sabe que las fiestas de Navidad pueblan los cementerios. Asi pues, no habiendo sido nunca aficionado á un trabajo demasiado fatigoso, tomé el portante, y dejé al viejo Winnett edificar solo las últimas moradas de los hombres.

Los operarios tenian ya bastante adelantado su trabajo para poder descubrir que los lados de la sepultura que despejaban estaban

formados por cuatro paredes de piedra pulida, dejando un espacio probablemente destinado á recibir un ataúd.

— Esto vale la pena de continuar la operacion, dijo el anticuario á sir Arthur, aunque no fuese mas que por curiosidad. Quisiera saber cual es el personage por cuyo sepulcro se tomaron tantas y tan estraordinarias precauciones.

— El escudo de armas grabado en la losa, dijo sir Arthur suspirando, es el mismo que se vé en la torre de Baltardo, que se supone construida por Malcolm el usurpador. Nadie sabe donde fué enterrado, y se conserva en nuestra familia una antigua profecía que no hace esperar cosa buena cuando se descubra su sepulcro.

— Ciertamente, dijo el mendigo, la he oido citar varias veces cuando era tamañito.

- » Cuando de Malcolm-Baltardo
- » El sepulcro se descubra,
- » Sucederá en Knockwinnock
- » Gran pérdida y gran fortuna.»

Oldbuck, caladas las gafas, estaba ya de rodillas encima de la piedra, siguiendo con la vista y con el dedo los vestigios medio borrados del escudo de armas del antiguo guerrero. — No hay duda, exclamó, estas son las

armas de Knockwinnock, cuarteladas con las de Wardour.

— Ricardo Wardour, apellidado *Mano ensangrentada*, dijo sir Arthur, se casó con Sibila Knockwinnock, heredera de la familia sajona de este nombre, por los años del Señor 1150; y á causa de este enlace, el castillo y dominio de Knockwinnock entraron en la casa de Wardour.

— Esta es la verdad, sir Arthur, y he aquí la señal de ilegitimidad, la banda que atraviesa diagonalmente los dos escudos. ¿Que teníamos nosotros en los ojos, por no haber descubierto hasta ahora un monumento tan curioso?

— O mas pronto, dijo Ochiltrie, ¿que habian hecho de la piedra, para que no nos llamase hasta ahora la atencion? Sesenta años hace que conozco esta iglesia, y nunca habia notado semejante piedra; sin embargo, no es uno de aquellos átomos que no pueden distinguirse en la sopa.

Todos apeláron entónces á su memoria para acordarse del estado en que habian visto precedentemente las ruinas en aquella parte del coro; y todos conviniéron en que habia existido allí un monton considerable de escombros que debieron ser despejados por necesidad, y transportados á otra parte para dejar

visible el monumento. Sir Arthur hubiera podido acordarse de haber visto la losa la primera vez que vino á las ruinas con Dousters-wivel; pero su ánimo estaba muy agitado entonces para detenerse en tales minuciosidades.

En tanto que los primeros personajes traian todo esto á la memoria y se entregaban á esta discusion, los operarios continuaban su trabajo. Habian ya cavado hasta cinco piés de profundidad, y como la operacion de extraer la tierra se iba haciendo á cada instante mas difícil, empezaron por fin á fatigarse de la obra.

— Ya hemos llegado al fondo, dijo uno de ellos, ¡el diablo me lleve si encontramos aquí ataúd ó cosa que se le parezca! Es preciso que alguno se haya levantado mas temprano. Y diciendo esto, salió del foso.

— A ver, á ver, dijo Ochiltrie bajando entonces; debo yo dar tambien mi cucharada, yo que soy un antiguo sepulturero. Vosotros buscáis muy bien, pero no sabeis encontrar.

Clavó entonces la punta de hierro de su baston en lo que llamaban el fondo, y hallando resistencia, exclamó como un estudiante escocés que encuentra alguna prenda por la calle: — No doy parte á nadie, todo es para mí.

Los espectadores, desde el afligido baronet hasta el Aleman de borrascosa fisonomía, cor-

rieron al borde de la zanja, y hubieran bajado todos en ella, si fuera bastante capaz para contenerlos. Los operarios, que desmayaron viendo la inutilidad de su trabajo, volviéron á coger las herramientas, y las emplearon con nuevo ardor. Pronto sus azadones tocaron un objeto de madera, y despues de haber quitado la tierra que habia encima, descubrióse una caja, pero mucho mas pequeña que un ataúd. Fué necesaria la fuerza de todos los brazos para arrancarla de la profundidad en que la habian sepultado; su peso hizo formar un juicio favorable de su contenido, y por cierto no se engañaban en la conjetura.

Retirada la caja de la zanja, forzáron la tapa con un azadon, y encontraron primero un pedazo de tela gorda que servia de envuelta, luego una porcion de estopa, y finalmente una considerable cantidad de barras de plata. Una exclamacion general acompañó un descubrimiento tan sorprendente é inesperado. El baronet levantó las manos y los ojos al cielo, en aquel estasis silencioso de un hombre libre del terrible peso que le oprimia el corazon. Oldbuck, dando apenas crédito á su misma vista, levantaba una tras otra las barras de plata; no se notaba en ellas ni timbre ni inscripcion, escepto en una en que se distinguian algunas palabras que parecian espa-

ñolas. No podía caber duda en que era un verdadero tesoro de gran valor; sin embargo su genio sospechoso le llevó á examinar la caja hasta su fondo. Pensaba encontrar en las camas inferiores algunas barras de metal menos rico, pero no notó ninguna diferencia: todo era de buena ley, y se vió obligado á confesar que sir Arthur se hallaba en posesion de un valor de cosa de mil libras esterlinas.

Sir Arthur, despues de haber ofrecido á los operarios una generosa recompensa por su trabajo, estaba pensando en los medios de transportar este don del cielo á su castillo de Knockwiunock, cuando el Aleman, volviendo de su sorpresa que no habia sido inferior á la de los otros espectadores, tiróle de la manga de su casaca, y le dió humildemente el parabien. Volviendose entónces al anticuario: — E pen, mon pon señor Oldenbuck, dijole con aire de triunfo, mi hafer pen dicho que saper el medio de recompensar todas fostras ciflidades. Pen hacerme josticia ahora.

— ¡Como, señor Dousterswivel! ¡pretenderia vm. haber contribuido al buen resultado? ¡Olvida vm. ya que acaba de negarnos el auxilio de su ciencia? Carece vm. de las armas de que hubiera debido servirse para dar la batalla que pretende haber ganado. No ha empleado vm. ni hechizos, ni amuletos, ni

talismanes, ni espejos mágicos, ni figuras geománticas. ¿Donde estan sus *periaptos* y *abracadabras*? ¿donde su verbena,

- » Sus sapos y culebrones,
- » Sus dragones y panteras,
- » Sus astros, globos y esferas,
- » Con otras mil invenciones:

- » Su Azoch, Altorit, Laton,
- » Sus instrumentos sagrados,
- » Cuyos nombres revesados
- » Estropean el pulmon? (1) »

¡Ah! divino Ben Jonson, ¡bendito sea tu nombre, pues fuiste el azote de los charlatanes de tu siglo! ¡Quien hubiera creido que los viésemos renacer en el nuestro?

El capítulo siguiente enterará al lector de la respuesta que dió el Aleman al anticuario.

(1) Versos del *Alquimista*, comedia de Ben Jonson.



®

Recuerdo 11 - 202 = 1912
 con el bordo á las 2 p.m.
 León D. J. 0000

CAPITULO XXIV.

- « Pronto veréis el tesoro
 » Del gefe de los mendigos;
 » Antes de ponerse el sol,
 » Volved, amigo, á este sitio;
 » Mas cuidado no falseis,
 » Porque, sino, estais perdido. »

(*La Mata del Mendigo.*)

DOUSTERSWIVEL, resuelto á sostenerse en la ventajosa posicion en que acababa de colocarle el descubrimiento del tesoro, respondió con tono serio y enfático á los ataques del anticuario.

— Señor Oldenbuck, todo esto poder ser pen espiritoal é moy pono en ona comedia, ma mi non tener nada que decir, nada apsolotamente á gente que non querer creer á sos propios ojos. Ser la ferdad que mi non tener instramentos de mi arte, ma esto mismo ser mocho mas marafilloso. Mon honoraple, mon pon é generoso patrono, continuó dirigiendose á sir Arthur, mi rogar á fostra merced de meter la mano en la faltriquera, é ver lo que encontrar en ella.

Sir Arthur hizo lo que le pedia, y encontró en una de sus faltriqueras el platillo de plata de que se habia servido cuando hicieron solos la primera expedicion.

— Es cierto, dijo mirando con gravedad á Oldbuck, he aqui el platillo constelado de que se sirvió el señor Dousterswivel para el primer descubrimiento.

— ¡Quite vm. ! mi querido amigo, exclamó el anticuario; tiene vm. sobrado juicio para creer en la influencia de un pedazo de plata adornado de figuras extravagantes. Aplastele vm. con un martillo para que no quede rastro de ninguna de ellas. Yo le digo á vm. que si Dousterswivel hubiese sabido encontrar este tesoro, no le habria llamado á vm. para apoderarse de él.

— Con permiso de usías, dijo Ochiltrie que en cualquiera ocasion se tomaba la libertad de meter su cucharada, yo pienso que ya que el señor Dousterswivel ha tenido todo el mérito del descubrimiento, lo menos que pueden hacer usías por él, es concederle todo lo que resta que descubrir. Si ha sabido encontrar este tesoro, ¿quien duda que encontrará otro?

Encapotóse la frente de Dousterswivel al oír que se proponia concederle por gratificacion lo que podria encontrar en lo sucesivo;

pero el mendigo llamandole aparte le dijo al oido dos ó tres palabras que el Aleman pareció escuchar con mucha atencion.

Sin embargo, sir Arthur, que no cabia en sí de gozo por su feliz hallazgo, le dijo en alta voz: — No escuche vm. á nuestro amigo Monkbarns, señor Dousterswivel, y venga vm. mañana por la mañana á mi castillo. Vm. ha sido el primero que ha dado la idea de la escavacion de las ruinas, y quiero manifestar á vm. que soy agradecido. El billete de banco de Fairport de cincuenta libras, ese mal papel como vm. le llama, está á su disposicion. Vamos, amigos, es preciso reponer la tapa.

Pero con la confusion que habia acompañado y seguido el descubrimiento, la tapa se quedó seguramente debajo de los escombros cubierta de la tierra y las piedras que se sacaron de la zanja; en una palabra, no pudo encontrarse.

— ¿Que importa? dijo el baronet, atad solamente el lienzo por encima, y llevad la caja á mi coche. Monkbarns, yo debo irme con vm. para acompañar á miss Wardour.

— Y yo me convidó en seguida á comer en Knockwinnock. Quiero beber un vaso de vino con vm. en celebracion del feliz éxito de nuestra empresa. Por otra parte, será bueno escribir una palabra sobre este asunto al Echi-

quier (1), á fin de impedir toda intervencion por parte del gobierno. A mas de que seria muy fácil obtener un privilegio.... por fin, trataremos este asunto con la detencion debida.

— Entretanto, dijo sir Arthur, recomiendo muy particularmente el silencio á todos los circunstantes.

Todos le saludaron, dandole seguridades de la mas completa discrecion.

— En cuanto á esto, dijo Oldbuck, encargár el secreto á una docena de personas, es querer únicamente disfrazar la verdad. Está vm. seguro que el hecho circulará bajo mil formas distintas; pero tranquilizese vm., daremos á conocer la verdadera version á los barones del Echiquier, y esto es cuanto se necesita.

— Yo seria de parecer de enviar un espreso esta tarde misma, dijo el baronet.

(1) Hay en Escocia un tribunal de Echiquier, como en Inglaterra, con atribuciones análogas. Este tribunal se compone de cuatro jueces, cuyo presidente se titula lord gefe baron, y á los tres restantes se les llama barones simplemente. El tribunal de Echiquier falla todas las causas relativas á la hacienda. Este nombre de *exchequer* proviene, segun se dice, del paño á cuadros que cubre la mesa del tribunal ó sala de sesiones.

— Yo puedo indicar á V. S. un conducto seguro, añadió el mendigo; el jóven David Mailsetter, y el caballo del cortante.

— Hablarémos de esto por el camino, respondió el anticuario á sir Arthur.

— Hijos míos, dijo el baronet á los operarios, seguidme á las *Cuatro Herraduras*, para tomar vuestros nombres. Dousterswivel, no le aconsejo á vm. que nos siga á Monk-barns, las opiniones de vm. y las de mi buen amigo estan demasiado discordes; pero no deje vm. de venir á verme mañana por la mañana.

Dousterswivel tartamudeó una respuesta de que solo se pudieron distinguir las palabras..... defer..... mon honorable patron.... tener el honor..... y luego que el baronet y su amigo hubieron salido de las ruinas seguidos de los operarios que albergaban la esperanza no solo de la recompensa que se les habia ofrecido, sino tambien de una adición razonable de whiskey (1), permaneció de pié con los brazos cruzados, al borde de la zanja que se acababa de abrir.

— ¡Quien haferlo nunca creido!..... exclamó naturalmente. A fé mia, mi hafer oido haplar farias feces de semejantes cosas, ma

(1) Licor espirituoso, hecho con la cebada fermentada.

sapperment, non creer que ferlas yo algun día. Y si mi hafer cañado dos ó tres piés mas, mi encontrar todo ese dinero, ¡mon pon cielo! que ser mas del que mi esperar sacar de ese impécil paronet.

Interrumpió aquí su soliloquio; pues levantando los ojos, se encontraron con los de Edie Ochiltrie que no habia seguido el resto de la compañía, y que, apoyado en su baston herrado segun su costumbre, se hallaba de pié al otro lado de la zanja. Las facciones del viejo, naturalmente espresivas é indicando una especie de astucia y malignidad, parecian decir tan claramente al Aleman: — Te conozco, bribon, — que este, aunque charlatan de oficio, perdió la serenidad. Pensó sin embargo que era necesaria una aclaracion, y reuniendo todas sus fuerzas, quiso sondear al mendigo acerca de lo que acababa de pasar.

— Mon pon señor Edie Ochiltrie.....

— Edie Ochiltrie, el mendigo del rey, el capa azul, si vm. quiere, pero no señor.

— ¡Eh pen! pon Edie, ¿que pensar de todo esto?

— Pienso que ha sido vm. muy bueno, por no decir muy bobo, dando á dos ricazos que tienen dinero, tierras y castillos sin fin, un tesoro tan precioso, plata tres veces acrisolada, como dice la Escritura, y que hubiera

sido suficiente para hacer feliz toda su vida á vm. y á dos ó tres hombres de bien mas.

— Por mi pona fé, honrado Edie, ser esta la pora ferdad. Solamente mi non saper, ó por mejor decir, non estar seguro del lugar donde encontrar el tesoro.

— ¡Como! ¿Monkbarns y sir Arthur no han venido aquí por consejo de vm.?

— ¡Ah! sin doda, ma ser la cosa moy distinta. Mi non creer que ellos encontrar nada, por mas que segon el alboroto que mofer los espíritos la otra noche, hafer motivo para sospechar que poder hallarse aquí plata escondida. ¡Ah, mon pon cielo! ahora tener razon de gemir y sospirar el espíritu coando hallarse sin su tesoro, al par de on purgomaestre holandés contando sos docados despues de ona gran comida en la *Stadt-Haus* (1).

— ¡Y vm. cree realmente todo esto, señor Dousterdiablo (2), vm. que es tan instruido? ¡Toma! vm. se chancea.

— ¡Mon pon amigo! mi non creer mas que fos ni otra persona alguna, ántes de hafer oido lo que pasar la otra noche, é fisto esta

(1) Casas consistoriales.

(2) *Dousterdevil*. El mendigo estropea maliciosamente el nombre del Aleman.

gran caja llena de pona é pora plata de Méjico. ¿Como dodarlo despues de todo esto?

— ¡Y que daria vm. al que le ayudase á encontrar otra caja semejante?

— ¡Que darle? ¡mon pon cielo! on gran coarto.

— Si yo poseia el secreto, quisiera la mitad; pues, ¿vé vm.? aunque no sea mas que un pobre mendigo cubierto de andrajos, y no pueda vender yo mismo esta plata sin esponerme á ser preso, no faltará quien se encargue de hacerlo por mí, y mas fácilmente de lo que vm. cree.

— ¿Que es lo mi hafer dicho, mon pon amigo? Hafer querido decir que fos tener tres grandes coartos por fostra mitad, é mi on pofre pequeño coarto por la mia.

— No, señor Dousterdiablo, no; nos reparitirémos como hermanos, por iguales partes, todo lo que encontraremos. Ahora bien, vea vm. esta tabla que yo he escondido en tanto que Monkbarns estaba ocupado en el examen de las barras. Monkbarns es un lince, y por esto no he querido que viesse lo que hay escrito; pero vm. lo leerá sin duda mejor que yo, porque, hablando francamente, no soy muy buen lector, es decir, que no tengo mucha práctica.

Haciendo esta modesta declaracion de ignorancia, sacó Ochiltrie de detras de una columna

la tabla que cubria la caja. Despues de haberla arrancado, nadie pensó mas con ella, y el mendigo se aprovechó al parecer del primer momento de la admiracion general, para esconderla en un lugar retirado. Veiase en ella alguna cosa escrita; pero como la inscripcion estaba en parte cubierta de tierra, echó saliva en su pañuelo azul y frotó con él la plancha, para que pareciesen mejor las letras que eran góticas régulares.

— Y ahora, ¿vé vm. lo que es? preguntó Edie á Dousterswivel.

El Aleman leyó las letras una tras otra como un niño que deletrea, S, T, A, R, C, H, *starch*. — ¡Como! *starch* (1), ser lo que las lafanderas ponen en los corpatines y los coellos de las camisas.

— ¡*Starch!* repitió el mendigo. No, no es eso, bien puede vm. ser un famoso brujo, pero no por cierto un gran escribiente. Le digo á vm. que la palabra es *search* (2). La segunda letra es una E bien formada, y no una T.

— ¡Ah! sí, sí, mi ferlo ahora; no hay duda ser *search*, y despues n° 1. ¡Mon pon cielo!.... loego hafer on nomero 2; ser pen claro el afiso, *search*, buscad.... Por mi fé, mon pon

(1) Almidon desleido.

(2) Buscad.

amigo, quedar todafia alguna cosa pona para nosotros.

— Es muy probable, pero no podemos buscarla ahora, porque nos faltan los instrumentos necesarios para la escavacion: los operarios se los han llevado, y me figuro que van todavia á enviar algunos para llenar la zanja, y disimular cuanto se pueda. Pero si gusta vm. venirá sentarse conmigo un momento en el bosque, yo le probaré á vm. que ha dado con el único hombre del pais que puede decirle algo de Malcolm-Baltardo y de su oculto tesoro. Antes que todo, es preciso borrar esta inscripcion, para que no sepa otro tanto como nosotros; y sacando su navaja, raspó la tabla hasta borrar todas las letras, y la estregó en seguida con tierra húmeda, para que no quedase el menor vestigio de la operacion.

Dousterswivel le contemplaba silenciosamente con cierta admiracion. Ponia el anciano en todo cuanto hacia tanta inteligencia y cuidado, que dificilmente se hallara quien le aventajase en sutileza; y como los mismos bribones aspiran siempre á la preeminencia, y la disputan siempre que pueden, nuestro Aleman se avergonzaba de tener que representar un papel secundario, dividiendo lo que esperaba ganar con tan miserable socio. Pero la sed del lucro era mas poderosa en él que

su orgullo ofendido; y aunque estuviese mas acostumbrado á figurar en la escena del mundo como impostor que como víctima, daba asenso él mismo hasta cierto punto á las groseras supersticiones con que solia imponer y alucinar á los demas. Sin embargo, acostumbrado á contarse en la primera fila en semejantes casos, experimentaba la mayor humillacion considerandose un buitre guiado por un cuervo ácia la presa.

— Es preciso sin embargo, pensó Dousterswivel, que me entere de su historia de cabo á rabo; y si el diablo no lo impide, mucho será que no saque de ella mayor utilidad de la que se imagina ese mendigo.

Descendiendo del alto grado de profesor de ciencias ocultas para pasar á ser un humilde discípulo, siguió el Aleman silenciosamente á Ochiltrie, hasta llegar al roble del prior, árbol que habia á poca distancia de las ruinas, como pueden acordarse nuestros lectores; y habiendose allí sentado los dos sobre el césped, produjo el mendigo en estos términos:

— Mucho tiempo hace, señor Dousterswivel, que no he oido hablar del asunto que nos ocupa, porque no gusta mucho en verdad á los lairds de Knockwinnock. No agradaba mas al padre ni al abuelo de sir Arthur, pues tengo tan presentes á los dos como si ahora

los viera, y aun en la actualidad sir Arthur evita cuanto puede esta conversacion; pero ¿que importa? por mas que fuese fruta prohibida en el estrado, no dejaba de comerse en la cocina, como sucede frecuentemente en las casas de los grandes señores, de suerte que lo supe todo por los antiguos criados de la familia; y en el dia de hoy que se ha perdido la costumbre de reunirse al rededor de la chimenea para pasar las veladas de invierno y hablar de los tiempos de marras, dudo que se encuentre en el pais una sola persona que pueda referir á vm. esta historia, escepto yo y el laird, pues este debe de tener en su biblioteca, segun me han asegurado, un libro en folio encuadernado en pergamino, donde se halla escrita.

— Esto ser moy lindo é moy pono, querido amigo, ma contar fostra historia moy despacio.

— Un instante, y se enterará vm. de todo. Yo le hablo á vm. de un tiempo muy antiguo, de un tiempo en que todo era desórden y confusion, en que cada uno cuidaba de sí y Dios de todos, en que nadie carecia de lo que tenia bastante fuerza para apropiarse, y nadie conservaba lo que no podia defender por falta de medios. En una palabra, en nuestro distrito, al este, y en todas estas inmediaciones,

se seguía la ley del mas fuerte, y creo que en todo el resto de la Escocia sucedía lo propio.

Por este malaventurado tiempo llegó aquí sir Ricardo Wardour, el primero de este nombre que se hubiese conocido. Hubo muchos despues, y la mayor parte, como aquel á quien llamaban por apodo *el Infierno armado*, descansan debajo de las ruinas. Era una casta de hombres soberbios y orgullosos, pero valientes á toda prueba, y siempre dispuestos á sostener los intereses del pais. ¡Dios los haya perdonado á todos! creo que se puede manifestar este deseo sin ser papista. Llamabanles Normandos, porque habian venido de la parte del sud. Asi pues, sir Ricardo, conocido por *Mano ensangrentada*, contrajo amistad desde aquel tiempo con el laird de Knockwinnock, pues ya habia entonces Knockwinnocks señores de la baronía de este nombre, y formó el proyecto de casarse con su hija única, que debia heredar el castillo y sus dominios. Sibila Knockwinnock, nombre que le daban los que me refirieron esta historia, no queria acceder á este matrimonio, porque se enamoró de un primo suyo que le habia hecho muy frecuentes visitas y tratadola muy de cerca, por mas que su padre no le pudiese ver mucho. Lo cierto es que quieras ó no quieras tuvo que casarse con sir

Ricardo, y que al cabo de cuatro meses de matrimonio le regaló un guapísimo muchacho. Hubo entónces un infierno en la casa, como se deja presumir; querian quemarla, querian asesinarla, pero al cabo el furor fué calmandose poco á poco, y todo se compuso amistosamente. Envióse el niño á la montaña, donde fué educado, y se hizo un alto y bello jóven como tantos otros que han venido al mundo sin permiso legal. Sir Ricardo *Mano ensangrentada* tuvo en seguida un hijo legítimo, y reinó en su casa la mayor concordia hasta su muerte; pero Malcolm Baltardo (sir Arthur defiende que debe llamarsele Malcolm el bastardo, por mas que en todos tiempos se le haya dado el primer nombre), Malcolm, digo, el hijo del amor, llegó con una numerosa comitiva de andadores montañeses, siempre dispuestos á hacer mal. Pretendió que el castillo y las tierras le pertenecian como hijo mayor de la legítima dueña, y desalojó á los Wardours. Estas variaciones no se hicieron con buenas palabras, hubo sangre derramada, porque se formaron dos facciones, engrosadas por la nobleza del pais, segun el modo de pensar de cada familia; pero Malcolm quedó victorioso, sostuvose en el castillo de Knockwinnock, fortificóle, y mandó edificar la torre que se llama todavía *la Torre de Baltardo*.

— Mon pon amigo, mon antiguo amigo, dijo Dousterswivel, fostra historia ser tan larga como la de un paron de diez y seis coartales de mon pais. Celebrar mocho que pasar on poco mas pronto al oro é á la plata.

— Ahora, ahora; ese Malcolm era protegido por un tío, hermano de su padre, que era prior de San Ruth, y recogieron inmensos tesoros para asegurar á su familia la posesion de los dominios de Knockwinnock. Se dice que en aquellos tiempos los monges conocian el arte de multiplicar los metales; sea de esto lo que fuere, lo cierto es que poseian, como he dicho ya, grandes riquezas. Pero sucedió que el jóven Wardour, el hijo legítimo de *Mano ensangrentada*, desafió á Malcolm en campo cerrado, es decir en un terreno rodeado de estacas y palos, donde debian batirse como gallos, sacando cada uno sus habilidades. Baltardo fué vencido, y tuvo que rendirse á discrecion á su hermano; pero este no quiso quitarle la vida por respeto á la sangre de Knockwinnock que corria igualmente por sus venas, y exigió solamente que Malcolm se metiese monge en el priorato de San Ruth, donde murió muy pronto de sentimiento y de despecho. Nadie pudo indagar donde le habia hecho enterrar su tío, ni el paradero de su plata y oro, porque el prior hizo valer los de-

rechos de la santa Iglesia, y no quiso manifestarlo á nadie; pero hay una profecía bien conocida en el pais, que dice que cuando se encontrará el sepulcro de Malcolm Baltardo, el señorío de Knockwinnock será perdido y recobrado.

— ¡ Ah! mon fiejo amigo, mon pon señor Edie, esto no ser inferosímil si sir Arthur se indisponer con sus mejores amigos para dar gusto al señor Oldenbuck. Asi, poes, ¿ fos pensar que toda esta plata hafer en otro tiempo pertenecido al pon señor Pastardo?

— Sí, lo creo en efecto, señor Dousterdiablo.

— ¿ E fos creer que aon hafer mas plata?

— ¿ Quien lo duda? no puede ser de otro modo. Acuerdese vm. de lo que hemos leído, *search*, nº 1. Esto es lo propio que decir: buscad, y encontraréis el nº 2. Por otra parte, en la caja no habia mas que plata, y todos aseguran que Baltardo tenia mucho oro.

— Eh pen, mon pon amigo, dijo el Aleman levantandose con viveza, ¿ por que non poner inmediateamente manos á la opra?

— Por dos buenas razones, respondió el mendigo con mucha cachaza sin menearse del sitio. Primero, porque, como he dicho ya, no tenemos herramientas para trabajar; ya sabe vm. que no nos han dejado pala ni aza-

don; luego, porque van á venir una multitud de holgazanes para ver la zanja, pues el laird enviará sin duda trabajadores para llenarla; y finalmente, porque en cada uno de estos casos corremos gran riesgo de ser descubiertos. Pero si quiere vm. venir conmigo á media noche con una linternilla, yo traeré las herramientas, y trabajaremos los dos solos sin temor de que nadie nos venga á estorbar.

— Confengo en ello, mon pon amigo, dijo Dousterswivel á quien las espléndidas esperanzas que Ochiltre le daba no le hacian olvidar enteramente su aventura nocturna en el mismo sitio; ma ser ona empresa algo temeraria aprir la sepoltora del pon señor Pastardo á tal hora de la noche. Mi poder asegurar que hafer espíritus, saperlo positivamente.

— Si tiene vm. miedo de los espíritus, respondió muy friamente el mendigo, yo trabajaré solo, y le llevaré su parte al lugar que me indique.

— No, no, no, mon pon fiejo amigo señor Edie, esto ser para fos demasiado trapajo, mi non querer. Mi fenir, ser mocho mejor; poes, mon pon amigo, hafer sido mi, mi Herman Dousterswivel, quien hafer descopuerto la tompa del pon señor Pastardo, poscando on lugar para esconder algonas monedas fiejas

para jogar ona treta á mon pon amigo sir Arthur, solo por mera difersion. Mi hafer quitado todos los escompros é hecho patente el monomto antiguo; ser poes propaple que el pon señor Pastardo escogerme por heredero, é mi defer por atencion fenir yo mismo á recoger la herencia.

— Nos encontraremos por consiguiente á media noche debajo de este árbol. Yo vigilaré aquí algun tiempo para impedir que nadie toque la zanja, para esto bastará decir que el laird lo ha prohibido. Luego me iré á cenar á casa del arrendador Ringan, le pediré permiso para dormir en su granja, y saldré de ella cuando sea la ocasion oportuna, sin que nadie lo note.

— Pen dicho, mon pon señor Edie, é mi fenir sin falta á la hora señalada, aon coando todos los espíritus defer gemir é sospirar hasta desgarrarse el corazon, é esternodar hasta folferse el cerepro de arripa á pajo.

Los dos socios se separaron dandose la mano como prenda mutua de ser exactos á la cita.

CAPITULO XXV.

- « Ve, sacude las talegas
 » Que los monges han guardado;
 » Saca de su calabozo
 » A los pobres mejicanos.
 » Bien quisieran que me fuese,
 » Mas yo de aquí no me alargó,
 » Tratandose nada menos
 » Que de un tesoro tamaño.
 » Las ocasiones como estas
 » No se hallan á cada paso;
 » Y por mas que me escomulguen,
 » De aqueste sitio no salgo. »

(SHAKSPEARE. *El rey Juan.*)

LA noche fué borrascosa, el viento y la lluvia se sucedían alternativamente. — ¡Ay Dios mio! dijo el mendigo al acercarse al viejo roble cuyas espesas ramas le ponían á cubierto de la lluvia, y cuyo ancho tronco le resguardaba del viento, ¡cuan estraña é inesplicable es la naturaleza humana! Es preciso que ese Dous-terdiablo esté bien hambriento de dinero si comparece, en una noche como esta, en sitio tan triste y solitario. Y yo, ¿no soy todavía mas loco que él, perdiendo el tiempo aguardandole aquí?

Despues de haber hecho estas prudentes reflexiones, envolvióse en su capa azul, y fijó los ojos en la luna, que parecia de cuando en cuando entre las nubes que despejaba el viento. La pálida y melancólica luz que enviaba el astro de la noche por entre las sombras, dando de lleno en los arcos de las bóvedas y las ventanas transversales del antiguo edificio, hacia visibles por un momento las ruinas, que luego no formaban mas que una negra y confusa masa. El lago recibia tambien su parte de aquellos relámpagos pasajeros de luz que presentaban sus espumosas aguas agitadas por el uracan; y cuando una nube cubria el disco de la luna, no se distinguía mas que el murmullo de las olas que espiraban en la arena de la orilla. Por el angosto valle resonaba el crugimiento de los árboles, y cuando se moderaba un poco el furor de los vientos, aquel ruido se convertia en un ligero susurro semejante á los suspiros de un reo rendido á los dolores del tormento. Esta reunion de circunstancias hubiera procurado á la supersticion aquel goce de terror misterioso que aprecia y teme al mismo tiempo; pero el ánimo de Ochiltrie era inaccesible á semejantes ideas, y su imaginacion le transportó á las escenas de su juventud.

— Mas de una vez, dijo para sí, y en peores

noches que esta, he estado de faccion en las avanzadas tanto en Alemania como en América, y constandome que podia haber en los bosques inmediatos una docena de cazadores enemigos; pero siempre permanecí activo y firme en mi puesto, y nadie puede vanagloriarse de haber encontrado á Edie dormido.

Diciendo esto, se puso como por instinto su baston herrado al hombro, como si fuese un centinela, y al oír adelantarse alguien, gritó con un tono mas proporcionado á sus recuerdos militares que á su estado actual: — ¡Alto! ¿quien vive?

— ¡Diaplo! pon Edie, respondió Dousterswivel, ¿por que lefantar tanto la foz como si estar on soldado de faccion?

— Porque asi me lo figuraba. ¿Que espantosa noche! ¿ha preparado vm. una linterna y un buen saco para meter el dinero?

— Sí, sí, mon pon amigo. He aquí lo que fosotros llamar ona alforja; on lado para fos, é l'otro para mi. Coando estar llena, mi colocarla en on capallo para ahorraros el trapajo de llevarla.

— ¿Luego ha venido vm. con un caballo?

— Sí, mon pon amigo, é haferlo atado á on árpól aquí cerca.

— En cuanto á esto, debo decir á vm. que su caballo de vm. no llevará mi dinero.

— ¿Non? ¿de que tener miedo?

— Solamente de perder de vista el caballo, el caballero y el dinero.

— ¡Diaplo! fos tratar á on hidalgo como si ser on gran pripon.

— ¿A que viene esta contienda? ¿quiere vm. que subsista el tratado ó no? Si á vm. no le importa nada, vuelvome inmediatamente á la granja del arrendador Ringan, cuyo lecho de paja de cebada me ha pesado dejar en una noche como esta, y repondré la pala y el azadon en el lugar de donde los he sacado.

Dousterswivel reflexionó un instante. Dejando partir á Edie, hubiera podido apropiarse de la totalidad del tesoro que esperaba encontrar; pero reflexionó que en este caso caería de instrumentos para cavar, y aun cuando los tuviese, no podría acaso por sí solo llegar á la profundidad necesaria para el feliz hallazgo. Lo que le retraía sobre todo de tomar este partido, era el recuerdo del miedo que habia tenido la noche en que fué á las ruinas con sir Arthur, y estaba muy lejos de sentirse con el valor oportuno para perturbar solo el reposo de la tumba de Malcolm Baltardo. Procuró pues recobrar su tono acostumbrado de adulacion y lisonja, por mas que estuviese interiormente disgustado; rogó á son pon amigo el señor Edie que le guiasse,

en la inteligencia de que estaba pronto á hacer todo lo que él dispusiese.

— Pues bien, partamos, dijo Ochiltrie, pero cuidado en no resbalar con esas yerbas y las piedras esparcidas por el sendero. No sé si podremos conservar la vela encendida con el viento que hace; fortuna que la luna alumbra de cuando en cuando.

— Diciendo esto, Ochiltrie, á quien iba siguiendo despacito el Aleman, se adelantaba ácia las ruinas. Paróse luego de sopeton, y volviéndose á su compañero:— Señor Dousterswivel, le dijo, vm. que es tan docto y que conoce todas las maravillas de la naturaleza, hableme vm. con franqueza, ¿ cree vm. en duendes y almas en pena? ¿ sí, ó no?

— ¡ Ah, pon señor Edie!.... no ser este el tiempo y lugar oportuno para hacerme semejantes preguntas.

— Sí tal, pues no debo ocultar á vm. que se pretende que el alma de Baltardo se ha aparecido aquí muchas veces. No seria muy agradable, por cierto, que se presentase durante esta bonita noche; por otra parte, acaso no se mostraria muy satisfecho de la visita que vamos á hacer á su tumba.

— *Alle guter geister*, murmuró el Aleman, y el temblor de su voz hizo que se perdiese el resto de la invocacion. Fos hacer moy mal en

haplar asi; despoes de lo que hafer fisto y oido mi mismo en persona en este sitio, mi creer ferdaderamente.....

— En cuanto á mi, dijo Edie entrando en el coro con cierta fanfarronada, no me costará mucho hacer crugir mi dedo pulgar para impedirle de comparecer. A mas de que él es una alma sin cuerpo, y nosotros tenemos cuerpo y alma.

— ¡ Silencio, por amor de Dios! exclamó Dousterswivel: ¿ que necesidad tener de haplar asi de los difontos?

— Pues bien, dijo el mendigo abriendo su lamparilla, ya estamos en el lugar á propósito, y almas ó no almas, cavaré un poco mas en esta tumba.... Bajó á la zanja de la cual habian sacado la preciosa caja el dia anterior, y se puso á trabajar con el azadon. Pero al cabo de pocos instantes, hallandose fatigado ó fingiendo estarlo:— Mis brazos no pueden ya soportar el trabajo, dijo á su compañero, me es preciso descansar. Pongase vm. ahora en lugar mio, empieze vm. por echar la tierra fuera, y prosiga despues la escavacion. Pronto relevaré á vm.

Salió Ochiltrie de la zanja, y habiendo Dousterswivel entrado en ella, se puso á trabajar con todo el ardor que la codicia y el deseo de abandonar aquel sitio lo mas pronto

posible podían inspirar á una alma interesada, tímida y sospechosa.

El mendigo, sentado con toda comodidad al borde de la tumba, se limitaba á exhortar á su compañero que trabajase con buen ánimo.

— A fé mia, dijo, poca gente trabaja por tan buen salario. Aun cuando no encontrásemos mas que una caja diez veces mas chica que la de nº 1, valdria mas del doble, porque estará llena de oro, y no de plata como la otra. Bravo, amigo mio, bravo, parece que toda su vida ha manejado vm. la pala y el azadon; creo que seria vm. capaz de ganar un jornal de media corona. Cuidado con esa piedra. — Y fingiendo ayudar al Aleman á sacar del foso una grande piedra, se la echó á las piernas.

En este intervalo, Dousterswivel trabajaba con ahinco para despejar un fondo lleno de greda y de piedras, echando ternos interiormente; pero si una sílaba de blasfemia se asomaba á sus labios, Edie mudaba al instante de batería.

— No jure vm., cuidado con esto: ¿sabe vm. quien puede escucharnos?... ¡Ay Dios mio! ¿que es lo que veo allá abajo?... Nada, nada, no es mas que una rama de hiedra que da encima de aquella pared; pero con el resplandor de la luna parecia el brazo de un difunto con un cirio en la mano, y aun he llegado á

ereer por un momento que fuese el mismo Baltardo. Vamos, ánimo, limpie vm. la zanja, saque vm. la tierra que se ha desprendido. ¡Toma! seria vm. tan buen sepulturero como Will Winnet, que es cuanto hay que decir. ¡Y bien! ¿que es esto? ¿por que se para vm.?

— ¿Por que? replicó el Aleman con tono de cólera y disgusto; porque ya hafer encontrado la roca fifa que serfir de base á estas malditas roinas.

— ¿Es posible que pierda vm. el ánimo en el momento de realizarse nuestras esperanzas? Esta es sin duda la piedra que cubre el tesoro. Tome vm. el azadon, y dé vm. de recio. Algunos buenos golpes bastarán para romperla. Mas fuerte.... ¡bravo! así lo hiciera Wallace.

Dousterswivel, escitado por la esperanza que fomentaba á cada paso Edie con nuevos rasgos halagüeños, dió algunos golpes en toda su fuerza, levantando tanto como pudo los brazos, de suerte que logró romper no la piedra que era realmente la roca viva, sino el azadon de que se servia.

— ¡Vaya con Dios! exclamó Edie, he aquí roto el azadon de Ringan. ¿No es una vergüenza que se vendan en Fairport tan malas herramientas? pero adelante, prosiga vm., pruebe vm. con la pala.

El Aleman, sin contestarle, salió de la zanja que podria tener entónces unos seis piés de profundidad, y dirigiendose á su compañero con la voz trémula por la indignacion:— Señor Edie, exclamó, mi enseñaros á reiros á mis espensas, mi haceros conocer á Herman Dousterswivel.

— ¡Oh! le conozco á vm. bien, señor Dousterdiablo; mucho tiempo hace que le conozco, pero no se trata aquí de bromear; me interesa tanto como á vm. encontrar el tesoro. Nuestra alforja debia ya estar llena; espero que será bastante capaz para contenerlo todo.

— ¡Miserable mendigo! si folfer á gastar otra cochofleta, mi henderos el cráneo con esta pala.

— ¡Bueno! ¿ignora vm. que tengo buenas manos y un baston herrado? Vamos, vamos, señor Dousterdiablo, no he vivido aun bastante tiempo para que me den de este modo el pasaporte. ¿Que motivo tiene vm. para enfadarse así contra sus amigos? Yo voy á trabajar á mi vez, y apuesto á que encuentro el tesoro dentro de un minuto. Y diciendo esto bajó á la zanja.— Déme vm. la pala, dijo al Aleman.

— Mi juraros, señor Edie, exclamó Dousterswivel, cuyas sospechas estaban entónces sumamente alerta, que si hafer querido di-

fertiros á mis espensas, pronto hacer mi lo mismo á las fostras, rompiendoos los huesos.

— ¡Oiganle vms.! exclamó Edie: ¿como sabe el medio de que ha de valerse para obligar á la gente á encontrar tesoros! Apuesto á que en esta parte ha recibido alguna leccion.

A estas palabras que contenian una alusion directa á lo que se habia pasado entre él y sir Arthur cuando el hallazgo del cuerno, acabó de perder el Aleman la poca paciencia que le quedaba, y cogiendo el mango del azadon roto, hubiera descargado un terrible golpe á la cabeza del mendigo, á no gritar este con voz firme é imponente:— ¡Como es eso! ¿ cree vm. acaso que el cielo y la tierra han de permitir que asesine vm. de este modo á un anciano indefenso? Mire vm. lo que hay á sus espaldas.

Dousterswivel volvió entónces la cabeza, y con suma consternacion suya vió que le estaba ya picando los talones una figuraza negra. Esta aparicion no le dió tiempo siquiera ni de defenderse, ni de proferir un exorcismo, pues su enemigo desconocido, pasando luego á los hechos, hizo llover sobre sus espaldas un granizo de golpes tan bien aplicados, que cayó en tierra, y quedó algunos minutos sin conocimiento.

Quando volvió en sí, se halló solo en el

coro, tendido sobre la tierra húmeda sacada de la tumba de Malcolm Baltardo; levantóse con una mezcla confusa de dolor físico, de cólera y de terror, y solo al cabo de algunos instantes pudo despejarse su entendimiento para recordar el motivo que le trajo á aquel sitio, y lo que en él le habia pasado. Reflexionado bien todo, no puso la menor duda en que el cebo presentado por Edie para atraerle á aquel lugar retirado, las burlas y sarcasmos que habian promovido la contienda, el socorro tan á propósito á favor del mendigo, y los palos de que sus espaldas conservaban todavía las señales, eran las diversas partes de una conjuracion tramada contra Herman Dousterswivel. No podia resolverse á considerar á Edie Ochiltrie como el único malicioso autor de la fatiga, el miedo y los golpes que alternativamente le habian afligido, y se inclinó á creer que solo habia representado un papel que le distribyera otro mas importante personage. Vacilaban sus sospechas entre Oldbuck y sir Arthur. El primero no habianunca procurado disimularle su aversion y desprecio; pero él habia causado al segundo un perjuicio irreparable; y por mas que estuviese convencido de que el baronet no conocia aun toda la estension de los daños, era presumible que habia entrevisto suficiente-

mente la verdad para formar proyectos de venganza. Ochiltrie, por otra parte, habia indicado una circunstancia de que debia presumir el Aleman que solo él y sir Arthur tenían conocimiento; era preciso, pues, que este se la hubiese comunicado. A mas de que sir Arthur no le habia defendido con mucho empeño cuando Oldbuck le atacó tan directa y vigorosamente. Por fin, el modo con que suponía que el baronet habia querido vengarse concordaba bastante con el que habia visto en otros países que conocia mejor que el norte de Inglaterra. Para él, como para la mayor parte de los malvados, sospechar un agravio y hacer juramento de vengarse de él, no era mas que una sola operacion del ánimo. Asi pues, no pasó mucho tiempo en decidirse á jurar la ruina de su bienhechor, y por desgracia le sobraban medios de acelerarla.

Pero, por mas que los proyectos de venganza circulasen ya por su imaginacion, no era aquel el momento de adoptarlos: la hora, el lugar, el temor de que sus enemigos no estuviesen inmediatos á él ó por aquellos alrededores, hicieron que el Aleman no pensase por entonces mas que en el cuidado de su conservacion. En el primer momento de sobresalto se le habia caído la linterna, apagandose la vela. El viento, que poco ántes soplabá con

tanta violencia en las ruinas, habia cedido á una copiosa lluvia; la luna desapareció enteramente; y por mas que Dousterswivel conociese bastante bien el local, y supiese que debia salir del coro por una puerta situada al lado del oriente, se hallaba en tal confusion de ideas, que se pasó algun tiempo ántes de poder atinar en que parte debia buscarla. En esta incertitud, gracias á la oscuridad y á su conciencia, volviéron á ofrecerse á su imaginacion todos sus objetos supersticiosos, pero procuró briosamente alejarlos.

— ¡Poperías, necedades! dijo para sí; el prazo que haferme sacodido ser demasiado pesado por on espíritu. ¡Diaplo!... ¡on paronet escocés de testa dura, á quien hafer traído por el capestro por espacio de cinco años, jogar semejante pieza á Herman Dousterswivel!

Cuando hubo sacado esta conclusion de sus argumentos, un nuevo incidente volvió á sumergirle en la duda y en la incertitud. En medio del moribundo susurro de los vientos y del ruido que hacian las gordas gotas de agua al caer sobre las piedras y las hojas de los árboles, oyó á poca distancia de él, á lo que parecia, una música vocal cuyos acentos eran tan lúgubres y solemnes, que pudiera creerse que las almas de todos los monges que habian habitado antiguamente aquel priorato

estaban reunidas para lamentarse de la soledad y desolacion de que era entónces el teatro aquella santa morada. Aquel nuevo fenómeno pareció echar raices á los piés de Dousterswivel, que recorria á tientas las paredes del coro. Todas las facultades de su alma se habian concentrado en aquel momento en el sentido del oido, y reconoció uno de los cantos lúgubres que consagra la iglesia romana á las exequias de los difuntos. ¿Que cantores desconocidos é invisibles eran estos? ¿por que se oian sus voces en aquella soledad? He aquí dos cuestiones que apénas se atrevia á hacerse, y no podia absolutamente resolver su asustada imaginacion, entregada á todas las quimeras supersticiosas de los Alemanes sobre las brujas, las hechiceras, los duendes y los espíritus blancos, pardos, negros, y de toda especie de colores.

Otro de sus sentidos no tardó mucho en tener ocupacion. En uno de los extremos del coro habia una escalera cerrada con una reja de hierro que conducia á las bóvedas subterráneas. Empezó por ver una luz rojiza salir por entre las barras de la reja y reflejar en los primeros escalones. Dousterswivel vaciló un momento; luego tomando de golpe una resolucion desesperada, avanzó ácia el punto de donde salia la luz.

Pronunciando todos los exorcismos que le pudo suministrar su memoria, y armandose con esto de un nuevo valor, acercóse á la reja desde donde podia ver sin ser visto todo lo que pasaba en el subterráneo. Miéntras lo verificaba con paso tímido é incierto, cesáron los cantos, y sucedió á ellos el mas profundo silencio. Al llegar á la reja, ofrecióse á su vista un espectáculo que por cierto no se prometia. Una tumba abierta, cuatro hachas de cerca de seis piés de altura, colocadas á cada esquina; un ataúd descubierto, ostentando un cadáver con los brazos cruzados, puesto sobre caballetes al lado de la tumba; un sacerdote con casulla y el libro del oficio divino en la mano; otro eclesiástico con sobrepelliz, llevando el acetre con su hisopo; dos niños con túnica blanca agitando unos incensarios; un hombre alto, de una figura en otro tiempo imponente, encorvado ahora por la edad y las enfermedades, de pié al lado del ataúd, vestido de luto; tales eran los principales objetos del grupo. A alguna distancia, á lo largo del subterráneo, habia de dos en dos varias personas de ámbos sexos, todas enlutadas, inmóviles como estatuas, llevando un cirio de cera negra en la mano. El sacerdote leyó entónces con voz alta y sonora las preces solemnes que ha consagrado el ritual de la Iglesia católica

á la ceremonia de volver el polvo al polvo.

Entretánto, Dousterswivel no sabia si estaba despierto ó si soñaba, si veia á hombres que rendian los fúnebres honores á otro hombre, ó si los espíritus fascinaban su imaginacion, representandole ceremonias religiosas celebradas antiguamente con tanta frecuencia en aquel sitio, pero muy raras en el dia en países protestantes, y mas todavía en Escocia. No sabia si aguardar el fin de la ceremonia, ó si retirarse para continuar buscando en las tinieblas la puerta de salida del coro, cuando un pequeño movimiento que hizo fué causa de que uno de los circunstantes le descubriese. Este fué á dar parte de la novedad al personage principal, que estaba separado de los demas, mas inmediato al ataúd: habiendo recibido sus órdenes, se adelantó con otro que estaba á su lado; ámbos, marchando quedito para no interrumpir las exequias, abriéron la reja que los separaba del Aleman; cada uno de ellos le cogió por un brazo con una fuerza que hiciera inútil toda resistencia, si el terror le permitiera pensar en semejante cosa; mandáronle sentar en una piedra del coro, y permaneciéron á su lado como para que no se escapase. Convencido entónces de que habia caido en manos de hombres semejantes á él, desplegó los labios

para hacerles algunas preguntas; pero uno de sus centinelas le señaló con el dedo el subterráneo donde se oía la voz del sacerdote que leía el oficio de difuntos, mientras que el otro aplicandose un dedo á la boca parecia ordenarle el silencio, mandamiento que el Aleman juzgó prudente guardar al pié de la letra. Tuviéronle asi hasta que un *requiescat in pace*, que resonó por las bóvedas solitarias de San Ruth, hubo dado fin á la singular ceremonia de que la casualidad le habia hecho testigo.

Quando todo hubo vuelto á entrar en el silencio y la oscuridad, sonó la voz de uno de sus guardianes que le dijo con tono familiar: — ¡Ay Dios mio! ¿es vm., señor Dousterswivel? ¿por que no nos ha dicho vm. que deseaba asistir á la ceremonia? Ya vé vm. que á milord no podia parecerle bien que se hiciese semblante de venir á espiarle de esta suerte.

— En nombre de todas las potencias del cielo y de la tierra, dijo el Aleman, sacarme de todas, declararme por fafor quien ser fos.

— ¡Quien soy yo! ¿quien quiere vm. que sea, sino Ringan Aikwood, arrendador en Knockwinnoek. ¿Y que hace vm. aquí á tal hora de la noche? ¿sin duda no ha tenido vm. mas objeto que ver el entierro?

— Mi asegoraros, mon pon Ringan Aik-

wood, que hafer sido esta noche ropado, asesinado, moy próximo á bajar al sepulcro.

— ¡Robado! ¿y quien se atreveria á robar en este sitio? ¡Asesinado! pero no ha perdido vm. todavía el movimiento de la lengua. ¡Próximo á bajar al sepulcro! ¿quien pudo causar á vm. todo este daño, señor Dousterswivel?

— ¡Quien! mon pon siñor Aikwood, ese fejo perro infiel de la capa azul, Edie Ochiltrie.

— Es imposible; esa sí que no me la trago. Conozco á Edie, como le ha conocido mi padre ántes que yo, es decir, por un hombre franco, leal y tranquilo. Por otra parte, en este instante duerme á pierna suelta en mi granja, y no ha salido de ella desde las diez de la noche; por consiguiente, que vm. ú otro haya sido el agresor, respondo con mi cabeza que Edie es inocente.

— E mi responderos, siñor Ringan Aikwood, que fostro inocente amigo Edie Ochiltrie haferme ropado esta noche cincoenta lifras, y que en este momento tanto estar él en fostra granja como yo en el reino de los cielos.

— Pues bien, señor Dousterswivel, ahora que ha dado fin la fúnebre ceremonia, si gusta vm. venir á mi casa, se le proporcionará una

cama para pasar el resto de la noche, y se verá al mismo tiempo si Edie está en la granja. Ello es cierto que mientras traíamos el cadáver, hemos visto á dos bribones cerca de las ruinas; y el cura, que no gusta de que los hereges asistan á las funciones de nuestra iglesia, ha destacado á dos de los nuestros para perseguirlos, de suerte que no tardáremos en saber algo de ellos.

Diciendo esto, iba quitandose el arrendador su capa de luto; su hijo, que era el otro personage mudo, hizo otro tanto, y todos se pusieron en marcha para el hospitalario albergue donde Dousterswivel debía encontrar el reposo de que tanto necesitaba.

— Mi dirigirme mañana á los magistrados, decia el Aleman; hacer fater la ley contra los colpales.

Mientras que así formaba proyectos de venganza, salia de las ruinas apoyado en Ringan y en su hijo, pues el estado de debilidad en que se hallaba le hacia muy necesario este socorro.

Cuando llegaron á la altura que domina la pradería donde habia sido construido el priorato, observó Dousterswivel que salian por el otro lado las hachas y los cirios que tanto le habian asustado, y su luz reflectia en las aguas del lago. Siguió algun tiempo con la

vista aquella procesion que se adelantaba algo desordenada; pero desapareció repentinamente, habiendose apagado á un mismo tiempo todas las luces.

— En semejantes casos, dijo el arrendador, solemos apagar las hachas y los cirios en el pozo de la Santa Cruz.

No quedó pues vestigio alguno de aquella lúgubre ceremonia, escepto el ruido de los pasos de los caballos que montaban los actores de la escena, ruido que, disminuyendo á medida que se alejaban, cesó muy pronto enteramente.



CAPITULO XXVI.

- « Vuela, ligera barquita,
 » Por el salado elemento:
 » ¡Dios y su madre bendita
 » Te lleven á salvamento!
 » Contigo gana su vida
 » El infeliz pescador;
 » No te veas destruida
 » Del viento por el furor.
 » ¡Oh! ¡ que Dios no lo permita!
 » Vuela, ligera barquita. »

(ANTIGUA CANCION.)

Es preciso ahora que introduzcamos á nuestros lectores en el interior de la cabaña del pescador, de la que hemos hablado en el capítulo XI de esta edificante historia. Quisiéramos poder decir que estaba regularmente alhajada, y que á lo menos no carecía de orden y de una apariencia de limpieza; pero al contrario nos vemos obligados á confesar que todo era confusion y desórden, y que no se ofrecían en ella mas que objetos desagradables; sin embargo, notabase en la familia de Saunders Mucklebackit cierto aire de bienestar y de satisfaccion, que parece probar la verdad de aquel asqueroso prover-

bio: « Un cochino no engorda con agua clara. » Un gran fuego en la chimenea, por mas que estuviésemos en verano, servia tanto para iluminar el cuarto como para calentar y preparar los alimentos. Habian tenido buena pesca aquel dia; y desde el instante en que se llevó á tierra el cargamento, la familia con su imprevision acostumbrada no habia dejado de freir y cocer la porcion destinada al consumo doméstico. Platos de madera, colocados sobre la mesa, llenos de espinas, de restos de pescado, y el pan de cebada, figuraban al lado de ollas de cerveza medio vacías.

La vigorosa Maggia, de figura atlética, siempre atrafagada, haciendo mil viages por entre media docena de criaturas de ámbos sexos y de diferentes edades, y gritando siempre que alguna le estorbaba el paso: — A un lado digo, hijo de Satanas, — formaba un contraste completo con el aire pasivo y casi estúpido de la madre de su marido, que habia llegado casi al último término de la decrepitud. Sentada en su poltrona junto á la chimenea, cuyo calor parecia buscar, y que apenas daba muestras de sentir, atada la rueca á su babador y con el huso en la mano, hilaba negligentemente segun la antigua costumbre de las Escocesas, tan pronto murmurando algunas palabras que parecia dirigir á sí misma,

tan pronto riendo como una fatua con los chiquillos que la tiraban de su delantal de lienzo con cuadros azules. El menor de todos arrastrandose por el suelo á los piés de la vieja, estaba siguiendo con la vista las vueltas que daba el huso, y alargaba de cuando en cuando su manecita para ver si le podia atrapar. Hoy día se ha perfeccionado tanto el torno en Escocia, que la princesa de que hablan tanto los cuentos de encantadoras podria correr todo este reino, sin riesgo de ser herida por el instrumento cuya punzada debia serle tan fatal. Por tarde que fuese, pues las doce de la noche habian dado ya, ninguno de la familia estaba acostado aun; y lejos de pensar en esto, Maggia se ocupaba en asar á las parrillas unas tortas de harina de cebada, en tanto que la hija mayor, la sirena medio desnuda de que hemos hablado ya, preparaba una pirámide de arenques de Findhord, es decir secados al humo de leña verde, para completar la delicada cena, ó almuerzo por mejor decir.

Tal era la ocupacion de toda aquella familia cuando llamáron suavemente á la puerta, y oyóse al mismo tiempo una voz de muger que decia: — ¿Estais levantados aun? — Sí, sí, se le respondió; entrad, entrad. — Abrióse la puerta, y vióse comparecer á Jenny Rinthout, la criada del anticuario.

— ¡Holá, holá! exclamó la dueña de la casa; ¡vm. por aquí, Jenny! mucho tiempo hace que no habiamos tenido semejante dicha.

— ¡Ay Dios mio!.... la herida del capitán Hector nos ha dado tanto que trabajar, que hace quince días que no he pasado del umbral de la puerta; pero ahora ya va mejor, gracias á Dios, y el viejo Caxon duerme en su cuarto para darle todo lo que pudiese necesitar. Cuando he visto acostados á mis amos, no he hecho mas que ponerme un *snood* en la cabeza, he dejado la puerta cerrada solamente con el picaporte, por rezelo de que alguien quisiese entrar ó salir en mi ausencia, y he corrido aquí para ver que habia de nuevo en vuestra casa.

— Sí, sí, respondió la madre Mucklebackit, observo que ha sacado vm. á lucir sus mejores atavíos; ya sé yo por quien. Pero Steenie cabalmente no está aquí esta noche, y luego no es vm. para Steenie: una muchacha tan débil como vm. no se halla en estado de poder mantener á un hombre.

— Al contrario, Steenie no es para mí, respondió Jenny meneando la cabeza con un aire que no hubiera caído mal á una dama de mas alta clase; á mí me conviene un marido que pueda mantenerme.

— Bien, hija mia, he aquí las ideas de las ciudades y del interior de los países. Pero á fé

mía, que las mugeres de los pescadores lo entienden mejor. Ellas son las dueñas del marido, de la casa y del bolsillo. ¿Está vm., hija mía?

— Sí, pero llevais una vida de perro, respondió la ninfa de tierra á la ninfa de mar; luego que la quilla de la barca toca en la arena, el holgazan del pescador ya no hace mas uso de sus brazos, y es preciso que la muger se arremangue el zagalejo, y se meta en el agua hasta mas arriba de las rodillas, para llevar á tierra el pescado. Durante este tiempo se quita el marido su vestido mojado para ponerse otro enjuto, toma su pipa y su media azumbre de aguardiente, se sienta á la lumbre como una vieja, y no hay cuidado que se dedique á ninguna especie de trabajo hasta que su barca vuelva á estar á flote. Y la pobre muger, es preciso que cargue con un cesto enorme, que corra á la ciudad con su pescado, y que grite y dispute con todos los compradores. He aquí vuestra deliciosa vida, ¡pobres esclavas!

— ¡Esclava! dice vm., Jenny. ¿Esclava llama vm. á la directora de la casa? ¿cuando ha visto vm. que Saunders desplecase los labios, ó se entrometiese en lo que tiene relacion con la familia? El lo que quiere, es comer, beber, divertirse, ni mas ni menos

que los chiquillos. Tiene demasiado juicio para atreverse á decir que alguna prenda de casa le pertenece, desde la viga del techo hasta el plato de madera del aparador. El sabe bien ¡pobrecito! quien le alimenta y le viste, y quien lo hace todo en casa, cuando está su barca en el Frith..... No, no, Jenny; quien vende la mercancía tiene la bolsa, y quien guarda el dinero es el verdadero dueño de la casa. Indíqueme vm. uno solo de sus arrendadores que permita á su muger llevar el ganado á la plaza, y embolsar el producto.... Sí, ya baja.

— Bien, bien, Maggia, cada pais tiene sus estilos. Pero ¿por que casualidad no se halla aquí Steenie, puesto que estan las barcas en la playa? ¿Y vuestro marido?

— He procurado que se acostase, porque estaba muy fatigado. Steenie se ha ido no sé á donde con el viejo de la alforja, Edie Ochiltree, y no tardarán seguramente en volver; sientese vm.

— No puedo estar aquí mucho tiempo, Maggia, dijo Jenny sentandose; pero es preciso que os cuente las novedades que tenemos. ¿Habeis oido hablar de una caja llena de oro, que sir Arthur ha encontrado en San Ruth? Ahora, ahora le veréis erguir la cabeza mas que nunca.

— Todo el mundo habla de esto; pero Ochiltrie supone que se exagera mucho, pues que estaba presente cuando se desenterró la caja. ¡Que siempre se entre la fortuna por la casa de los ricos! no hay peligro que un pobre tenga semejante dicha.

— Es muy cierto; ¿y sabéis también como la condesa de Glenallan ha muerto, que la entierran esta noche en San Ruth á la luz de las hachas, que concurrirán todos los papistas de las inmediaciones, incluso Ringan Aikwood, que es uno de los primeros, y que será, según dicen, la mas bonita función del mundo?

— Si no concurren mas que papistas, dijo la nayada, no será numeroso el acompañamiento; pues la vieja prostituta (1), por valerme de la espresion de nuestro buen ministro el señor Blattergowl, tiene muy pocos adoradores que liben su copa encantada en este rincón de nuestras tierras elegidas. — Pero ¿por que entierran á esa vieja condesa, muger verdaderamente muy adusta, á tal hora de la noche? Estoy segura que madre podría enterarnos de esto.

(1) Harlot. Ya se deja presumir que Maggia se sirve de un término menos elegante que el de prostituta para designar á Roma, alterando en esta parte la espresion del digno ministro Blattergowl.

Levantó aquí la voz, y gritó dos ó tres veces: — ¡Mamá, mamá! Pero la sibila, fuese por sordera, ó por la apatía á que la redujo la seneclud, continuó haciendo bailar el huso sin contestar al apóstrofe.

— Preguntaselo á tu abuela, Jenny, dijo Maggia; en cuanto á mí, preferiria remolcar la barca á media milla de distancia, teniendo contrario el viento de noroeste.

— Abuela, gritó la bella sirena con una voz áspera y desentonada que sonaba mejor á los oídos de la vieja, mamá pregunta por que entierran siempre los Glenallanes con luz en las ruinas de San Ruth.

Hizo alto la vieja cuando iba á impeler el huso, levantó una mano trémula y seca, volvió ácia el resto de la compañía un rostro arrugado y blanco que hubiera podido tomarse por el de un cadáver, sin el movimiento bastante vivo todavía de un par de ojos de un azul bajo; y como si quisiese no dejar escapar la ocasion de ponerse aun en contacto con los vivientes, respondió: — ¡Por que la familia de Glenallan entierra los muertos á la luz de las hachas? ¡pues que! ¿ha muerto alguno?

— Yo creo que todos seríamos muertos y enterrados sin que vm. lo advirtiese, dijo Maggia; y levantando su voz hasta un tono capaz de herir el tímpano de su suegra: — La vieja

condesa es la que ha muerto, le gritó al oído.

Entonces la vieja Elspeth, con una voz que indicaba una agitacion bastante rara en los caducos, y que no se hubiera aguardado de su apatía é indiferencia acostumbradas: — ¿ Con que ha sido llamada á dar cuenta á Dios, dijo por fin, despues de una larga carrera de orgullo y de poder? bien necesita toda su misericordia.

— Pero mamá preguntaba á vm., repitió la bella sirena, por que en la familia de Glenallan entierran siempre los muertos á la luz de las hachas.

— Esto es lo que han hecho siempre, respondió Elspeth, desde el tiempo del gran conde que fué muerto en la famosa batalla de Harlaw, despues de la cual se dice que se oyó el *coronach* (1), desde la embocadura del Tay hasta al Buck de Cabrah (2), en un solo dia; y en todas partes sonaban lamentos por los que habian perecido peleando contra Donaldo de las islas. Entonces la madre del gran conde vivia aun. Esas mugeres de la casa de Glenallan eran terriblemente duras y soberbias; no quiso que hubiese *coronach* para su hijo, y le mandó enterrar silenciosamente á

(1) Cántico de los difuntos.

(2) En el condado de Aberdeen.

media noche, sin que nadie libase la copa funeraria, ni hubiese las plañideras de estilo. Dijo que habia despachado á la eternidad muchos montañeses el dia de su muerte, para que el *coronach* de sus viudas y de sus hijos se confundiese con el suyo; vióle colocar en la tumba, sin derramar una lágrima ni arrojar un suspiro ni un gemido. La familia se ha hecho siempre una gloria de semejante proceder, y le ha imitado siempre, sobre todo en estos últimos tiempos, porque siendo papista celebra las ceremonias de su religion con mas libertad de noche que de dia. Cuando yo era jóven, la ley no permitia tales ejercicios, y los habitantes de Fairport se habrian opuesto á ellos; pero en el dia de hoy no se necesitan acaso tantos misterios; el mundo anda revuelto: apénas sé si soy muerta ó viva, si estoy sentada ó de pié.

Y echando una mirada á los que estaban al rededor de la chimenea, como si hubiese querido salir de dudas y de incertitud, volvió como por máquina á hacer bailar el huso.

— No sé lo que me pasa, dijo Jenny Rinthorout á Maggia, cuando oigo hablar así á vuestra madre; me parece la voz de un muerto que vuelve del otro mundo.

— Yo creo que no le falta mucho; nada de lo que pasa la altera ni la conmueve; pero

trátese de cuentos viejos, y se pone al momento á hablar como un libro. Está mas enterada que otros muchos de la familia de Glenallan, pues su marido, el padre de Saunders, fué por mucho tiempo el pescador de la casa. Vm. sabe que los papistas no pueden comer carne ciertos dias, y no es por cierto lo peor que tiene su religion, porque estaba yo segura de vender mi mejor pescado para la mesa de la condesa, ¡Dios la tenga en gloria! especialmente el viérnes. Pero note vm. el movimiento continuo de los labios de nuestra abuela. Habla consigo misma miéntras hila, y charlará ahora toda la noche si queremos, aunque á veces pase semanas enteras sin decir una palabra á nadie, escepto á los chiquillos.

— Os aseguro, mistress Mucklebackit, que es una muger cuya presencia me impone. ¿Estais bien segura de ella? Se dice que no va jamas á la iglesia, y que no habla siquiera al ministro: se sabe que era papista antiguamente, pero desde la muerte de su marido nadie sabe lo que es. Acaso acertaríamos tomandola por bruja.

— ¡Por bruja! ¡que disparete! lo propio que las otras viejas, si se esceptua sin embargo á Alison Breck, que de esta no me atrevo á responder. La he visto varias veces volver con su cesto lleno de cangrejos, cuando las demas...

— ¡Chito, Maggia, silencio! vuestra madre no ha concluido todavia.

— ¡No acaba de decir alguno, replicó la vieja Elspeth, que Joscelinda lady Glenallan es muerta y enterrada? ¿lo he soñado yo, ó es acaso alguna revelacion que se me ha hecho?

— Sí, madre mia, gritó Maggia; es muerta.

— ¡Oh! no debe considerarse este accidente como una desgracia. ¡Causó ella tantos males durante su vida, y hasta á su propio hijo!... ¿Vive todavia?

— Sí, por cierto; pero ¿vivirá mucho tiempo? esto es otra cosa. ¿No os acordais que vino á veros la primavera última, por señas que os dió algun dinero?

— Es muy posible, Maggia, pero no lo tengo presente. Era un guapo muchacho en su juventud, como lo fué su padre en la suya. ¡Ah! si este hubiese vivido, otro gallo le cantara; pero murió, y ejerciendo la madre sobre él una autoridad ilimitada, le hizo creer y hacer todo lo opuesto de lo que debia, de lo que el infeliz se ha arrepentido muchas veces, y llorará continuamente su yerro, aunque viva tanto como la vieja Elspeth.

— ¿Como, abuela? — hablad, mamá; — ¿por que, Elspeth? gritaron á un mismo tiempo tres ó cuatro niños, su madre y Jenny Rintherout.

— No me lo preguntéis, pero rogad á Dios que no os abandone al orgullo y á la terquedad de vuestro corazon. Estas malas calidades pueden hallarse tanto en una cabaña como en un castillo; yo lo sé por esperiencia. ¡Oh! ¡que noche tan terrible y espantosa! jamas, jamas se borrará de mi memoria. ¡Verla tendida en la arena, goteando de sus largos cabellos el agua del mar!..... La venganza del cielo perseguirá á todos los cómplices. — ¿Como es eso? ¿mi hijo ha salido con el viento que hace?

— No, madre mia, no hay barca que pueda resistir á un tiempo como este; se ha acostado ya.

— ¿Luego Steenie está en tierra?

— Sí, abuela, dijo la hija mayor; Steenie ha salido con el viejo mendigo Edie Ochiltrie, acaso han ido á ver el entierro.

— Esto no es posible, dijo la madre; lo hemos sabido despues que ellos se fuéron, cuando John Rand ha venido á decirnos que Ringan Aikwood habia recibido orden de asistir. Ya sabeis que los papistas no gustan de dar tanta publicidad á las ceremonias. Esta noche deben llevar á la difunta en solemne procesion desde el castillo de Glenallan á las ruinas de San Ruth, que distan diez millas. Diez dias hace que la condesa está de cuerpo

presente en un salon todo enlutado é iluminado con cirios.

— ¡Dios la haya perdonado! dijo Elspeth que no podia quitarse de la cabeza al parecer la muerte de la condesa de Glenallan. Era mucha la dureza de su corazon, pero ha ido á dar cuenta á un Dios de bondad cuya misericordia es infinita.... ¡Pueda encontrar en él toda la que ha menester! — Bajó entónces la cabeza, y no habló mas en todo el resto de la noche.

— No comprendo que es lo que tienen que hacer fuera de casa en una noche como esta Steenie y el viejo mendigo, dijo mistress Mucklebackit. Jenny Rintherout no mostró menos sorpresa que ella.

— Que uno de vosotros suba á la roca, dijo la madre dirigiendose á sus hijos, y que grite bien fuerte para que despachen, si acaso estan por allí cerca: nuestras tortas de harina de cebada se quemarán.

El niño mayor salió para cumplir las órdenes de su madre, pero volvió corriendo al cabo de algunos minutos, gritando: — Mamá, abuela, hay en el valle un espíritu blanco que corre detras de dos espíritus negros. ®

Este siugular anuncio fué seguido casi inmediatamente del ruido de los pasos de alguna persona que llegaba; y Steenie Mucklebackit, acompañado de Ochiltrie, pudiendo apénas

resollar los dos, entraron precipitadamente en la cabaña. El primer cuidado de Steenie fué cerrar bien la puerta, y buscar una gran barra de madera que servia á veces para asegurarla.

— ¿Has olvidado, le dijo su madre, que la quemamos tres años hace, cuando aquel invierno tan rigoroso? ¿Gente como nosotros necesita acaso cerrar la puerta?

— Nadie nos persigue, dijo el mendigo; somos como los malvados que huyen de su misma sombra.

— Yo digo y repito, respondió Steenie, que hemos sido perseguidos por algun espíritu ú otra cosa que no vale mucho mas.

— Os engañais, era un hombre á caballo, dijo Ochiltrie; estoy seguro de ello, y nos hubiera alcanzado, á no hundirse cada vez mas el animal en un terreno húmedo y pantanoso. ¿Como hemos corrido! nadie diria sino que nos hallábamos en Preston-Pans (1).

— ¡Buen par de locos! dijo Maggia, era seguramente alguno que venia del entierro de la condesa.

— ¡Como! ¿esta noche han enterrado á la condesa en San Ruth? exclamó Ochiltrie. He

(1) La fuga de los Ingleses en la batalla de este nombre pasó á ser proverbio.

aquí pues la causa del ruido y de las luces que tanto nos han asustado. A saberlo, no me meneara de allí, ni dejara abandonado al amigo. Habeis cargado un poco la mano, Steenie, no sé si podré contarle.

— No os dé cuidado, tiene buenas espaldas, no he hecho mas que tomarle la medida con el palo. ¿Habeis olvidado ya que sin mi auxilio tal vez á estas horas ya estaríais patas arriba?

— Pues bien, si puedo escapar sano y salvo de esta chamusquina, será la última vez que tiente á la Providencia. Sin embargo, no creo que haya gran daño en jugar una pieza semejante á un ladron vagamundo que solo vive de engañar á la gente honrada.

— ¿Y que harémos ahora de esto? dijo Steenie sacando una cartera.

— ¡Que veo! ¿valgáme Dios! exclamó Edie con tono de sobresalto: ¿como para esta cartera en vuestras manos? Steenie, ¿sabeis que no se necesita mas que una sola hoja para que nos manden ahorcar á los dos?

— Presumo que le ha caído de la faltriquera mientras yo le sacudia el polvo. La he visto al tiempo de bajarme para levantarle, y la he recogido temiendo que no se perdiese en las tinieblas, para volversela despues; pero como luego ha sonado ruido al parecer de ca-

ballos, y vos habeis gritado: — ¡Partamos! no he pensado mas con ella.

— No hay remedio, es preciso volversela de un modo ú otro. Creo que lo mejor será encargarsela á Ringan Aikwood; convendrá que le veais al amanecer, no quisiera por cien libras que esta cartera se hallase en nuestras manos.

Steenie le dió palabra de ir, quedando á su cargo el desempeño de esta comision.

— Parece que ha pasado vm. la noche muy divertida, señor Steenie, dijo Jenny Rintherout, disgustada de no haber llamado mas pronto la atencion del jóven pescador, y deseosa de que notase á lo menos su presencia: cierto, muy divertida, saliendo á paseo en compañía de vagamundos, y haciendose perseguir por espíritus, cuando deberia vm. estar bien metidito en la cama como su buen padre.

El jóven pescador respondió á la niña con las chuscadas rústicas de su estado, y se empezó un ataque general contra las tortas de harina de cebada y los arenques ahumados, que se reforzaron con un par de pucheros de *two-penny* (1) y una botella de gin. Terminada la comida, el mendigo fué á echarse á la

(1) Cerveza flaca ó cervecilla.

paja en una especie de choza contigua; los chiquillos se habian apoderado de sus camas uno tras otro, y se colocó á la abuela en su colchon de lana. Steenie, á pesar de la fatiga que habia experimentado, quiso escoltar á Jenny Rintherout hasta á Monkarns, y la historia no dice á que hora volvió. La dueña de la casa, despues de haber apagado el fuego de la chimenea y restablecido algun orden en el cuarto, fué la última que se acostó:

CAPITULO XXVII.

- « Mas de cuatro ricotes hacendados
 » Darian la mitad de su efectivo
 » Por saber mendigar con tanta gracia
 » Por ese nuevo y bien extraño estilo. »

(LA MATA DEL MENDIGO.)

LEVANTÓSE el viejo Edie al primer canto de la alondra, y su primer cuidado fué preguntar por Steenie y por la cartera. El jóven pescador se habia visto obligado á partir con su padre ántes de amanecer para aprovechar la marea; pero habia ofrecido que luego de su vuelta llevaria á Ringan Aikwood la cartera, que envolvió con mucho cuidado en un pedazo de lienzo de vela, para rogarle que la pusiese en manos del propietario, es decir de Dousterswivel.

La dueña de la casa, despues de haber preparado el desayuno de su familia, tomó precipitadamente el camino de Fairport con un cesto de pescado á las espaldas; los chiquillos jugaban juntos enfrente de la puerta, el dia era hermoso y sereno. La vieja Elspeth, sentada segun su costumbre en la poltrona de mimbre, junto á la chimenea, habia cogido

el huso empezando su eterna tarea, sin distraerse de su ocupacion ni por los gritos de los niños, ni por los de la madre que habian precedido la dispersion de la familia. Edie acababa de arreglar su alforja para continuar sus correrías, pero ántes quiso despedirse de la abuela.

— Vengo á dar á vm. los buenos dias, abuelita, acompañados de muchos otros. Volveré al empezarse la cosecha, y espero encontrar á vm. en cabal y perfecta salud.

— Lo que yo deseo y ruego á Dios, es que me encuentre vm. tranquila en la tumba, respondió Elspeth con voz hueca y sepulcral, sin notarse la menor agitacion en sus facciones.

— Es vm. vieja, Elspeth, pero yo no lo soy mucho menos; debemos someternos resignadamente á la voluntad de aquel que no nos olvidará cuando llegue la hora.

— Y que no olvidará tampoco nuestras acciones: el alma es responsable de lo que hace el cuerpo.

— He aquí una verdad amarga que deberia servirme de leccion á mí que he llevado una vida vagamunda y desordenada; pero vm. ha sido siempre una muger prudente, y aunque todos seamos frágiles en este mundo, la carga de vm. no puede ser muy pesada.

— Acaso no tanto como hubiera podido

serlo, pero mucho mas de lo que se necesitaria para echar á pique el mas bello bergantin que haya dado vela de Fairport. Pero á propósito, ¿no dijo ayer alguno (á lo menos yo lo tengo en la cabeza, bien que la cabeza de los viejos es tan débil) que Joscelinda, condesa de Glenallan, habia muerto?

— Es cierto, Elspeth; la enterraron á noche en San Ruth, á la luz de las hachas; y yo ¿necio de mí! he tenido miedo de la cabalgada.

— Es estilo de la familia, desde que el gran conde fué muerto en Harlaw. Lo hacen sin duda por orgullo, para hacer ver que no deben ellos morir ni ser enterrados como los demas. La muger no gime ni se lamenta por la muerte del marido, ni la hermana por la del hermano. ¿Pero ya es bien cierto que la condesa haya ido á dar ante el tribunal de Dios la terrible cuenta de sus acciones?

— Tan cierto como irémos nosotros á dar la nuestra algun dia.

— Pues bien, suceda lo que quiera, yo descargaré mi conciencia.

Elspeth pronunció estas palabras con una vivacidad que no acostumbraba; y haciendo un gesto con la mano como si quisiese arrojar algun objeto lejos de sí, levantóse, enderezó su alto cuerpo, poco ántes encorvado por la edad y las enfermedades que la acom-

pañan, y se presentó al mendigo como una momia á quien se hubiera dado momentáneamente una existencia miraculosa. Circulaban sus ojos por el cuarto como si olvidara y recordara alternativamente el motivo por que habia metido, en una gran faltriquera que llevaba, su seca y arrugada mano, y cual era el objeto que buscaba. Sacó por fin una cajita, y habiendola abierto, tomó una sortija adornada con una trencilla de cabellos de dos colores, negros y castaños claros, rodeada de ricos brillantes.

— Buen hombre, dijo entónces á Ochiltrie, si deseais obtener clemencia del cielo, es preciso que vayais por mí al castillo de Glenallan, y que pidais hablar con el conde.

— ¿Con el conde de Glenallan, Elspeth! ¿oh! si no quiere ver á los mismos nobles del pais, ¿como es posible que consienta en recibir á un pobre mendigo como yo?

— Haced lo que os encargo, y decidle que Elspeth de Craighburnsfoot (por este nombre me conocerá mejor) necesita verle ántes de llegar al fin de su peregrinacion, y que le envia este anillo para indicarle el asunto de que quiere hablarle.

Ochiltrie consideró por algunos instantes el anillo con suma admiracion, y volvió á colocarlo en la cajita, que metió en su faltriquera

despues de haberla envuelto en un pañuelo viejo todo roto.

— Pues bien, buena muger, le dijo, desempeñaré la comision de vm., ó á lo menos no se perderá por mí. Ciertamente esta será la primera vez en que tan rica prenda haya sido enviada á un conde de parte de la viuda de un pescador, por conducto de un viejo mendigo de la alforja.

Despues de haber hecho esta observacion, tomó Edie su baston herrado, metióse hasta los ojos su sombrero, y partió para desempeñar su comision. La vieja Elspeth permaneció algun tiempo de pié, inmóvil como una estatua, fijos los ojos en la puerta por donde su embajador acababa de salir. Aquella especie de calor y vivacidad que esta conversacion habia impreso en sus facciones se disipó al momento; dejóse caer otra vez en su poltrona, cogió la rueca y el huso, y puso á trabajar con su apatía acostumbrada.

Ochiltrie entretanto continuaba su camino. Tenia que hacer diez millas para llegar al castillo de Glenallan, y solo al cabo de cuatro horas pudo acercarse al término de su viage. Con la doble dosis de curiosidad que le infundian naturalmente una vida ociosa y su genio ardiente y emprendedor, puso en prensa su imaginacion durante el camino para adi-

vinar cual podia ser el objeto del misterioso mensaje de que se habia encargado, y que relacion podia tener el rico, el soberbio, el poderoso conde de Glenallan con las faltas y el arrepentimiento de una vieja cuya clase en el mundo no era muy superior á la de su mensajero. Procuró acordarse de todo lo que habia oido decir de la familia de Glenallan; pero los mayores esfuerzos de su memoria no le pusieron en estado de formar una conjetura en esta parte.

Sabia que la condesa que acababa de morir habia heredado los cuantiosos bienes de aquella antigua y poderosa familia, y con ellos de un modo extraordinario el carácter altivo, indómito y severo que habia siempre distinguido la casa de Glenallan desde que figuraba en los anales de la Escocia. La condesa, como todos sus antepasados, profesaba la religion católica romana. Habiase casado con un caballero inglés de la misma religion, sumamente rico; pero le perdió al cabo de dos años, y tuvo por consiguiente la administracion de la inmensa fortuna de sus dos hijos. El mayor, lord Gerardo, que debia heredar el título de conde de Glenallan y todos los bienes de su madre, dependia enteramente de ella mientras existiese: el menor tomó el nombre y las armas de su padre, y entró en posesion de cuanto á

este pertenecía luego que fué mayor de edad, todo con arreglo á lo prevenido en los capítulos matrimoniales de sus padres. Con este motivo fijó su residencia en Inglaterra, haciendo á su madre y hermano visitas tan cortas como poco frecuentes; y aun, despues de haber abrazado la religion reformada, no salió mas de su domicilio.

Pero ántes de hacer este terrible insulto á la orgullosa condesa de Glenallan, ya la morada de su castillo ofrecia pocos atractivos á un jóven vivo y disoluto como Eduardo Gerardo Neville, al paso que aquella sombría soledad no pudiera ser mas á propósito para su hermano mayor, cuyo genio melancólico le inclinaba mas á la vida retirada. Este, en los primeros años de su juventud, habia ofrecido las mas lisonjeras esperanzas: cuantos le conocieron durante su viage en el continente hacian de él grandes elogios, teniendole por un jóven perfecto, con las mejores disposiciones para distinguirse en cualquiera carrera que quisiese emprender. Pero la mas brillante aurora no es seguida siempre de un hermoso día. Lord Gerardo regresó á Escocia, y despues de haber pasado un año con su madre en el castillo de Glenallan, empezó á volverse como esta, triste, adusto y melancólico. Escluido de los empleos públicos á causa de su reli-

gion, y no siendo aficionado á crearse ninguna otra especie de ocupacion ni de divertimento, pasaba sus dias en el mas absoluto retiro. No trataba mas que algunos eclesiásticos católicos que iban de cuando en cuando al castillo, y recibia dos ó tres veces al año con mucha ostentacion á un par de familias, tambien católicas, apostólicas y romanas, pues la puerta de su casa estaba enteramente cerrada para sus vecinos los hereges. Los mismos católicos, despues de haber sido recibidos con toda pompa y magnificencia, regresaban á sus casas tan sorprendidos de la soberbia de la condesa, como de la profunda afliccion en que parecia estar sumergido su hijo. La muerte de su madre acababa de ponerle en posesion de su título y de su fortuna, y muchos se imaginaban ya que la independenciam despertaria en él la jovialidad y la alegría; pero los que conocian mas á fondo el interior de la casa pretendian que la salud del conde se habia desmejorado con prácticas y austeridades religiosas, y que segun todas las apariencias no dejaria de seguir muy pronto á su madre en el sepulcro. Esta desgracia parecia tanto mas probable, cuanto su hermano menor habia muerto de una enfermedad de consuncion, que en los últimos años de su vida se apoderó de su cuerpo y de su espíritu. Los ge-

nealogistas consultaban ya sus archivos para indagar cual debía ser el heredero de una familia próxima á extinguirse; y los letrados, frotandose las palmas de las manos, hablaban con viva satisfaccion del trabajo y del lucro que iban á proporcionarles los diversos aspirantes á la herencia de Glenallan.

Cuando Edie descubrió la fachada del castillo, antiguo edificio, cuya parte mas moderna habia sido construida con arreglo al diseño del célebre Iñigo Jones (1), empezó á discurrir los medios de lograr mas fácilmente la introduccion y el mejor desempeño del mensaje que para el conde llevaba. Despues del mas detenido examen y madura reflexion, resolvió enviarle el anillo por uno de sus criados. Entró por consiguiente en una tienda, y se procuró allí los medios de envolver la cajita en un pliego de papel que selló, escribiendo él mismo el sobre con mala ortografía: *Para su Exselencia el conde de Glenlan*. Pero teniendo bastante esperiencia para no ignorar que los pliegos que se dejan en las puertas de las casas de los grandes por gente de su clase no llegan siempre á las manos de la persona á quien van dirigidos, decidióse, á fuer de buen

(1) Vivía reinando Jacobo II; murió en 1652.

soldado, á hacer un reconocimiento ántes de proceder al ataque.

Al acercarse á la puerta, un número extraordinario de pobres alineados delante de la habitacion del portero, de los cuales unos eran indigentes domiciliados en las inmediaciones, y otros mendigos ambulantes como él mismo, le dió á conocer que iba á hacerse una distribucion general de limosnas.

— Las buenas acciones, pensó Ochiltrie, no quedan nunca sin recompensa. Es posible que yo reciba aquí una buena limosna, que no hubiera logrado sin encargarme de la comision de la vieja Elspeth.

Tomó pues lugar en las filas de aquel andrajoso regimiento, acercandose á la vanguardia tanto como pudo, distincion que creyó debida á su edad como á su capa azul y chapa de estaño; pero pronto supo por esperiencia que el derecho de prioridad se arreglaba allí por otros principios.

— ¿Sois acaso de los de triple racion, camarada, para avanzar con tanta osadía? dijole uno de sus cofrades; no lo creo, á fé mia, porque no se concede esta chapa á los católicos. ®

— Cierto, no soy romano, respondió Edie. — Pues bien, colocaos allá entre las dobles ó simples raciones, es decir entre los episcopales ó los presbiterianos. ¡Que vergüenza

ver á un herege con una larga barba cana que haria honor á un ermitaño!

Repelido asi por los mendigos católicos, ó á lo menos por los que pasaban por tales, Ochiltrie fué á colocarse entre los pobres de la iglesia anglicana, á quienes el noble bienhechor concedía doble racion de limosna. Pero jamas un indigente no-conformista fué peor recibido en un sínodo de episcopales, aun en los tiempos en que sus divisiones estaban en el mayor grado de exasperacion, cuando ocupaba el trono la buena reina Ana.

— Vedle allá con su chapa, decian; á cada cumpleaños del rey, va á oír el sermon de un predicador presbiteriano, ¡y quisiera ahora pasar por un miembro de la iglesia episcopal! no, no, que se vaya, que se vaya.

Rechazado de esta suerte por Roma y por el episcopado, pudo Edie refugiarse por fin en el grupo poco numeroso de mendigos presbiterianos á quienes su conciencia no habia permitido disfrazar sus opiniones religiosas para obtener un doble ó un triple derecho á la caridad del señor del castillo, ó que sabian que les era imposible recurrir á este ardid sin estar ciertos de verle descubierto.

Observóse la misma gradacion en el modo de distribuir las limosnas, que consistian en pan, carne y dinero. El limosnero, religioso

de grave y severa facha, presidia las operaciones cuando se daba el socorro á los católicos. Al entregarles su triple porcion, hacia una ó dos preguntas á cada uno de ellos, y recomendaba á sus oraciones el alma de la difunta Joscelinda, condesa de Glenallan, madre de su bienhechor. El portero, llevando en la mano un alto baston con puño de plata, y vestido de luto como todo el resto de la servidumbre de la casa, tenia la inspeccion de los episcopales; los presbiterianos fuéron abandonados al cuidado de un criado viejo.

Como este discutia algun punto sobre el cual no estaba muy de acuerdo con el portero, su nombre, pronunciado por casualidad, llamó la atencion de Ochiltrie. Miróle mas detenidamente, y sus facciones suscitaron en él un recuerdo de los tiempos antiguos. Los demas pobres se habian ya puesto en marcha para retirarse, y el criado viejo, viendo que Edie no se meneaba de su lugar, gritó con el acento muy cargado del condado de Aberdeen: — ¿Que espera ese viejo loco? ¿Por que no se va, puesto que ya ha recibido la limosna en dinero y su racion de carne? ®

— Francis Macraw, dijo Ochiltrie, ¿no te acuerdas ya de Fontenoi? ¿has olvidado lo de *avanzar, batallon en cuadro, etc.*?

— ¡Oh, oh! exclamó Macraw reconocien-

dole á su vez, nadie puede hablarme así sino mi antiguo cabo de fila Edie Ochiltree. Mucho siento verte en tan miserable estado, camarada.

— No tan miserable como te imaginas, respondió Edie; pero no quisiera irme sin haber hablado un momento contigo, pues no sé cuando volveré, atendido que los protestantes no son aquí muy bien recibidos; y este es el motivo por que no había venido hasta ahora.

— Pues bien, contestó Macraw, ven conmigo, y te daré alguna cosa mejor que ese hueso de buey.

Y habiendo hablado cuatro palabras al oído del portero, para asegurarse probablemente de su conivencia, aguardó que el limosnero con paso lento y solemne hubiese entrado en el castillo, é introdujo entónces á su antiguo compañero de armas en un patio interior, cuya puerta estaba adornada con diferentes emblemas del orgullo y de la nada del hombre. Distinguianse en el centro del fróntis las armas de la familia de Glenallan, rodeadas de las de todas las casas ilustres que habían emparentado con ella, todas estrañamente entremezcladas con guadañas, relojes de arena, y varios huesos, trofeos de la parca que iguala y nivela las diversas clases y condiciones de los hombres. Habiendole hecho pasar lo mas prontamente posible á otro patio grande em-

pedrado, guióle Macraw por una puerta lateral á una pieza situada cerca de la antecámara, destinada esclusivamente para él, por estar encargado del servicio personal del conde de Glenallan. Procurarse viandas frias, escelente cerveza, y hasta un vaso de buen aguardiente, no fué cosa difícil para un personage de su importancia, á quien el convencimiento de su dignidad no había hecho olvidar aquella prudencia escocesa que le recomendaba vivir en buena armonía con el despensero. Nuestro diputado mendigo comió espléndidamente con su antiguo camarada; habláron de rancias historias, y solo cuando empezaban á faltarles objetos de conversacion, acordóse Edie de su embajada.

— Tengo que presentar un memorial al conde, dijo á su amigo, pues no juzgó á propósito hablarle del anillo, no sabiendo, segun se esplicó despues, hasta que punto podian haber sido corrompidas las costumbres de un simple soldado por un largo servicio en una casa principal.

— El conde no recibe memoriales, respondió Macraw; pero puedo entregarlo al limosnero.

— El memorial habla de un secreto, y acaso al conde no le gustará que trascienda á otra persona.

— Por esta misma razon el limosnero querrá ser el primero en enterarse.

— Pero yo he hecho este viage para tener el gusto de presentarlo, Francis; y es preciso absolutamente que me favorezcas en esto.

— Pues bien, lo haré, camarada, lo haré; y que el limosnero se enfade cuanto quiera contra mí. ¿Que puede resultar? ¿que me despidan? así como así, ya estaba determinado á pedir mi licencia para ir á acabar tranquilamente mis dias en Inverrary.

Despues de haber tomado la magnánima resolucion de servir á un amigo, pues no podia resultarle de ello ningun accidente desagradable, salió Macraw del aposento, llevando consigo el pliego que le entregó Ochiltrie. Pasóse algun tiempo ántes de que volviere, y á su regreso se viéron pintadas en su rostro la sorpresa y la agitacion.

— No estoy bien seguro, dijo, que seas tú Edie Ochiltrie, de la compañía de Carrick, del regimiento 42. Casi estoy por creer que veo al mismo diablo en figura tuya.

— ¿Y por que me hablas así? le preguntó el mendigo no menos admirado que él.

— Porque no puedo ponderarte la sorpresa y la amargura en que acabas de sumergir á milord. Quiere verte absolutamente; no me ha costado gran trabajo lograr una audiencia

para tí. Durante algunos minutos ha estado como fuera de sí, yo he llegado á creer que perderia el juicio. Por fin, cuando ha recobrado un poco la serenidad, me ha preguntado quien habia traído el pliego; ¿y que crees que he respondido yo?

— Un soldado viejo. Esto es lo mejor que se puede decir á la puerta de un gran señor. Si se tratase de un arrendador ó de otra persona de mas baja cuna, valiera mas hacerme pasar por calderero, porque acaso á su parienta se le ofreceria remendar algo de la batería de cocina.

— Pero yo nada de esto he dicho, porque á milord tanto se le da lo uno como lo otro; no es aquí donde le aprieta el zapato. Le he respondido que el pliego me habia sido entregado por un viejo con una venerable barba blanca, que tenia todas las trazas de fraile capuchino, aunque iba vestido á corta diferencia como un peregrino. Por fin milord llamará cuando haya recobrado bastantes fuerzas para verte facha á facha.

— Quisiera haber terminado ya este negocio y hallarme fuera del castillo, pensó el mendigo haciendo cierto movimiento de hombros que se notó á pesar de la capa que los cubria: mucha gente opina que el conde no está enteramente sano de juicio. ¿Quien sabe si se

enfadará conmigo, si llega á presumir que quiero pasar por lo que no soy?

Pero ya la retirada era imposible. Sonó una campanilla, y Macraw dijo á media voz, como si ya le impusiese respeto la presencia de su amo: — Es milord el que llama; sigueme, Edie, con prudencia y sin ruido.

Edie siguió á su conductor, que parecia andar con tanta precaucion como si temiese ser descubierto. Atravesaron un largo corredor, y subieron en seguida por una escalera escusada que los condujo á la habitacion del conde. Esta contenia varios aposentos muy vastos, amoblados con la magnificencia y esplendor correspondientes á la clase y antigüedad de la familia de Glenallan; pero todos los muebles indicaban el gusto de una época bien lejana, y habia motivo para que uno se creyera en el castillo de un baron escocés antes de la reunion de las dos coronas. Ya fuese por orgullo de familia, ó para manifestar un total desprecio del tiempo en que vivia, la condesa que acababa de fallecer no habia nunca permitido que se reemplazase ninguno de aquellos muebles antiguos con otros mas modernos. Lo que formaba el mejor adorno de aquellas espaciosas salas era una preciosa coleccion de cuadros de los mas célebres profesores; pero se veia bien patente en la eleccion

el gusto de la familia. A escepcion de algunos retratos por Van-Dick y otros pintores de mérito, casi no se veia, en lugar de paisages y cuadros históricos, mas que pasos sacados de la Vida de los santos, y la representacion de los suplicios de los mártires por el Dominiquin, Velazquez y Murillo: tales pinturas, casi siempre estravagantes y algunas veces asquerosas, difundian todavia un aspecto mas lúgubre á los aposentos que adornaban. El mismo viejo mendigo no pudo menos de notar esta circunstancia, é iba á desplegar los labios para hablar de ello á su conductor, cuando este le hizo un gesto para encargarle el silencio.

Abriendo una puerta á uno de los extremos de la galería, Macraw introdujo á Ochiltrie en una pequeña antecámara toda enlutada. Allí encontraron al limosnero, con el oido aplicado á una puerta que habia enfrente de aquella por donde acababan de entrar, en la actitud de un hombre curioso que teme ser descubierto.

El criado y el religioso se estremecieron reciprocamente al verse; pero el limosnero recobró primero que el otro su presencia de ánimo, y avanzando ácia Macraw le preguntó con voz baja, pero con tono de autoridad, como se habia atrevido á entrar en la antecámara del conde, sin llamar ántes. — ¿ Quien

es ese extranjero? añadió: ¿ que viene á hacer aquí? Retiraos al instante, y aguardadme en la galería.

— Me es imposible complacer á V. R. en este momento; milord acaba de llamarme, respondió Macraw levantando la voz de modo que pudiesen oírle desde el aposento inmediato, convencido de que el fraile no se atrevería á insistir, con solo el rezelo de que el conde pudiese enterarse de lo que pasaba.

En este instante sonó por segunda vez la campanilla, y, por el ruido que hizo, pudo adivinarse que se habia tirado el cordon con un movimiento de impaciencia. El limosnero, juzgando ya que era inútil reclamar la obediencia, salió de la antecámara levantando la mano ácia Macraw en ademan de amenaza.

— ¿ Que tal? ¿ no te lo dije yo? añadió el criado al mendigo; y al mismo tiempo abrió la puerta junto á la cual encontraron al religioso.



CAPITULO XXVIII.

- « Este anillo que contiene
- » Una fuerza superior
- » Me recuerda mil escenas
- » Que oprimen mi corazon;
- » Escenas de horror y luto
- » Como de placer y amor. »

(EL FATAL MATRIMONIO.)

TODAS las antiguas etiquetas que exigia el riguroso luto se observaban escrupulosamente en el castillo de Glenallan, á pesar de la dureza de corazon con que los individuos de esta familia, segun la voz pública, negaban á sus parientes, despues de su muerte, el tributo ordinario de lágrimas y suspiros. Notóse que cuando la condesa recibió la carta fatal que le participaba la muerte de su hijo menor, del hijo que mas amaba, como se habia creído por espacio de mucho tiempo, su mano no le llegó á temblar, y sus ojos no diéron muestras de la menor alteracion, como si se hubiese tratado de otros objetos triviales é indiferentes. Solo Dios puede saber si el esfuerzo que debió hacer sobre sí misma para sacrificar á su orgullo toda demostracion del

es ese extranjero? añadió: ¿ que viene á hacer aquí? Retiraos al instante, y aguardadme en la galería.

— Me es imposible complacer á V. R. en este momento; milord acaba de llamarme, respondió Macraw levantando la voz de modo que pudiesen oírle desde el aposento inmediato, convencido de que el fraile no se atrevería á insistir, con solo el rezelo de que el conde pudiese enterarse de lo que pasaba.

En este instante sonó por segunda vez la campanilla, y, por el ruido que hizo, pudo adivinarse que se habia tirado el cordon con un movimiento de impaciencia. El limosnero, juzgando ya que era inútil reclamar la obediencia, salió de la antecámara levantando la mano ácia Macraw en ademan de amenaza.

— ¿ Que tal? ¿ no te lo dije yo? añadió el criado al mendigo; y al mismo tiempo abrió la puerta junto á la cual encontraron al religioso.



CAPITULO XXVIII.

- « Este anillo que contiene
- » Una fuerza superior
- » Me recuerda mil escenas
- » Que oprimen mi corazon;
- » Escenas de horror y luto
- » Como de placer y amor. »

(EL FATAL MATRIMONIO.)

TODAS las antiguas etiquetas que exigia el riguroso luto se observaban escrupulosamente en el castillo de Glenallan, á pesar de la dureza de corazon con que los individuos de esta familia, segun la voz pública, negaban á sus parientes, despues de su muerte, el tributo ordinario de lágrimas y suspiros. Notóse que cuando la condesa recibió la carta fatal que le participaba la muerte de su hijo menor, del hijo que mas amaba, como se habia creído por espacio de mucho tiempo, su mano no le llegó á temblar, y sus ojos no diéron muestras de la menor alteracion, como si se hubiese tratado de otros objetos triviales é indiferentes. Solo Dios puede saber si el esfuerzo que debió hacer sobre sí misma para sacrificar á su orgullo toda demostracion del

dolor materno, contribuyó poderosamente á acelerar su muerte. Supusose á lo menos generalmente que el ataque de apoplejía que terminó su existencia tan poco tiempo despues, era una venganza de la naturaleza ultrajada por la supresion de los sentimientos que inspira. Pero aunque lady Glenallan hubiese procurado desterrar de su exterior toda demostracion de amargura, no omitió desplegar en el castillo todo el aparato del luto, especialmente en los aposentos que ocupaban ella y su hijo.

El conde de Glenallan se hallaba pues en una cámara enteramente cubierta de paño negro que se desprendia del techo en largos pliegues. Un gran biombo, entoldado tambien con una estofa negra, y colocado en frente de la ventana, interceptaba en parte la luz del dia que lograba abrirse paso por entre los vidrios en que un artista del siglo décimo cuarto habia pintado un paisaje sacado de las lamentaciones del profeta Jeremías. En la mesa junto á la cual estaba sentado el conde, ardian dos lámparas de plata cinceladas, que esparcian aquella claridad triste é incierta que resulta de la mezcla de las luces natural y artificial. Habia encima de la mesa un crucifijo de plata, y dos libros con cubiertas de pergamino, cerrados con manecillas. El solo adorno de este

aposeno era un cuadro soberbio del Españolet, representando el martirio de San Esteban. El dueño de este lúgubre aposento era un hombre de mediana edad, pero tan cascado por las dolencias del alma y del cuerpo, tan flaco, tan débil, que parecia una sombra. Levantóse precipitadamente para recibir al que llegaba, y este esfuerzo fué casi superior á sus fuerzas. Cuando se halláron los dos en medio de la sala, el contraste que ofrecian era muy marcado. El buen color del rostro, el paso firme, el cuerpo derecho del viejo mendigo, indicaban la paciencia y la satisfaccion en el último término de la vida humana y en la clase mas baja de la sociedad; al paso que los ojos hundidos, las pálidas mejillas y las piernas vacilantes del noble lord probaban que ni la dignidad, ni la fortuna, ni aun las ventajas de la fuerza de la edad, pueden proporcionar lo que procura la tranquilidad del alma y el vigor del cuerpo.

El conde mandó á Macraw que se retirase á la galería, y que no permitiese entrar á nadie en la antecámara ántes de haber él llamado. Aguardó en seguida con cierta impaciencia que hubiese oido cerrar sucesivamente la puerta del aposento en que estaba, y la que conducia de la antecámara á la galería. Cierta éntonces de que nadie podia oirle, lord Gle-

nallan se acercó á Ochiltrie, á quien tomó sin duda por un individuo de alguna orden religiosa disfrazado, y le dijo con precipitación, pero balbuciendo: — En nombre de lo que nuestra religion tiene de mas sagrado, decidme, reverendo padre, ¿ que debo aguardar de una visita precedida por el envío de un objeto ligado con tan horribles recuerdos?

El anciano, admirado de una acogida tan diferente de la que contaba recibir de un caballero altivo y orgulloso, no sabia que responderle, ni por donde empezar para desengañarle.

— Decidme, continuó el conde con una agitación que aumentaba á cada instante, decidme si venis á manifestarme que todo lo que he hecho hasta ahora es insuficiente para expiar aquel horrible crimen. ¿ Quereis acaso imponerme nuevas penitencias, mas severas, mas eficaces? no me negaré á ninguna, padre mio. Mas quiero que mi cuerpo sufra ahora en expiación de tan gran delito, que esponer mi alma á los castigos eternos en el otro mundo.

Edie tuvo bastante presencia de ánimo para observar que si no se daba prisa en interrumpir á lord Glenallan en las ilusiones de su arrepentimiento, corria riesgo de pasar á ser el confidente de secretos de que, por miras

de su propia seguridad, no le gustaba mucho estar informado. Apresuróse pues en esclamar con trémula voz: — Vuecelencia se engaña, profeso otra religion. No soy mas, con perdon se ha dicho, que el pobre Edie Ochiltrie, mendigo del rey y de vuecelencia.

Acompañó esta esplicacion con una cortesía respetuosa á su modo, es decir inclinándose profundamente; despues de lo cual enderezándose con toda la ventaja que le daba su alta talla, apoyóse en su baston, y echando ácia atras sus largas canas, fijó sus ojos en el conde como si aguardase la respuesta.

— ¿ Con que no sois vos un sacerdote católico? dijo lord Glenallan despues de un instante de silencio ocasionado por la sorpresa.

— ¡ No lo permita el cielo! exclamó Edie, á quien su turbacion hizo olvidar la persona con quien hablaba; no soy mas que un mendigo del rey y de vuecelencia, como he dicho ya.

El conde se separó, dió dos ó tres vueltas por el aposento, como para corregir los efectos de su equivocacion. Acercóse en seguida al mendigo, y preguntóle con severo é imponente tono como se habia atrevido á presentarse delante de él, y por que casualidad estaba en posesion del anillo que habia tenido por conveniente enviarle.

No carecia Edie de cierta osadía, y se halló menos embarazado para responder á este interrogatorio, de lo que se habia mostrado ántes por el tono confidencial con que habia empezado el conde aquella conversacion, y respondió con firmeza: — Me ha sido entregado por una persona que vuecelencia debe conocer mejor que yo.

— ¿Que debo conocer mejor que vos? dijo lord Glenallan; ¿que pretendéis decir con esto? Esplicaos inmediatamente, ú os haré arrepentir de haberos introducido de este modo en el seno de una familia sumergida en la afliccion.

— La vieja Elspeth Mucklebackit es la que me ha encargado de entregarselo á vuecelencia, milord, y de decirle al mismo tiempo....

— Anciano, vos chocheáis; este nombre me es enteramente desconocido, pero este funesto anillo me trae á la memoria....

— Ahora me acuerdo, milord, que me ha dicho que vuecelencia la conoceria mejor con el nombre de Elspeth de Craighburnsfoot, nombre que llevaba cuando residia en los dominios de vuecelencia, es decir de su respetable madre, ¡que en paz descanse!

— Sí, dijo el conde arqueando las cejas, en tanto que su rostro tomaba aun un color mas cadavérico; es verdad que este nombre está escrito en la mas triste página de una lamen-

table historia. ¿Luego vive todavía? ¿que pretende de mí?

— Desea ver á vuecelencia, milord, ántes de morir. Quiere comunicarle alguna cosa que oprime su conciencia, y dice que no puede morir en paz siu lograr ántes esta satisfaccion.

— ¡Sin haberme visto!..... ¿Que significa esto? La edad y las enfermedades perturban su razon. Habrá cosa de un año que fui á su cabaña á verla, porque me habian asegurado que vivia en la indigencia; pero ni siquiera conoció mi voz.

— Si vuecelencia me lo permitia, dijo el mendigo á quien la duracion de la conferencia empezaba ya á soltar la lengua y á volverle su natural despejo, me atreveria á decir, salvo el superior discernimiento de vuecelencia, que la vieja Elspeth se parece á uno de aquellos antiguos castillos arruinados que se ven en nuestras montañas. Hay en su entendimiento ciertos puntos que se arruinan; pero hay otros al parecer mucho mas fuertes y sólidos, porque se elevan en medio de los escombros que les dan nueva consistencia. Es una muger estraña é incomprensible.

— Siempre lo ha sido, dijo el conde, respondiendo como por distraccion á las observaciones del mendigo; siempre ha sido diferente de las demas mugeres. Por su genio y

su modo de pensar, nadie acaso se parecia mas á la que ya no existe. ¿ Con que ella solicita verme?

— Antes de morir, respondió Edie, desea vivamente tener esta satisfaccion.

— No será por cierto una satisfaccion ni para ella ni para mí, dijo el conde con cierta melancolía, sin embargo quiero complacerla. ¿ Vive, si no me engaño, á la orilla del mar, al sud de Fairport?

— Entre Monkbarns y el castillo de Knockwinnock, pero mucho mas cerca de Monkbarns. Vuecelencia conocerá sin duda al laird de Monkbarns y á sir Arthur.

Lord Glenallan no respondió á esta pregunta sino fijando los ojos en el mendigo como si no le hubiese comprendido. Edie conoció que estaba pensando en otra cosa, y no se atrevió á repetir una pregunta que tan poca relacion tenia con el objeto de que se trataba.

— ¿ Sois católico, anciano? preguntó el conde.

— No, milord, respondió Edie sin vacilar, pues el recuerdo de la distribución desigual de limosnas en la puerta del castillo le inspiró valor; gracias al cielo, soy buen protestante.

— Aquel á quien su conciencia permite honrarse con el título de *bueno* tiene derecho verdaderamente á dar gracias al cielo, sea cual

fuere su creencia religiosa. Pero ¿ donde encontrar este ser privilegiado?

— No soy yo, por cierto, escelentísimo señor; á lo menos nadie podrá acusarme del pecado de presuncion.

— ¿ Y que érais vos en vuestra juventud?

— Soldado, milord. Trabajé cuanto pude para lograr algun ascenso; debieran á lo menos haberme hecho sargento, pero....

— ¿ Soldado! ¿ luego habeis matado, robado, saqueado, incendiado?

— No me atreveré á decir que he valido mas que los otros: la guerra es un maldito oficio; no parece agradable sino á los que no le conocen.

— Y ahora sois viejo y miserable, obteniendo de una caridad precaria el alimento que cuando jóven arrancábais al pobre aldeano.

— Soy un mendigo, milord, no puedo negarlo, pero no tan enteramente desgraciado como vuecelencia se imagina. En cuanto á mis pecados, el cielo me ha hecho la gracia de arrepentirme de ellos; y el que tuvo la bondad de encargarse de su peso puede sobrellevarle mejor que yo. Por lo que hace á mi sustento, nadie niega á un anciano un pedazo de pan y algo con que apagar la sed. Por fin, escelentísimo señor, vivo como puedo, y estoy pronto á morir cuando sea preciso.

— Asi, pues, ¿á pesar de no hallar en lo pasado mas que poquisimos recuerdos agradables ó honrosos, y de ofreceros lo futuro una perspectiva todavía menos halagüeña, tolerais tranquilamente la existencia? Retiraos, buen hombre; y á pesar de vuestra edad, de vuestra pobreza, de vuestros sufrimientos, no envidieis la suerte al señor de un castillo como este, ni cuando vela, ni cuando descansa. He aquí alguna cosa para vos.

El conde puso en la mano del anciano cinco ó seis guineas. Este acaso hubiera tenido escrúpulo, como otras veces, en aceptar un don tan cuantioso; pero el tono del conde era demasiado absoluto, su aspecto muy severo, para que se atreviese á tomarse la libertad de una observacion.

Lord Glenallan tocó la campanilla, y Macraw compareció al momento.

— Acompaña á este anciano hasta la puerta del castillo, y procura que nadie le haga preguntas. Vos, retiraos, y olvidad el camino que conduce á mi casa.

— Esto será bastante difícil, dijo Edie mirando el dinero que tenia aun en la mano; V. E. me ha suministrado medios poderosísimos para tenerlo siempre presente.

Lord Glenallan le echó una mirada que parecia decirle que era mucha su audacia de atre-

verse á replicarle; y despues de haberle reiterado con un gesto la orden de partir, el viejo mendigo obedeció inmediatamente.



CAPITULO XXIX.

- » Sus recreos presidia ,
- » Y era árbitro en sus contiendas
- » Si alguna se introducía . »

(CHABBE, la Aldea.)

CONFORME á las órdenes de su amo, Francis Macraw acompañó á su antiguo compañero de armas hasta la puerta del castillo, sin permitirle conversacion ni comunicacion alguna con los criados del conde, y hasta salió con él un poco mas lejos; pues considerando juiciosamente que la restriccion no podia estenderse hasta al encargado del mensaje, hizo cuanto pudo para arrancar de Edie los detalles de su conversacion secreta y confidencial con lord Glenallan; pero el mendigo, que en la larga carrera de su vida se habia visto sujeto á mas de un interrogatorio, supo eludir todas las preguntas de su camarada. — Los secretos de los grandes señores, dijo para sí, son como las fieras encerradas en jaulas bien seguras: mientras estan bajo llave, todo va bien; pero abridles la puerta, y al instante se vuelven contra el dueño y le despedazan. Tengo bien

presente lo que costó á Dugald Gunn el haber soltado un poco la lengua relativamente á la muger del mayor y al capitán Bandilier.

Todos los ataques de Francis se estrellaron pues contra la discrecion del anciano, y semejante á un mal jugador de ajedrez, á cada falso movimiento, presentaba mas el flanco á las piezas de su adversario.

— ¿Luego quieres sostener, dijo Francis, que solo tenias que hablar á milord de tus propios asuntos?

— Sin duda, y de algunos miriñaques que habia traído de países extranjeros. Sabia que vosotros los papistas considerais como un tesoro precioso las reliquias que vienen de bien lejos.

— Es verdad; pero es preciso que milord haya perdido enteramente la chabeta para experimentar tan gran desasosiego por las chucherías que tú has podido traerle.

— Acaso en el fondo tienes razon, pero es posible que en su juventud le hayan agobiado los infortunios, y nada trastorna mas la cabeza de un hombre.

— Esta es la verdad, Edie, ya puedes bien asegurarlo; pero ya que no debes volver mas al castillo, y aun cuando volvieses ya no me hallarias mas aquí, te diré que ha tenido el corazon tan oprimido y desgarrado en su ju-

ventud, que es un milagro que haya podido resistir tanto tiempo.

— ¡Oiga! apuesto á que se trataba de alguna muger.

— Cierto, lo has adivinado; de una de sus primas, llamada miss Evelina Neville. No se habló poco de este asunto en el país, pero siempre á media voz, porque se trataba de grandes señores. Habrá ya de esto mas de veinte años; sí, veinte y tres cumplidos.

— Yo estaba entónces en América, y así no podia oír los chismes del distrito.

— No hubo por esto grande escándalo, como te decia; buen cuidado tuviéron de sofocar la llama inmediatamente. El conde amaba á miss Evelina y queria casarse con ella, pero su madre descubrió el pastel, y hubo una tremolina de dos mil diablos. La pobre muchacha se arrojó al mar desde la peña mas alta de Craighburnsfoot, y aquí dió fin la historia.

— Dió fin para ella, pero no para el conde, á lo que parece.

— ¡Oh! en cuanto al conde, no terminará mientras viva.

— Pero ¿por que la condesa se opuso á este matrimonio?

— ¿Por que? acaso ella misma no lo sabia; pero, que tuviese ó no razon, era preciso que

se cumpliese su voluntad. Sin embargo, constaba á todos que la jóven miss tenia cierta inclinacion á las heregías del país, y que era mas próxima parienta de lord Gerardino de lo que era preciso para casarse con él segun las leyes de la Iglesia católica. Por fin se entregó á aquel acto de desesperacion, y desde entónces el conde no parece el mismo.

— Pues bien, dijo Ochiltrie, es muy extraño que no haya yo oído hablar de todo esto.

— Y no deja de serlo que lo oigas ahora; ¡el diablo me lleve si ninguno de los criados se hubiese atrevido á abrir la boca mientras vivió la condesa! Era un terrible marimacho, Edie, y se hubiera necesitado un hombre de muchos bigotes para lidiar con ella; pero ya está en el sepulcro, y por consiguiente podemos dar algo mas de libertad á nuestras lenguas cuando encontramos un amigo. A dios, Edie, es preciso que vuelva para las visperas. Si vas á Inverrary de aquí á cosa de seis meses, no dejes de preguntar por Francis Macraw.

Esta invitacion fué hecha con buena voluntad y aceptada del mismo modo, y habiendose separado los dos amigos con recíprocas demostraciones de un afecto sincero, volvió el criado al castillo, y el mendigo continuó su camino para Fairport.

Hacia una hermosa tarde de verano, y el

mundo entero, es decir el estrecho círculo que formaba para Edie el mundo, estaba á su disposicion, y podia escoger el alojamiento que mas le acomodase para pasar la noche. Cuando hubo salido del dominio menos hospitalario de Glenallan, por la misma libertad de escoger no sabia á donde dirigirse. A una milla de allá habia la taberna de Ailie Sim; pero pensó que era sábado, que encontraria allí una multitud de jóvenes que no piensan mas que en divertirse, y que no habria medio de entablar una conversacion sensata. Conocia muchos arrendadores y arrendadoras de tierras de las inmediaciones; pero el uno era sordo y no podria oírle, la otra carecia de dientes y le fuera difícil comprenderla, este tenia mal genio, aquel un perro mohino. Estaba seguro de ser bien recibido en Monkbarns y en Knockwinnock; pero tenia que andar mucho para llegar aquella tarde.

— No sé en que consiste, dijo el anciano, pero me cuesta mas trabajo escoger esta tarde alojamiento de lo que me habia sucedido en toda mi vida, segun puedo acordarme. Creo que por haber visto un soberbio castillo, y convencionome al mismo tiempo de que se puede ser feliz sin tanto aparato, estoy mas orgulloso de mi suerte. ¡ Dios me lo perdone! porque el orgullo es el precursor de la

perdicion. En cualquier caso, la peor granja en que pueda ser admitido un mendigo me pareceria mas agradable que el castillo de Glenallan, á pesar de sus cuadros, sus colgaduras de terciopelo negro, y las guineas que allí se reciben. Es preciso sin embargo decidirme. Pues bien, vamos á casa de Ailie Sim.

Al bajar de la colina á cuyo pié estaba situado el lugarcillo á donde se dirigia, ya se habia puesto el sol, en cuya hora todos los habitantes dejaban de trabajar, y los jóvenes aprovechando tan hermosa tarde jugaban á las bochas en un prado, rodeados de una multitud de viejos, mugeres y niños. Los gritos y exclamaciones de los jugadores movian una tabaola que, hiriendo los oídos de Ochiltrie, le recordó el tiempo en que él mismo habia disputado y ganado muchas veces el premio en los juegos de agilidad y de fuerza. Tales recuerdos dejan rara vez de arrancar un suspiro, aun cuando la tarde de la vida esté halagada por una perspectiva mas brillante de la que se ofrecia entónces á nuestro pobre mendigo. — En aquella época, pensó con bastante naturalidad, el mismo caso hubiera hecho yo de un viejo peregrino que bajase de la colina de Kinblythemont, que el que hacen ahora del viejo Edie Ochiltrie esos jóvenes alborotados.

Sucedieron á esta reflexion ideas de una clase menos lúgubre, cuando vió que daban á su llegada mas importancia de lo que presumiera su modestia. Una suerte dudosa habia promovido una disputa entre los jugadores; y como el empleado de la aduana se declarara por un partido, y el maestro de escuela en contra, podia decirse que las altas potencias tomaban parte en el negocio. El molinero y el cerragero defendian tambien un partido opuesto, y se ponía en la contienda un calor que hacia temer que no se terminaria amistosamente. Pero el primero que vió llegar al mendigo, exclamó: — ¡Ah! he aquí el viejo Edie, nadie sabe mejor que él las reglas de todos los juegos, él dirá quien tiene razon.

— Sí, sí, gritáron de todos lados, fuera contiendas, pasaremos por lo que diga Edie.

El mendigo, pues, fué recibido á su llegada con una aclamacion general, y se le instaló árbitro inmediatamente. Con toda la modestia de un clérigo á quien se ofrece una mitra, ó de un miembro de la Cámara de los comunes, cuando se le llama á ocupar la silla de presidente, procuró el anciano evadir cuanto pudo la responsabilidad que queria imponerse. Pero, por precio de su humildad, tuvo la satisfaccion de oír la declaracion unánime de los concurrentes, de que en todo el pais no

existia nadie que reuniese mejores circunstancias para pronunciar acertadamente el fallo sin apelacion.

Con tales estímulos, empezó gravemente el ejercicio de sus funciones, y habiendose hecho esplicar el asunto de que se trataba, oyó en seguida, como abogados de las partes, por un lado al cerragero y al empleado de la aduana, y por otro al molinero y al maestro de escuela, despues de haberles encargado muy particularmente que se abstuviesen de toda espresion injuriosa, y que no faltasen á la justicia y á la verdad. Debemos decir, sin embargo, que ántes de empezarse las defensas Edie habia ya pronunciado interiormente su sentencia, imitando en esto la conducta de mas de un juez que, aunque bien decidido á no variar de dictámen, no deja de escuchar, para no faltar á las fórmulas, los argumentos de los defensores de ámbas partes. Cuando se hubieron alegado y repetido por muchas veces las razones en pro y en contra, nuestro experimentado viejo, bien considerado todo, pronunció una sentencia muy prudente y moderada, declarando que la suerte en cuestion era nula y no podia contar por nadie. Esta juiciosa decision restableció la paz entre los jugadores; cogiéronse otra vez las bochas, siguió la zambra, y algunos se quitaban ya las chaquetas y los corba-

times para darlos á guardar á sus madres, sus hermanas ó sus queridas; pero la alegría general fué interrumpida de un modo muy particular.

En las últimas filas del numeroso grupo formado en torno de los jugadores, empezó á oirse un ruido de muy distinta especie, es decir aquellos suspiros ahogados, aquellas exclamaciones con que se recibe la primera noticia de una calamidad. Algunas mugeres decian á media voz: — ¡Es posible! ¡morir tan jóven y tan repentinamente! — Comprendióse desde luego que habia sucedido alguna desgracia en las inmediaciones; cada uno lo preguntaba á la persona que tenia mas inmediata, pero no se sacaba nada en limpio. Cesáron los gritos de alegría, la funesta nueva fué ganando terreno, y llegó hasta á Ochiltrie que estaba en el centro del círculo. La barca de Saunders Mucklebackit, el pescador, de que hemos hablado tan frecuentemente, se habia ido á pique; decíase que los cuatro hombres que estaban dentro habian perecido, y que Mucklebackit y su hijo Steenie eran de este número.

La fama, en esta ocasion como en muchas otras, se habia escedido de la verdad. No cabia duda en que la barca de Saunders se perdió; pero solo un hombre fué víctima de tan funesto

accidente, y ese hombre era Steenie Mucklebackit. Aunque por su profesion y el lugar de su residencia tuviese pocas relaciones con los aldeanos, no por esto dejó de recibir de todos ellos el tributo de sensibilidad que obtiene siempre una desgracia súbita é imprevista. Esta noticia hirió sobre todo como un rayo á nuestro Ochiltrie. Acordóse de que habia hecho tomar parte á ese jóven, el dia anterior, en una travesura algo delicada; y aunque su designio no era maltratar al Aleman, ni privarle de lo que fuese suyo, sino darle solamente una leccion de que pudiese acordarse, consideraba que semejante ocupacion no era á propósito para los últimos momentos de la vida de un hombre.

Una desgracia nunca suele venir sola. En tanto que Ochiltrie, apoyado muy pensativo en su baston, unia sus lamentaciones á las de los aldeanos afligidos por la prematura muerte de Steenie, y miéntras se acusaba interiormente de haberle tomado por socio en su expedicion nocturna contra Dousterswivel, un oficial de paz le cogió con la mano izquierda por el collarin de su chaqueta, presentandole con la diestra el baston, signo de la autoridad legal de que estaba revestido, diciendole en alta voz: — Daos á prision en nombre del rey.

El empleado de la aduana y el maestro de

escuela agotaron toda su retórica para probar al comisario que no tenía derecho de prender como vagamundo á un mendigo del rey, y que su capa azul le permitía correr todo el país pidiendo limosna. Los puños y los ojos centelleantes del molinero y del cerragero daban nueva fuerza á estos argumentos.

— Pero su capa azul no le autoriza para el robo ni el asesinato, respondió el comisario, y sepan vms., señores, que soy portador de una orden de arresto espedita contra él por estos dos crímenes.

— ¡Por asesinato! exclamó Edie: ¿como es eso! ¿á quien he asesinado yo?

— Al señor Herman Dousterswivel, agente de las minas de Glenwithershin.

— ¡Tousterchivel! Bueno, bueno, vive, y goza de cabal salud.

— Si vive, no es por culpa vuestra; pues, segun se esplica, ha salido de una y buena. Pero ya daréis cuenta de esto á la justicia.

Los defensores del mendigo enmudecieron al oír la grave acusacion dirigida contra él; pero mas de una alma caritativa le dió pan, carne y algunos sueldos, para que se pudiera alimentar en la carcel á donde iban á conducirle.

— Muchas gracias, hijos míos, dijo Edie: ¡Dios os lo pague! he salido de otros apuros en que acaso no merecia tanto mi libertad, y

esta vez me escaparé tambien como la zorra al que le arma la trampa. Proseguid vuestro juego, y no paseis pena por mí. Siento mas la muerte del pobre Steenie que todo lo que puede sucederme.

El preso se dejó llevar sin la menor resistencia. Habia ántes llenado bien sus faltriqueras y su alforja con las abundantes limosnas de los circunstantes; nunca hermano capuchino entró mas cargado en su convento. No tuvo sin embargo que llevar mucho tiempo el peso, porque el comisario tomó una carreta tirada por un buen caballo para presentar á Edie ante el magistrado.

La muerte del desgraciado Steenie y la prision de Edie interrumpieron los juegos de la aldea, cuyos alligidos habitantes pusieron á reflexionar sobre las vicisitudes de la fortuna, que casi á un mismo tiempo habia abierto la tumba para uno de sus camaradas, y puesto al árbitro de su pendencia en peligro de ser ahorcado. El carácter de Dousterswivel era generalmente conocido, lo que equivale á decir generalmente detestado. Lisonjeáronse de que la acusacion contra Edie Ochiltre seria calumniosa; pero todos conviniéron en que si en esta ocasion debia sufrir algun castigo, era una lástima que no lo hubiese merecido mejor matando de veras al impresario de las minas.

CAPITULO XXX.

- « ¿ Quien es ese hombre ? no hay otro
 » Que poderle comparar :
 » Cuando le falte la tierra ,
 » En las aguas reñirá .
 » Desafió á la ballena ,
 » Ese elefante del mar ,
 » Llamandola Betremoth ,
 » Con otros títulos mas .
 » Al pez-espada otro dia
 » Quiso igualmente retar ;
 » Pero el pez venció , y aun lleva
 » Muestras de su habilidad . »

(COMEDIA ANTIGUA .)

— ¿ CON que esta mañana deben enterrar á ese pobre diablo , á ese jóven pescador , Steenie Mucklebackit ? Yo creo que cuentan con nosotros para asistir á las exequias , dijo nuestro antiguo amigo el anticuario quitandose su bata de seda de ramages , para ponerse una casaca negra cortada á la mas antigua moda , en lugar de la de color de tabaco que solia llevar .

— ¡ Ah ! respondió el leal Caxon cepillando la casaca de su protector , su cuerpo ha sido de tal modo fracasado contra las rocas , que

ha habido necesidad de apresurar el entierro . El mar es un elemento peligroso , como digo á mi hija , ¡ pobre muchacha ! cuando quiero alentarla un poco : la marinería , Jenny , le digo , es una profesion tan incierta....

— Como la de un peluquero viejo , á quien el derecho sobre los polvos y la moda de hacerse trasquilar han privado de sus parroquianos . Caxon , tus consuelos son tan mal escogidos como estraños al objeto de que tratamos . ¿ *Quid mihi cum femina?* ¿ que tengo yo de comun con la raza femenina ? ¿ No me bastan y aun sobran las hembras de mi casa ? Vuelvo á preguntarte si esa pobre gente cuenta con que nosotros asistirémos á las exequias de su hijo .

— No hay duda , cuentan con ello , yo puedo asegurarlo . V. S. sabe que en este pais todo propietario es bastante atento para acompañar el cuerpo hasta fuera de sus tierras ; pero V. S. no deberá hacer mas que salir á la calle . Es un entierro de Kelso , paso y medio mas allá del lindar de la puerta .

— ¡ Un entierro de Kelso !.... ¿ y por que en un entierro de Kelso se procede asi , y no en los demas ?

— Eso lo ignoro yo : es un proverbio .

— Se conoce que no entiendes mas que en pelucas , Caxon . Si hubiese hecho esta pre-

gunta á Edie Ochiltree, no me habria faltado respuesta con su leyenda y cuentecito al canto.

— Vueseñoría me ha dicho varias veces, respondió Caxon con un tono mas animado de lo que acostumbraba, que todas mis relaciones con V. S. se limitasen al exterior de su cabeza.

— Es verdad, Caxon, y no debe echarse en rostro á un embalador el no ser tapicero ó maquinista.

Tomó entonces su librito de memoria, y escribió: — Entierro de Kelso, paso y medio mas allá del lindar de la puerta; autoridad, Caxon. Indagar el origen de este proverbio; escribir sobre este punto al doctor Graysteel.

— En cuanto á la costumbre de seguir el señor el cuerpo del aldeano, continuó Oldbuck despues de haber escrito la nota, no puedo menos de aprobarla. Data de tiempos antiguos, procede de aquellos sanos principios de dependencia y asistencia mutua entre el dueño del terreno y el que le cultiva; y debo añadir aquí que el sistema feudal que, de paso sea dicho, ha llevado al extremo la cortesía ácia la porcion femenina de la especie humana, ha calmado y endulzado en esta parte la severidad de los siglos clásicos. Nadie, Caxon, ha oido decir jamas que un Espartano siguiese el cortejo fúnebre de un ilota. Sin embargo, creo

que podria jurar que John de Girnell.... ¿sin duda habrás oido hablar de él, Caxon?

— ¡Oh! ciertamente, por poco tiempo que se haya pasado en compañía de usía, no debe ser desconocido este nombre.

— Pues bien, yo apostaria á que no pasaba á mejor vida, en los dominios de la abadía, un *kolb*, un *kerl*, un aldeano, un siervo, *ascriptus glebæ* (1), sin que John de Girnell le viese enterrar decentemente.

— Es posible; pero, con perdon de usía, se dice que los bautizos le daban mas que hacer que los entierros, añadió Caxon con socarona risa.

— Bien, Caxon, muy bien; agudo tenemos el ingenio esta mañana.

— A mas de que, añadió Caxon estimulado por los aplausos de su Mecnas, se dice tambien que en aquel tiempo se pagaba á los sacerdotes católicos para que asistiesen á los entierros.

— Es justo, Caxon, justo como un guante, modo de espresarse, que á mi entender dimana de la costumbre antigua de dar su guante como prenda irrecusable de buena fé. Justo como un guante, decia pues, Caxon; y por esto tenemos doble mérito nosotros los pro-

(1) Un ahorcado.

testantes en desempeñar *gratis* estos deberes que costaban buen dinero bajo el imperio de aquella reina de la superstición, que Spencer en su frase alegórica llama:

..... « La hija del ciego.

» Prelada que nació de Corecea (1). »

Pero ¿de que sirve hablarte de todo esto? Mi pobre Lovel me ha enseñado malos estilos, es decir hablar alto, cuando bastaría decir las cosas para nuestro capote. ¿Donde está mi sobrino Hector?

— En el comedor, con las señoras.

— Muy bien, voy allá.

— Vamos, hermano mio, dijo miss Oldbuck luego que divisó al anticuario, te suplico que no te dé la rabieta.

— ¡Querido tío! dijo miss Mac-Intyre con tono de súplica.

— ¿Que quiere decir esto? exclamó Oldbuck temiendo que le diesen alguna mala noticia, y considerandola inminente atendido el tono de su hermana y de su sobrina, asi como los defensores de una fortaleza preven un asalto al primer toque del clarin que les intima la rendicion. ¿Que significa este exhorto á la paciencia? ¿que ha sucedido?

(1) Prelada. Con este epíteto se designa Roma.

— Ninguna cosa muy importante segun creo, dijo Hector, que con el brazo en cabestrillo estaba sentado á la mesa en que se habia servido el almuerzo; pero sea cual fuere el daño que se haya ocasionado, yo seré deudor de ello, lo propio que de toda la incomodidad y perjuicio de esta casa, para lo cual apenas tengo que ofrecer mas que una gratitud sin límites.

— Dejate de esto, sobrino, pero á lo menos que te sirva de leccion. Aprende á refrenar la cólera, que no es mas que una locura temporal: *ira furor brevis est*. Pero ¿que nuevo infortunio ha sucedido?

— Mi perra ha hecho caer desgraciadamente.....

— ¡No permita Dios que sea mi urna lacrimatoria de Clochnaben! exclamó el anticuario.

— En verdad, tío, yo temo..... dijo miss Mac-Intyre; era aquel vaso de encima del aparador. El pobre animalillo solo queria apoderarse de la manteca fresca que habia en un plato.

— Y lo logró seguramente, pues no veo en la mesa mas que manteca salada; pero esto es una bagatela, la urna lacrimatoria es lo que yo siento, la piedra fundamental de mi teoría, la prueba incontestable con que contaba para confundir la obstinada ignorancia de Mac-

Crib, haciéndole ver que los Romanos pasaron efectivamente por los desfiladeros de estas montañas, y que dejaron en ellas vestigios de su pasaje, armas y producciones de sus artes. ¡Ay de mí! ¿que ha sido de esta urna preciosa? Vedla allá destruida, rota, reducida á fragmentos que podrian tomarse por los de un vil jarro de flores.

..... « Hector, mi afecto es el mismo,
» Mas ya no eres mi oficial (1). »

— Creo realmente, tío, que no figuraria muy bien en un regimiento que vm. levantara.

— A lo menos exigiria que te presentases sin tan numeroso tren, que fueses *expeditus, relictis impedimentis* (2). No puedes figurarte cuanto me incomoda esa perra: es una ladrona con fractura, á lo que entiendo, pues la he oido acusar de haberse introducido en la cocina despues de cerradas las puertas, para comerse una espalda de carnero.

Si nuestros lectores tienen presente la precaucion que tomó Jenny Rintherout de dejar abiertas las puertas cuando salió para ir á casa de Saunders Mucklebackit, absolverán

(1) El anticuario cita aquí una frase de Oteló, substituyendo al nombre de Casio el de Hector, su sobrino.

(2) Ligero, sin estorbos ni embarazos.

probablemente á la pobre Juno de aquel agravamiento de crimen, llamado por los jurisconsultos *claustrum fregit* (1), y que establece una diferencia entre el *burglary* (2) y el simple robo.

— Mucho siento, tío, dijo Hector, que Juno haya causado tanto desorden; bien es verdad que Jack Muirhead, el primer hombre del mundo para enseñar perros, jamas ha podido disciplinarla. No sé de perro que haya viajado mas que ella, y sin embargo....

— Mucho celebraria, Hector, que viajase fuera de mis dominios.

— Pues bien, tío, saldremos mañana de esta casa los dos, hoy mismo si vm. gusta; pero no quisiera salir incomodado con el hermano de mi madre por un miserable cántaro roto.

— ¿Que estás diciendo, hermano? exclamó miss Mac-Intyre temblando por oírle hablar de una urna antigua con aquel tono de ligereza.

— ¿Que quieres que diga? que es uno de aquellos cántaros de barro de que se sirven en Egipto para poner á refrescar el agua, el

(1) Fractura.

(2) *Burglary*. Término técnico para indicar un robo hecho de noche, con fractura, y en una casa habitada.

vino y otras bebidas. Yo me traje un par de ellos, y hubiera podido traer ciento si hubiese querido.

— ¡Como! exclamó el anticuario: ¿de la misma forma que la urna lacrimatoriá que tu perra acaba de romper?

— Casi absolutamente semejantes á la vasija de tierra que habia encima del aparador. Los tengo en mi alojamiento en Fairport: nos hemos servido de ellos durante el viage para refrescar el vino, y nos han sido de grande utilidad. Si pudiese creer que tuviese vm. la menor curiosidad de verlos, se los mandaria traer inmediatamente.

— Cierto, hijo mio, no solo verlos, sino poseerlos. Procurar establecer la conexion de los pueblos por la semejanza de sus usos y de los utensilios de que se sirven, es de mucho tiempo á esta parte mi estudio favorito; todo lo que tiende á este objeto no puede dejar de serme infinitamente precioso.

— Pues bien, tio, yo suplico á vm. que los acepte junto con algunas otras frioleras por el mismo estilo. ¿Puedo lisonjearme de que me ha perdonado vm.?

— ¡Oh! hijo mio, no se trata aquí de perdon; solamente te acuso de ser algo ligero y alborotado.

— Pero Juno.... no tiene tampoco mas de-

fecto que este. Jack Muirhead me ha asegurado que no es viciosa ni testaruda.

— Pues bien, concedo tambien á Juno amnistia completa, con la condicion empero de que tú debes imitarla no siendo vicioso ni testarudo, y de que será desterrada de los aposentos que yo habito en el castillo de Monk-barns.

— Hubierame avergonzado, tio, de ofrecer á vm., como por expiacion de mis faltas ó de las de Juno, algun objeto que me pareciese digno de vm.; pero, ahora que todo se ha echado en olvido, ¿permitirá vm. á un sobrino por quien ha hecho vm. las veces de padre, que le suplique aceptar una bagatela que dicen ser verdaderamente curiosa, y que no habia podido presentar á vm. ántes á causa de esta maldita herida? Es un regalo de un sabio Francés, á quien hice algunos favores despues de la accion de Alejandria.

Diciendo esto, puso el capitán un cofrecito en manos de su tio, quien, habiendole abierto sin demora, encontró dentro un anillo antiguo de oro, adornado de un camafeo primorosamente trabajado, representando la cabeza de Cleopatra. Al ver esto, se entregó el anticuario sin constreñimiento ni sujecion alguna á un arrebató de gozo, apretó vivamente la mano de su sobrino, le agradeció mil veces

el regalo, y enseñó aquella joya preciosa á su hermana y á su sobrina. Esta tuvo bastante finura y criterio para aparentar una admiracion capaz de satisfacer á su tío; pero miss Grizzy, aunque no apreciase menos á su sobrino, no fué bastante avispada para seguir el ejemplo de Mariquita.

— Es un hermoso joyel, y me atrevo á decir que vale algo, dijo haciendole saltar en su mano como para formar juicio del peso; pero ya sabes, hermano, que no entiendo mucho esta clase de trabajos antiguos.

— ¿La ois?... pues todo Fairport habla por su boca, exclamó Oldbuck. El aliento de esta ciudad nos infesta á todos. De dos dias á esta parte que sopla el viento de nordeste, no dejo de notar el vapor, y el contagio moral se estiende todavía mas lejos. Creeme, querido Hector, si me pasease de arriba á bajo por la calle mayor de Fairport, enseñando á cuantos encontrase este precioso anillo, ni uno solo, desde el alcalde hasta el pregonero, se pararia para preguntarme lo que es; pero si llevase debajo del brazo una pieza de tela, no daria tres pasos sin que me agobiasen con preguntas sobre su calidad y su precio. Podria hacerse una buena parodia de su torpe ignorancia, dirigiendoles aquellos versos de Gray:

- « Teje, teje, tejedor,
- » Y una tela formarás,
- » Que del sano y recto juicio
- » Podrásla bien titular.
- » Serviráte de armadura
- » Para poderte librar
- » De los que por el dinero
- » Mil lazos te tenderán (1). »

Tenemos una convincente prueba del placer con que el señor Oldbuck habia recibido aquella prenda de concordia y pacificacion, y es que miéntras recitaba estos versos, Juno que miraba á nuestro anticuario con una especie de temor respetuoso, segun el admirable instinto con que conocen los perros á sus amigos y enemigos, habia muchas veces asomado la cabeza á la puerta del comedor, y no observando en su rostro ceño ni visage imponente, se habia por fin determinado á entrar; y creciendo su osadía con la impunidad, comióse una mantecada destinada á Oldbuck, que habian puesto junto á la lumbre en un plato para que no se enfriase, miéntras que el anticuario, echando alternativamente una mirada á todos los circunstantes, repetia con complacencia:

(1) Parodia de una estrofa de la oda de Gray, titulada *las Fatales Hermanas*, fundada en la mitología escandinava.

« Teje, teje, tejedor. »

— Ya tendréis presente el pasage de las *Fatales Hermanas*, añadió, imitacion que, de paso sea dicho, está muy lejos de valer el original..... ¿Y bien, ¿que se ha hecho mi mantecada?..... ¡Ah! ya veo lo que es: ¡símbolo funesto de la raza femenina! ya no estraño que esta considere tu nombre como una injuria (1). Diciendo esto, enseñó su puño á Juno, que con dos brincos se puso en salvo fuera del comedor. A mas de que, añadió, como Jupiter en el cielo no ha podido nunca poner á raya á Juno, y Jack Muirhead, segun dice Hector, no ha sido mas feliz en la tierra, presumo que debemos renunciar enteramente á disciplinarla. El suave tono de esta reconvenccion fué una prueba para los dos hermanos de que Juno habia sido completamente indultada, y toda la familia almorzó alegremente.

Concluido el desayuno, propuso Oldbuck á su sobrino que le acompañase á las exequias de Steenie: el capitan puso el reparo de que no tenia vestido negro.

(1) El mayor agravio que se puede hacer en Inglaterra á una muger, es llamarla perra, *bitch*. Hasta se evita pronunciar este nombre. A la hembra del perro se le llama *a she dog*.

— ¿Que importa esto? replicó el anticuario, tu presencia es lo que basta; por otra parte, te aseguro que verás cosas que te divertirán..... no, no, esta espresion es impropia, que te interesarán, queria decir, segun los rasgos de semejanza que yo te haré observar entre las costumbres de los antiguos y las que estan todavía en uso entre la gente de este pais.

— ¡Compadezcase el cielo de mí! pensó Mac-Intyre; haré inevitablemente alguna locura, y perderé toda la buena fama que acabo de adquirir, gracias á la casualidad.

Algunas miradas suplicatorias de su hermana exhortáron al capitan á la paciencia, que partiendo tomó la resolucion de lisonjear á su tio concediendole toda su atencion; pero nuestros mejores proyectos rara vez son estables si tienen que pugnar con nuestras habitudes dominantes. Nuestro anticuario, para darle todas las esplicaciones convenientes, habia empezado una sabia disertacion sobre los ritos funerarios de los antiguos Escandinavos, cuando le interrumpió su sobrino para hacerle observar una soberbia gaviota que se le habia puesto á tiro; pero reconoció su error, pidióle mil perdones, y Oldbuck continuó su discusion.

— Hay ciertas cosas que deberias saber,

mi querido Hector, y con las cuales hasta convendría que te familiarizases un poco. En las circunstancias estraordinarias de una guerra encendida actualmente en todos los ángulos de la Europa, ¿quien puede saber el punto donde serás llamado á servir? Si fuese en Noruega ó en Dinamarca, ó en cualquiera parte de la antigua Escandia ó Escandinavia, como nosotros la llamamos, ¿cuan útil no te seria saber por los dedos la historia y conocer las antigüedades de aquella antigua comarca, aquella *officina gentium*, aquella madre de la Europa moderna, aquel criadero de héroes distinguidos y celebérrimos.

« Que intrépidos al riesgo se lanzaban,
» Y en el campo sonriéndose espiraban. »

¿Cuan animado no te sentirias, por ejemplo, si despues de una pesada marcha te hallases inmediato á un monumento rúnico, ó llegases á descubrir que tu tienda está situada al lado del sepulcro de un héroe!

—Creo, tio, que mas habia de gustarme saber que se hallaba á poca distancia de un corral bien provisto de volatería.

—¡Ah! ¿es posible que hables asi? No es de maravillar que ya no se vean en el día batallas de Crecy y de Azincourt, cuando el respeto al valor de los antiguos se halla entera-

mente estinguido en el corazon de un soldado inglés.

—Al contrario, tio, vm. se engaña, no es esto lo que quiero decir; pienso únicamente que Eduardo, Enrique, y todos los héroes del mundo, no se ponian á examinar un sepulcro antiguo ántes de haber comido. Por lo demas, yo le aseguro á vm. que tomamos el mayor interes por la celebridad de nuestros padres. Yo pasaba algunas veces veladas enteras oyendo á Rory Mac-Alpino cantarnos versos de Ossian sobre las batallas entre Fingal y Lamon Mor, sobre Magno y el espíritu de Muiratach.

—¿Y crees tú realmente, ¡pobre tonto! dijo el anticuario arqueando las cejas, que las boberías publicadas por Mac-Pherson son realmente antiguas?

—¿Si lo creo?... ¿como no he de creerlo cuando he oido recitar aquellos versos desde mi infancia?

—Pero no los que se encuentran en el Ossian inglés de Mac-Pherson, dijo el anticuario con el acento de la cólera: no creo que seas tan falto de sindéresis, que quieras defender esto.

Hector opuso á la tempestad una frente de bronce; como verdadero Celta, consideraba el honor de su pais y de su lengua nacional inherente á la autenticidad de aquellos poemas

populares, y se hubiera batido mil veces, hubiera perdido la vida y todos sus bienes ántes que conceder la falsedad de una sola línea. Sostuvo, pues, con intrepidez que Rory Mac-Alpino se hallaba en estado de recitar el libro desde la primera hasta la última hoja; y solo despues de haber sufrido un nuevo interrogatorio, modificó su asercion general, diciendo que Rory Mac-Alpino recitaba estos versos mientras no le faltaba el whiskey y no carecia de oyentes.

— Lo que debia sucederle muy á menudo, dijo el anticuario.

— Nosotros teníamos que acudir á nuestras obligaciones, replicó el capitan; y no podíamos pasar toda la noche escuchando versos.

— ¿Y te acuerdas ahora, dijo Oldbuck apretando los dientes y hablando sin separarlos, lo que le sucedia siempre que le contradecian? ¿te acuerdas, digo, de alguno de aquellos versos que encontrabas tan hermosos, tan perfectos? Eres, sin duda, un escelente juez en estas materias.

— No quiero pasar plaza de sabio, tío; pero tiene vm. sobrada razon de enfadarse contra mí, porque prefiero los antiguos héroes de mi patria á los Haroldes, á los Harfagers y á los Hacos, que ha tomado vm. bajo su proteccion.

— Pero, señor mio, esos Godos poderosos é invencibles son sus abuelos de vm. Los Celtas de las piernas desnudas, á quienes subyugaron dejandolos subsistir como una nacion bárbara en las cavidades de las rocas, no eran mas que sus siervos, *mancipia*.

El rostro de Hector se vió tambien muy encendido de cólera.

— Creo comprender, caballero, lo que quiere vm. decir con esas palabras de siervo y *mancipia*; tales espresiones no deben aplicarse á los montañeses de Escocia. El hermano de mi madre es el único hombre en el mundo que pudiese decirmelo impunemente, y debo manifestarle con franqueza que no encuentro ni hospitalaria, ni generosa, ni decente, esa manera de tratar á un jóven que es su pariente y su huésped. Mis antepasados, señor Oldbuck.....

— Eran nobles y valientes gefes, Hector, no pongo en ello la menor duda, y no esperaba por cierto ofenderte tan gravemente tratando de un punto de antigüedad de tan rancia fecha, punto que yo mismo discuto siempre con la mayor cachaza. Pero tú eres vivo y ardiente como si poseyeses no solo el alma de Hector, sino tambien la de Aquiles y de Agamenon de mas á mas.

— Siento mucho haber mostrado tanta vi-

vacidad, sobre todo hablando con vm., tio mio. Me es imposible olvidar su bondad, su generosidad para conmigo; pero mis antepasados....

— No hablemos mas de esto, hijo mio, no es mi ánimo insultar á uno solo de ellos.

— Mucho lo celebro, porque la casa de Mac-Intyre....

— La respeto como á todos los que llevan ese nombre. Pero para volver á nuestro objeto, ¿te acuerdas de alguno de aquellos poemas que tanto te divertían?

— Es bien duro y bien extraño por cierto, pensó el capitán, que hable con tanto placer de todo lo que es antiguo, y no quiera oír hablar de mi familia una palabra siquiera. Sí, tío, dijo en seguida despues de un instante de reflexion, tengo presentes algunos versos; pero vm. no comprende el gaélico.

— Y dejaré de oírle de buena gana; pero ¿no podrias darme una idea en nuestro idioma?

— No seré muy buen traductor, respondió el capitán, y se puso á recitar el original bien provisto de *aghes*, de *augh*s, de *oudgh*s, y otras terminaciones guturales, despues de lo cual tosió algunos instantes, como si la traduccion se le hubiese atravesado en el gáznate. Habiendo por fin prevenido á su oyente que el poema era un diálogo entre Oisín ú

Ossian, y Patricio, el santo patron de la Irlanda, y que era difícil, sino imposible, conservar la esquisita sencillez de los dos ó tres primeros versos, dijo que el sentido literal era el siguiente:

- « Patricio, cantor de salmos,
» Ya que no quereis escuchar una de mis proezas,
» Siendo así que no la habeis oido,
» Debo deciros, y lo siento,
» Que no valeis mucho mas que un borrico. »

— ¡Bravo, bravo! exclamó el anticuario; pero prosigue, esto es realmente admirable. Me atrevo á decir que el poeta tenia razon. ¿Y que respondió el santo?

— El santo respondió como debia. Pero yo quisiera que vm. hubiese oido á Mac-Alpino; cantaba de bajo la parte de Ossian, y de tenor la del santo.

— Seria como los sonos alternativos de los grandes y pequeños roncones de su gaita (1). Veamos, prosigue.

(1) La gaita escocesa tiene tres roncones y una sola cañuela con ocho agujeros, siete delante y uno detras. La nota mas baja es un *sol*. Las notas, *si*, *ut*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*, *la*, se hacen todas naturales partiendo del *la*; de suerte que esta escala es como la de *sol mayor*, cuyo *fa* es natural en lugar de ser diesi. El roncon mas grande toca el *sol* una octava mas bajo que el de la cañuela: el segundo roncon toca la tercera del

— Pues bien, Patricio responde á Ossian:

- « A fé mia, hijo de Fingal,
» Miétras que yo canto salmos,
» El ruido que moveis con vuestros cuentos de vieja
» Me distraen de mis ejercicios de devocion. »

— ¡ Escelente! á cual mejor: me figuro que San Patricio cantaba mas arreglado que el clérigo de Blattergowl, sin lo cual no sabria uno por quien decidirse, por el santo ó por el poeta. Pero lo que mas me admira es la atencion y urbanidad con que se tratan estos dos ilustres personajes. Lástima que no haya una sola palabra de todo esto en la traduccion de Mac-Pherson.

— Si vm. lo sabe de cierto, dijo gravemente el capitan, debe de haberse tomado libertades indisculpables con el original.

— Yo creo que acabarás por convencerte de ello. ¿ Y luego?

— He aquí la respuesta de Ossian:

- « ¿ Os atreveis á comparar vuestros salmos,
» Hijo de.....? »

grande, es decir el *si*; y el tercer roncon un *sol* una octava mas alto que el del primero. Esta consonancia incompleta forma un bajo monótono, y sigue opuesta á las tonadas que se tocan con la cañuela. El *sol* es el tono principal de este instrumento limitado, al cual compara maliciosamente el anticuario la monotonía de los versos de su sobrino.

— ¡ Hijo de que! exclamó el anticuario.

— Pienso, respondió Mac-Intyre como repugnandole la respuesta, que el término empleado en el original significa lo mismo que la hembra de un perro en inglés.

- « ¿ Os atreveis á comparar vuestros salmos,
» ¡ Hijo de una!....
» Con las proezas de los Fenios de los brazos desnudos? »

— ¿ Estás bien seguro, Hector, de que traduces fielmente las tres últimas palabras?

— Segurísimo, señor mio, respondió Hector algo incomodado.

— Es que yo creia que la desnudez debía recaer en otra parte del cuerpo.

Hector continuó su traduccion, sin dignarse responder á este sarcasmo:

- « Pensad que no tendré grande escúpulo
» En separar de vuestros hombros esa cabeza cana. »

— ¿ Que es lo que veo allá abajo? exclamó el capitan interrumpiendose á sí mismo.

— Un miembro del rebaño de Proteo, respondió el anticuario, un *phoca*, es decir un becerro marino (1).

(1) El *Calocephalus vetulinus*, ó *phoca vetulina*. Este animal tiene cosa de tres piés de largo. Por su hocico y su forma, se parece algo á un alano pequeño.

A estas palabras Mac-Intyre, con la foga-
sidad de un cazador de pocos años, olvidó
desde luego á Ossian y á San Patricio, lo
propio que á su tío y su herida, y exclamando :
— ¡ Le cogeré, sí, le cogeré! arrancó de la
mano de su tío el baston que llevaba, á peligro
de hacerle caer, y corrió precipitadamente á
colocarse entre el mar y el animal, que asus-
tado y temeroso se retiraba apresuradamente
ácia su elemento favorito.

No quedó mas sorprendido Sancho Panza
cuando interrumpió su amo una historia que
le contaba, para ir á embestir una manada de
carneros, de lo que quedara Oldbuck en vista
de la repentina resolución de su sobrino.

— Este muchacho tiene el diablo en el
cuerpo, exclamó. ¡ Ir ahora á incomodar á un
pobre animal que no pensaba con él! ¡ Hector!
añadió levantando la voz, ¡ sobrino! ¡ loco!
deja á ese *phoca*, dejale, te digo; esos ani-
males muerden como desesperados. Vamos,
ya está en la danza..... pero el *phoca* es el mas
fuerte.... bien, me alegro.... me alegro de todo
mi corazon, repitió, aunque se hallase real-
mente en brasas por la seguridad de su so-
brino.

Es muy aficionado á la música y al sonido de la voz
humana. Hay tambien en Escocia el *phoca barbata*.

En efecto, el becerro marino viendo cor-
tada su retirada por nuestro veloz militar, le
opuso una obstinada resistencia; y habiendo
recibido un varazo que no produjo ningun
efecto, arrugó su frente, como lo hacen aque-
llos animales cuando se enfadan, y pillandole
el baston con una de sus patas delanteras,
no pensó mas que en ganar el mar que estaba
á pocos pasos, sin hacer mas daño al capitan
que derribarle de paso.

Hector, algo desconcertado por el fatal
éxito de aquella hazaña, levantóse á tiempo
para recibir el irónico parabien de su tío por
el combate singular digno de ser celebrado por
el mismo Ossian; — puesto que, dijo el anti-
cuario, tu enemigo ha emprendido la fuga,
aunque no con alas de águila, dejandote aban-
donado el campo de batalla. A fé mia, que
se ha alejado con el aire magestuoso de un
vencedor, y se ha llevado mi baston como por
spolia opima.

Todo lo que Mac-Intyre pudo decir para
justificarse, fué que á un montañés de Escocia
le era absolutamente imposible ver un gamo,
un becerro marino ó un salmon, sin esperimen-
tar deseos irresistibles de apoderarse de él,
y que en esta ocasion habia olvidado que
llevaba un brazo en cabestrillo. Prevalióse de
esta caída para volver á Monkbarne, y libróse

asi del disgusto de oír las zumbas de su tío y sus exclamaciones por la pérdida del baston.

— Yo mismo le corté, dijo, en los bosques clásicos de Hawthornden (1), en un tiempo en que no creía por cierto vivir y morir soltero. No hubiera dado este baston por todos los becerros marinos del Océano.... ¡O Hector! ¡Hector! el héroe cuyo nombre llevas nació para ser el apoyo y el sosten de Troya; pero tú has nacido solamente para la ruina de Monkbarns.

(1) Cerca de Roslin.



CAPITULO XXXI.

- « Para hablar de esta manera
 » No os asiste la razon,
 » Lágrimas de jóven son
 » Rocío de primavera.
- » Mas si en los años de hielo,
 » A causa de algun pesar,
 » Podemos aun llorar
 » Espresando el desconsuelo,
- » Nuestro llanto en tal edad
 » Es mas amargo y copioso:
 » Asi un torrente impetuoso,
 » Despues de una sequedad,
- » Inunda con mas furor
 » Las rocas, el campo, el prado,
 » Dejando desesperado
 » Al infeliz labrador. »

(COMEDIA ANTIGUA.)

OLDBUCK, habiendo quedado solo, redobló el paso, pues estas diferentes discusiones y el accidente que las habia terminado retardaron su marcha, de suerte que llegó muy pronto delante de las siete ú ocho cabañas que se elevan en Mussel-Craig. Separadamente del aire de miseria y de asquerosidad que solia notarse

asi del disgusto de oír las zumbas de su tío y sus exclamaciones por la pérdida del baston.

— Yo mismo le corté, dijo, en los bosques clásicos de Hawthornden (1), en un tiempo en que no creía por cierto vivir y morir soltero. No hubiera dado este baston por todos los becerros marinos del Océano.... ¡O Hector! ¡Hector! el héroe cuyo nombre llevas nació para ser el apoyo y el sosten de Troya; pero tú has nacido solamente para la ruina de Monkbarns.

(1) Cerca de Roslin.



CAPITULO XXXI.

- « Para hablar de esta manera
 » No os asiste la razon,
 » Lágrimas de jóven son
 » Rocío de primavera.
- » Mas si en los años de hielo,
 » A causa de algun pesar,
 » Podemos aun llorar
 » Espresando el desconsuelo,
- » Nuestro llanto en tal edad
 » Es mas amargo y copioso:
 » Asi un torrente impetuoso,
 » Despues de una sequedad,
- » Inunda con mas furor
 » Las rocas, el campo, el prado,
 » Dejando desesperado
 » Al infeliz labrador. »

(COMEDIA ANTIGUA.)

OLDBUCK, habiendo quedado solo, redobló el paso, pues estas diferentes discusiones y el accidente que las habia terminado retardaron su marcha, de suerte que llegó muy pronto delante de las siete ú ocho cabañas que se elevan en Mussel-Craig. Separadamente del aire de miseria y de asquerosidad que solia notarse

en aquella infeliz aldea, si así podía llamarse, todo indicaba el luto y la desolación.

Las barcas estaban todas en la arena, y aunque el día fuese hermoso y la estación propicia, no se oían las canciones favoritas de los pescadores cuando dan la vela. Reinaba por todas partes el más profundo silencio; no se descubría ningún niño jugando como otras veces al lado de su madre sentada junto á la puerta remendando las redes. Algunos pescadores con vestido negro y muy viejo, pero conservado con mucho cuidado, y otros con el que solían llevar todos los días, sin que su rostro espresase menos por esto una profunda aflicción, estaban reunidos en torno de la cabaña de Mucklebackit, aguardando que sacasen al difunto. Cuando vieron llegar al laird de Monkbarne, alineáronse todos para franquearle el paso, y se quitáron los gorros saludándole con un respeto melancólico, atención á que correspondió con afabilidad.

El interior de la cabaña ofrecía una escena que solo nuestro Wilkie (1) podría pintar con

(1) Wilkie es un compatriota de sir Walter Scott y uno de sus amigos, según se asegura. Este pintor no es mucho menos conocido en los países extranjeros que en Inglaterra; sin embargo, se lee su nombre al pie de algunas estampas de mérito.

aquella esquisita naturalidad que caracteriza sus admirables obras.

El cadáver del joven pescador estaba depositado en un féretro sobre la cama que el infeliz había ocupado durante su vida. A poca distancia se descubría el padre, cuya frente arrugada, cubierta de pelo canoso, había arrostrado muchas noches de borrasca y muchos días no menos peligrosos. Parecía estar pensando en la reciente pérdida de su hijo, con aquel profundo pesar, propio de los genios duros y groseros, que casi se convierte en odio contra todo lo que resta en el mundo cuando ya no existe para ellos el objeto querido. Había hecho esfuerzos desesperados para salvar á su hijo, y solo empleando la fuerza pudieron hacerle desistir de emprender otros nuevos tan inútiles como los primeros, que hubieran sin duda alguna acabado con él. Echaba una mirada oblicua al ataúd, como á un objeto cuya vista le era insoponible, al paso que no podía apartar de él los ojos, por más que se esforzase. Respondía con pocas palabras, con tono brusco y casi duro, á las diversas preguntas que se le hacían. Ninguno de la familia se había atrevido á dirigirle una sola palabra de ternura y de consuelo. Su muger, aquel verdadero marimacho, á pesar de sus pretensiones á la dominación

absoluta en casos ordinarios, se veia reducida al silencio y á la sumision por la amargura que le causaba la desgracia que los afligia, y obligada á ocultar á su marido los arrebatos de su propio dolor. Como Saunders no quiso comer ni un solo bocado desde aquel funesto acontecimiento, ella que no se atrevia á hablarle directamente, se habia valido por la mañana de un artificio inspirado por el afecto, que fué mandar presentarle algun alimento por el niño de menor edad, que era el favorito del afligido esposo. El primer movimiento del padre fué repeler al niño con una violencia que le habia asustado, pero luego le arrimó á su pecho y le estrechó tiernamente en sus brazos. — Tú serás un buen muchacho, si vives, Patie, pero ya no puedes ser para mí lo que era el infeliz Steenie. Desde la edad de diez años trabajaba conmigo en la barca, y nadie sabia tirar mejor una red desde aquí á Buchanan-Ness. Me dicen que es preciso resignarse, lo probaré.

Y desde entónces no desplegó el pescador los labios, á menos que no se viese obligado á responder á alguna pregunta. Tal era la situacion del padre inconsolable.

En otro rincon de la cabaña estaba sentada la madre, cubierta la cabeza con su delantal; pero la vehemencia de su dolor se

indicaba bastante por el modo de torcerse las manos, y por la agitacion convulsiva de su pecho que el delantal no podia ocultar. Dos officiosas vecinas, hablandole al oido, agotaban su elocuencia y las frases de estilo sobre la necesidad de resignarse á una desgracia irreparable, y se esforzaban en distraer una pena que no podian consolar.

La afliccion de los niños se confundia con la sorpresa y la novedad de los preparativos que se ponian en órden en su presencia, viendo sobre todo la abundancia de pan, de trigo y de vino, que el mas infeliz aldeano, el mas miserable pescador, no deja de ofrecer en tales casos á los que vienen á rendir el último homenaje de amistad y de afecto al objeto cuya pérdida se llora. El sentimiento que les causaba la muerte de su hermano casi desaparecia en medio de la admiracion que les inspiraba el esplendor de las exequias.

Pero la figura sobresaliente y mas notable de aquel afligido grupo era la abuela. Sentada en su poltrona, con su aire habitual de apatía y de indiferencia por cuanto se pasaba en torno suyo, imitaba como por máquina el movimiento de una muger que hila, y parecia admirarse luego de no encontrar ni la rueca ni el huso. Sus ojos daban muestras de preguntar á los circunstantes por que se le ha-

bian quitado los instrumentos de su trabajo ordinario, poniendole un traje negro, y por que acudia tanta gente á la cabaña aquel dia. Alguna vez, dirigiendo la vista con inquietud ácia la cama donde estaba colocado el féretro, se mostraba repentinamente y por la primera vez dotada de la facultad de sentir su infortunio. Una espresion de sorpresa, de confusion y de angustia pintabase alternativamente en sus impasibles facciones; pero no derramaba una sola lágrima, ni pronunciaba una sola palabra por la cual se pudiese juzgar hasta que punto comprendia la extraordinaria escena que estaba presenciando. Se encontraba en aquella asamblea de luto como un punto intermediario entre la familia afligida y el cadáver del malhadado jóven, como un ser en quien la llama de la existencia empezaba á oscurecerse por la sombra de la muerte.

Cuando Oldbuck entró en aquella cabaña residencia del dolor, fué saludado por todos con una inclinacion de cabeza, pero silenciosamente; luego, segun la costumbre de Escocia, ofrecióse á toda la compañía pan de trigo, vino y aguardiente. Miétras se presentaban estos objetos, Elspeth sorprendió á todos, haciendo seña al que los llevaba de acercarse á ella; tomó un vaso, levantóse, y dijo con una voz hueca y trémula, acompañada de la

sonrisa del idiotismo en sus ajadas facciones: — A vuestra salud, señores, ¿que por muchos años podamos disfrutar de semejante fiesta!

Estas siniestras palabras escitaron un estremecimiento universal, y todo el mundo volvió á poner los vasos en la mesa sin haberse atrevido á probar el licor, lo que no sorprenderá á los que saben cuanta fuerza tiene todavía en Escocia la supersticion en el ánimo del pueblo, particularmente en casos semejantes. Pero no bien la vieja hubo aplicado el vaso á sus labios, cuando exclamó: — ¡Dios mio!.... esto es vino.... ¿que ha sucedido aquí?... ¿por que casualidad se bebe vino en casa de mi hijo? — Poniendo entónces el vaso en la mesa: — Ya comprendo el motivo, añadió fijando la vista en el ataud; y dejandose entónces caer en su poltrona, cubrióse los ojos y la frente con su mano seca y arrugada.

En este instante llegó el ministro de la parroquia. El señor Blattergowl, aunque intolérable hablador siempre que se trataba de diezmos ó de algun derecho eclesiástico en la asamblea general, de la cual desgraciadamente para su auditorio le habian nombrado aquel año moderador, no dejaba de ser por esto un varon respetable, que cumplia con el mayor celo todos sus deberes con Dios y sus seme-

jantes. Ningun ministro presbiteriano era mas exacto en visitar los enfermos y los afligidos, en enseñar á los jóvenes, en instruir á los ignorantes, y en indicar como buen pastor el camino de la salvacion á las ovejas descarriadas. Asi nuestro amigo el anticuario, á pesar de los malos ratos que le causaban alguna vez la prolijidad de sus discursos y las preocupaciones de su ánimo ó de su profesion, á pesar de cierto desprecio habitual que experimentaba por su inteligencia, sobre todo en materias de artes y de gusto, objeto de discusion favorito del ministro, con la esperanza de abrirse paso á una cátedra de retórica ó de bellas letras, mostraba por el señor Blattergowl mucha estimacion y respeto. Era muy raro, es verdad, que para ceder á respetos humanos ó á las instancias de su gente femenina, se determinase á asistir á algun sermón suyo; pero en cambio se guardaba bien de ausentarse de Monkbarns cuando el ministro debia comer con su familia, y eso que se le convidaba todos los domingos, medio de manifestarle su estimacion, que habia adoptado Oldbuck como el mas agradable al ministro, á su modo de pensar, y el mas conforme tambien á sus propias habitudes.

Para terminar una digresion cuyo solo objeto es dar mejor á conocer á nuestros lectores

el respetable ministro, no bien hubo entrado en la cabaña el señor Blattergowl, cuando, despues de haber recibido los silenciosos y melancólicos saludos de toda la compañía, fué á colocarse junto al desgraciado padre, y se insinuó con él con algunas palabras de pésame y de consuelo; pero Saunders no se hallaba todavía en estado de poder escucharlas. Inclino sin embargo la cabeza tristemente, y le tomó la mano como para agradecerle sus buenas intenciones, pero no podia ni queria responderle de otro modo.

El ministro pasó en seguida á donde estaba la madre, atravesando el cuarto con paso lento, medido y silencioso, como si temiese que el pavimento, semejante á un hielo mal formado, cediese al peso de su cuerpo al apoyarse en él, ó que el ruido de sus pasos no estuviere dotado de una fuerza mágica que precipitara en un abismo la cabaña y cuantos se encontraban dentro. No pudo formarse juicio de lo que decia á la pobre muger, sino por las respuestas que esta le daba, respuestas que hacian muchas veces ininteligibles los sollozos que no podia reprimir, á pesar del delantal con que continuaba á cubrirse el rostro. — Sí, señor, sí.... vm. es muy bueno.... no hay duda.... es deber nuestro someternos á la voluntad de Dios..... pero ; mi pobre

Steenie! ¡el hijo que mi corazón adoraba! ¡tan guapo y tan bien formado! ¡el sostén de la familia! ¡el consuelo de todos! ¡que se había captado la voluntad de todos los vecinos! ¡Ay hijo mio!.... ¡hijo mio!.... ¡por que has de estar en el ataud, y por que ha de sobrevivirte tu madre para llorar tu pérdida!

Era imposible resistir á este ímpetu tan natural del afecto y del dolor. Oldbuck tuvo que acudir muchas veces á su caja de tabaco para ocultar sus lágrimas que se le asomaban á los ojos, á pesar de su genio corrosivo y aun algo áspero y caprichoso; las mugeres lloraban á lágrima viva gritando y chillando, y los hombres se ponian los sombreros delante de los ojos hablando á media voz.

El ministro sin embargo quiso dirigir tambien algunas frases de consuelo espiritual á la buena abuela, que escuchó al principio ó pareció escuchar con su acostumbrada apatía lo que le decia; pero en fin habiendo el señor Blattergowl, en el ardor de su celo, levantado mas la voz y arrimadose mas á su oido, comprendió la vieja el sentido de las palabras que le dirigia. Animóse repentinamente su fisonomía cobrando aquella espresion viva que indica la comprension de lo que pasa; puso tiesa, meneó la cabeza en manifestacion de desprecio ó de impaciencia cuando menos, é

hizo un gesto con la mano para mostrar de un modo claro y positivo el poco caso que hacia de las piadosas exhortaciones del ministro. Este se retiró, y levantando su mano que dejó luego caer, pareció dar á entender con este gesto la sorpresa, la pena y la compasion que le inspiraba el deplorable estado de aquella muger. Todos los circunstantes experimentáron el mismo sentimiento, y un ligero murmullo fué indicio de la impresion que habia hecho aquella escena en todos los ánimos.

Hallóse completa la comitiva con la llegada de dos personas que se aguardaban de Fairport. Volvióse á hacer un cambio de silenciosos saludos, y circuláron de nuevo el vino y el aguardiente. Elspeth tomó el vaso por segunda vez, y le apuró exclamando con una especie de risa sardónica: — ¡Ah, ah! ya he bebido vino dos veces en un dia. ¿Cuándo hice yo otro tanto?..... ¡Ah! ya me acuerdo, fué cuando.....

No terminó su frase, escapósele el vaso de la mano, dejóse caer en su silla, y sus facciones recobraron poco á poco su carácter de impasibilidad.

Cuando se hubo calmado la sorpresa general, Oldbuck, que tenia el corazón oprimido presenciando lo que consideraba como la úl-

tima lucha del juicio contra el estupor de la edad y las profundas heridas de la pena, hizo observar al ministro que era tiempo de que se abriese la marcha. El padre no se hallaba en estado de poder dar disposicion alguna; pero el mas próximo pariente hizo señã al carpintero que en semejantes casos hace tambien las funciones de maestro de ceremonias, y el ruido del martillo anunció la separacion final de los restos del jóven pescador con los vivientes, separacion que produce siempre algun efecto, aun en los seres mas indiferentes, mas duros y egoistas.

Animados por un espíritu de contradicción que, con perdon sea dicho, puede calificarse acaso de pequeñez ó escrúpulo minucioso, los padres de la Iglesia de Escocia no quisieron que aun en tan solemne ocasion se dirigiese al cielo ninguna plegaria, por temor de que no se creyese que imitaban en esta parte los ritos de la Iglesia romana ó anglicana. Mas ilustrados y mas francos en el dia, la mayor parte de los ministros escoceses se aprovechan de aquel momento para elevar al cielo una oracion, y dirigir á los circunstantes una plática que les hace tanto mayor impresion cuanto se hallan todavía en presencia de los restos de uno de sus semejantes, á quien vieron poco ántes lleno de salud, y miran

ahora como serán ellos dentro de poco; pero esta loable costumbre no se habia adoptado aun en los tiempos de que hablamos, ó á lo menos el señor Blattergowl no tuvo por conveniente conformarse con ella, y se terminó la ceremonia sin ningun ejercicio de religion.

El féretro cubierto del paño funerario era llevado ya por los mas próximos parientes. No se aguardaba mas que al padre, que segun la costumbre debia sostener la testera. Dos ó tres parientes privilegiados le llamaban, pero él solo respondia indicandoles con la cabeza y con la mano que no podia resolverse á semejante esfuerzo. Considerando este acto como una demostracion de respeto por el difunto; insistieron en ello con mas celo que juicio, y le hubieran obligado á someterse á la costumbre, á no declarar Oldbuck que en calidad de señor estaba en ánimo de sostener él mismo la testera del féretro. El dolor ocupaba los corazones de todos los parientes; sin embargo aun se encontró bastante lugar en ellos para un movimiento de satisfaccion y de orgullo, recibiendo del laird semejante muestra de aprecio y distincion; y la vieja Alison Breck, que estaba presente, juró que el laird de Monkbarns no careceria jamas de ostras (se sabia que nuestro anticuario era aficionado), aunque debiese ir á pescarlas ella misma los dias

de viento y borrasca. Es tal el carácter del pueblo en Escocia, que quedó aquella gente mas agradecida al señor Oldbuck por este acto de condescendencia, que por el dinero que distribuia todos los años para limosnas en la parroquia.

El fúnebre acompañamiento se puso en marcha siguiendo con lentos pasos á dos portigueros con sus varas cubiertas de paño negro, infelices ancianos á quienes parecia ya llamar la tumba donde conducian á uno de sus semejantes, y que, segun se estilaba en Escocia, llevaban vestidos negros, pero muy usados, y sombreros cubiertos de un cendal funerario, amarillento por tan viejo.

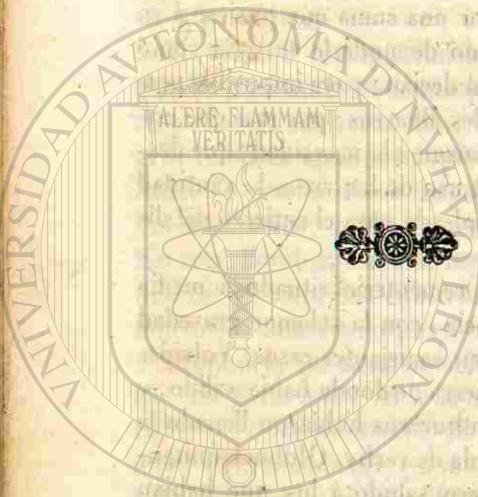
Pronunciarse altamente el anticuario contra este gasto inútil, si se le hubiese consultado; pero manifestando su opinion, perdiera seguramente mas popularidad de la que habia adquirido accediendo á representar al padre en la fúnebre ceremonia. Oldbuck no lo ignoraba; tuvo, pues, bastante prudencia para abstenerse de dar consejos que hubieran sido mal recibidos. En efecto, los aldeanos escoceses tienen todavia la manía de desplegar una especie de pompa en estas ceremonias, en lo que se distinguan de tal modo antiguamente los grandes del reino, que el parlamento se vió obligado á publicar una ley

suntuaria contra estos excesos, reprimiendo un lujo intempestivo. Sugetos se han visto de la última clase de la sociedad que se han privado no solamente de todo lo que hace agradable la vida, sino aun de las cosas mas necesarias para economizar una suma que pusiese á su familia en estado de poderle enterrar como cristiano, segun decian; y era imposible persuadir á los fieles albaceas, por mas que conociesen ellos mismos la necesidad, que destinasen para el uso de los vivos la cantidad inútilmente empleada para el entierro del difunto.

Llegaron al cementerio situado á media milla de distancia, con la solemne gravedad acostumbrada en semejantes casos. Volvióse el cuerpo á la tierra de donde habia salido; y cuando los sepultureros hubieron llenado la zanja y cubiertola de yerba, Oldbuck quitandose el sombrero saludó á los que habian asistido silenciosamente á la fúnebre ceremonia, lo que fué la señal de la dispersion.

El ministro ofreció á nuestro anticuario acompañarle hasta su casa; pero Saunders Mucklebackit y su madre habian inspirado tanto interes á Oldbuck, que la compasion y acaso tambien un impulso de aquella curiosidad que nos hace desear ver lo mismo que nos lastima, le decidieron á regresar solita-

riamente por la orilla del mar, para hacer otra visita á los afligidos habitantes de la cabaña del pescador.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

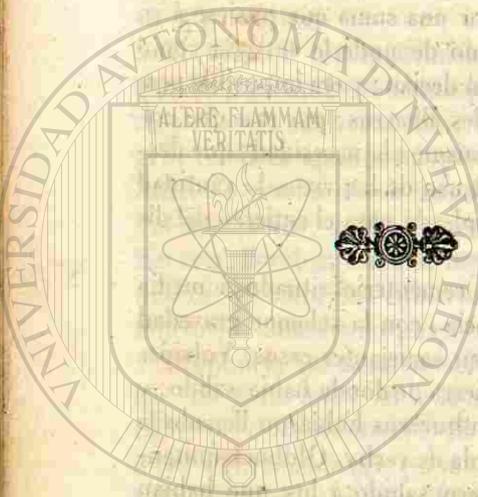
CAPITULO XXXII.

- » ¿Que negro crimen misterioso es este
- » Que no puede borrar la penitencia,
- » Y cuya confesion es tan costosa,
- » Que aflige al pecador la sola idea ?
- » Ella me vé y me escucha ¡desgraciada!
- » Con la tranquilidad de la inocencia;
- » Pareceme imposible que sus labios
- » No den de agitacion ninguna muestra.

(WALPOLE, *la Madre misteriosa.*)

EL féretro acababa de salir de la cabaña, seguido de todos los que debian formar el acompañamiento, colocandose cada uno en el lugar que le correspondia, segun su grado de parentesco con el difunto; algunos otros daban la mano á sus hermanitos que veian con sorpresa una ceremonia que apenas comprendian. Las vecinas se habian retirado á su vez, y por consideracion á la amargura del marido y de la muger, se habian llevado consigo todas las niñas, á fin de dejar á los infelices padres en libertad de abrirse su corazon, y de aliviar su pesar hablando del que le producía; pero sus buenas intenciones no produjeron el efecto que esperaban. Apenas la última vecina salió de la cabaña cuya puerta

riamente por la orilla del mar, para hacer otra visita á los afligidos habitantes de la cabaña del pescador.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XXXII.

- » ¿Que negro crimen misterioso es este
- » Que no puede borrar la penitencia,
- » Y cuya confesion es tan costosa,
- » Que aflige al pecador la sola idea ?
- » Ella me vé y me escucha ¡desgraciada!
- » Con la tranquilidad de la inocencia;
- » Pareceme imposible que sus labios
- » No den de agitacion ninguna muestra.

(WALPOLE, *la Madre misteriosa.*)

EL féretro acababa de salir de la cabaña, seguido de todos los que debian formar el acompañamiento, colocandose cada uno en el lugar que le correspondia, segun su grado de parentesco con el difunto; algunos otros daban la mano á sus hermanitos que veian con sorpresa una ceremonia que apenas comprendian. Las vecinas se habian retirado á su vez, y por consideracion á la amargura del marido y de la muger, se habian llevado consigo todas las niñas, á fin de dejar á los infelices padres en libertad de abrirse su corazon, y de aliviar su pesar hablando del que le producía; pero sus buenas intenciones no produjeron el efecto que esperaban. Apenas la última vecina salió de la cabaña cuya puerta

tuvo buen cuidado de cerrar suavemente, cuando el padre, habiendose asegurado con una rápida mirada de que ya no quedaba dentro ninguna persona estraña, juntó las manos y levantólas mas arriba de su cabeza prorumpiendo en gritos de desesperacion que habia hasta entónces contenido: no pudiendo tolerar el peso de su afliccion, arrojóse á la cama de la cual acababan de quitar el féretro, y se abandonó sin reserva á todo su dolor. En vano la desgraciada madre asustada por la violencia del sufrimiento de su marido, mucho mas peligroso cuando se apodera de un hombre de groseras costumbres y de constitucion robusta, reprimió sus sollozos y gemidos, y tirandole de la falda de su chaqueta, le pidió por Dios que se levantase, teniendo presente que si habia perdido á su hijo mayor, le quedaban una esposa y otros hijos á quienes debia consolar y mantener. Este llamamiento á su corazon se hizo demasiado pronto y no produjo efecto alguno. Permaneció tendido en la misma posicion, demostrando con la violencia de sus sollozos, con una agitacion que hacia temblar la cama y el tabique contra el cual estaba apoyada, con el movimiento convulsivo de sus miembros, y con la especie de frenesí con que cogia y apretaba la cubierta, euan profundo y patético es el dolor

de un padre que tiene la desgracia de sobrevivir á su hijo.

— ¡Ah! ¡que dia tan funesto! exclamó la pobre madre á quien habia secado las lágrimas el terror que le inspiraba el estado de su marido; ¡y nadie aquí para ayudar á una pobre muger desconsolada! ¡Ah madre mia! si vm. pudiese solamente decirle una palabra, escitarle á la resignacion....

Con grande admiracion suya, y aumento al mismo tiempo de sobresalto, la madre de su marido la oyó y la comprendió. Levantóse, atravesó el cuarto con paso mas firme de lo que acostumbraba, y permaneciendo de pié junto á la cama en que estaba echado su hijo, le dijo: — Levantate, hijo mio, y no llores por el que se halla al abrigo de la tentacion y del pecado; llora mas pronto por los que quedan en este valle de lágrimas y de tinieblas; llora por mí, que lo necesito mas, por mí que no lloro ni puedo llorar por nadie.

La voz de su madre, que por espacio de muchos años no habia sonado para tomar parte en los negocios particulares de la familia, ni para dar un consejo ni proferir una palabra consolatoria, produjo gran efecto en su hijo. Levantóse, sentóse al lado de la cama, y el silencio de un abatimiento profundo sucedió al frenesí de la desesperacion. Elspeth

volvió á su silla, Maggia tomó, sin pensar lo que hacia, una Biblia vieja, y pareció dedicarse á leer, por mas que sus ojos estuviesen arrasados de lágrimas.

Tal era la situacion de esta familia cuando llamaron á la puerta.

— ¡Ay Dios mio! dijo la pobre madre, ¿quien puede venir á estas horas? es preciso que sea alguien que no haya oido hablar de nuestra desgracia.

Llamaron por segunda vez. Levantóse entónces, y fué á abrir la puerta diciendo con tono de reconvencion: — ¿Quien viene á incomodar á una familia afligida?

Un hombre alto, vestido de luto, se introdujo entónces en la cabaña, y Maggia conoció al instante al conde de Glenallan.

— ¿Es aquí, ó en alguna de las cabañas inmediatas, preguntó, donde podré encontrar á una vieja llamada Elspeth, que ha vivido mucho tiempo en Craighburnsfoot, cerca de Glenallan?

— Es mi madre, milord, pero no puede ver á nadie en la actualidad. ¡Ah! nos ha sucedido una terrible desgracia, estamos en brazos de la mayor afliccion.

— No permita Dios, buena muger, que yo interrumpa el desahogo de vuestro dolor sin un poderoso motivo; pero mis dias estan

contados, vuestra madre ha llegado á una edad bien avanzada, y si no la veo hoy, tal vez no nos será posible encontrarnos mas en esta vida.

— ¿Y que negocio tiene vucencia que tratar con una muger oprimida por la edad y la amargura? Ni señor ni aldeano entrará en mi casa el dia que han sacado de ella á mi hijo en el ataud.

Diciendo esto, se entregaba á la propension colérica propia de su genio y de su profesion, que empezaba á confundirse con su dolor, cuyo primer ímpetu habia pasado ya. No habia hecho mas que entreabrir la puerta y colocadose de modo que impidiese el paso á lord Glenallan, cuando oyó la voz de su marido que gritaba: — Maggia, ¿por que le impides la entrada? Que haga lo que quiera: no daria yo la punta del peor cable para estorbar que nadie entre ó salga de mi casa.

Maggia obedeció á su marido, y dejó entrar á lord Glenallan. Los estragos visibles que habia causado la pena en su flaco cuerpo y desfigurado rostro formaban singular contraste con los que se notaban tanto en las groseras y tostadas facciones del pescador, como en la fisonomía masculina de su muger. El conde se acercó á la vieja, que segun su costumbre estaba sentada junto á la chimenea, y

le preguntó con una voz tan clara como pudo:

— ¿Sois vos Elspeth de Craighburnsfoot?

— ¿Quién me habla de la vivienda de aquella malvada muger?

— El conde de Glenallan.

— ¡El conde de Glenallan!

— Sí, el que se llamaba William lord Gerardino, y que por la muerte de su madre ha adquirido el título de conde de Glenallan.

— Abre el postigo, dijo Elspeth á su nuera con tono firme y con la mayor viveza, abre pronto el postigo para que yo pueda ver si efectivamente es lord Gerardino, el hijo de mi señora, el que tuve en mis brazos una hora despues de nacido, y que debe maldecirme por no haberle ahogado entónces.

Habiase cerrado el postigo segun estilo, para que una media oscuridad contribuyese aun á dar un aspecto todavía mas lúgubre y sombrío á la solemnidad de las exequias. Magia le entreabrió como deseaba su suegra, y un rayo de viva luz, tal como le introdujera Rambrand, atravesando la oscurecida y ahumada atmósfera de la cabaña, iluminó las facciones del desgraciado lord y las de la vieja sibila, que puesta de pié delante del conde de cuya mano se habia apoderado, fijaba en él la vista, y moviendo el dedo índice á poca distancia de su propio rostro, parecia examinar

todas sus líneas y comparar lo que veia con lo que le sugeria su memoria. Cuando hubo terminado el examen: — ¡Que mudanza! dijo arrojando un profundo suspiro: ¡que terrible mudanza! Pero ¿quien tiene la culpa? Este es un secreto escrito con una pluma de hierro en registros de bronce, allá donde se notan todas las acciones de los hombres. ¿Y que quiere lord Gerardino, añadió despues de un momento de silencio, de una pobre vieja como yo, que debe ya contarse entre los muertos, y que solo pertenece á los vivos porque la tierra no la cubre aun?

— Pero en nombre del cielo, dijo lord Glenallan, vos sois la que debéis manifestarme por que me hicisteis rogar que viniese á veros tan precipitadamente, y aun apoyando vuestra súplica con la presentacion de una prenda á la cual sabíais que no podia negar cosa alguna.

Diciendo esto, sacó de su bolsillo la sortija que le habia entregado Edie Ochiltre, que presentó á la vieja.

Su vista produjo inmediatamente en Elspeth un efecto bien extraordinario. El temblor del miedo agregóse al de la vejez, y púsose á registrar sus faltriqueras con la agitacion y la priesa de una persona que empieza á temer que ha perdido alguna cosa de mucha importancia. Pareciendo, por fin, haberse

convencido de que sus temores no carecian de fundamento, volvióse al conde, y le dijo: — ¿Por que casualidad poseeis vos este anillo? ¿como os lo habeis procurado?; Yo creia haberle guardado con tanto celo!.... ¿Que va á decir ahora la condesa?

— ¡Como! ¿no ha llegado á vuestra noticia que mi madre es muerta?

— ¡Muerta!.... ¿de veras?.... ¿ha dejado por fin sus tierras, su castillo, sus dominios?

— Todo, buena muger, todas las vanidades que tarde ó temprano deben abandonar los mortales.

— ¡Ah! ahora me acuerdo que lo habia oido decir; pero ¿ha habido desde entónces tanta afliccion en nuestra familia!.... ¿se ha debilitado mi memoria de un modo tan sensible! Pero ¿estais bien seguro de que vuestra madre la condesa fué á reunirse con sus abuelos?

El conde volvió á asegurarle que su antigua señora no existia ya.

— Pues bien, dijo Elspeth, este secreto no oprimirá mi corazon por mas tiempo. Durante su vida, ¿quien se hubiera atrevido á hablar de lo que ella no queria que se supiese? Pero ya se fué, y lo declararé todo.

Volviendose entónces á su hijo y á su nuera, les mandó con tono misterioso que saliesen

de la cabaña, y que la dejasen sola con lord Gerardino, pues continuaba siempre llamandole así; pero Maggia, pasado ya, como hemos dicho, el primer ímpetu del dolor, no se sentia muy dispuesta á una obediencia pasiva á las órdenes de su suegra, título que raras veces dispone á una nuera á la sumision en las clases ínfimas de la sociedad, y estaba tanto mas sorprendida de verla tomar aquel tono de autoridad, cuantos mas años habia que se desprendiera de él.

— Es cosa bien estraña, dijo entre dientes, pues la presencia y la clase del conde le imponian, que se mande á una madre salir de su casa, cuando tiene todavía los ojos anegados en lágrimas por haber visto llevar al cementerio á su hijo mayor.

El pescador añadió con tono mas firme y decidido: — Mal dia ha escogido vm. para contar sus rancias historias, madre mia. Milord, si acaso lo es, puede volver en otra ocasion, ó decirle á vm. ahora lo que le diere la gana: nadie se tomará aquí el trabajo de escuchar ni á vm. ni á él; pero ni por lord, ni por aldeano, ni por rico, ni por pobre, saldré de mi casa el dia....

Un nuevo crecimiento de dolor le privó de terminar su frase; pero como ya se habia levantado cuando entró lord Glenallan, y estaba

de pié desde entónces, volvióse á sentar junto á la cama sumamente abatido, bien que con la actitud de un hombre resuelto á cumplir su palabra.

Pero la vieja Elspeth, á quien este momento de crisis parecia haber vuelto la firmeza de carácter y la superioridad de ánimo que antiguamente poseia, levantóse de su silla, y adelantandose ácia su hijo, le dijo con solemne tono: — Hijo mio, si no quieres oir la confesion de los delitos de tu madre y ser testigo de su oprobio, si temes su maldicion, si respetas á la que te ha llevado en su vientre y te ha alimentado con su leche, yo te mando que me permitas decir á lord Gerardino lo que solo debe llegar á sus oidos. Obedece á tu madre, á fin de que cuando cubras su cabeza de polvo (¡pluguiese al cielo que fuese hoy mismo!), puedas acordarte de este momento, sin reconvenirme de haber desobedecido el último precepto que acaso te impondrá en su vida.

Estas palabras pronunciadas con tono grave y patético hicieron renacer en el corazon del pescador la habitud y el instinto de la obediencia á que su madre le habia acostumbrado, y á que no faltó jamas miéntras conservó ella ileso su juicio. Un doloroso recuerdo contribuyó tambien á que se prestase á ceder á la

voluntad de su madre; al echar una mirada á la cama de donde acababan de llevarse el cadáver de su hijo: — El infeliz no me habia desobedecido nunca, dijo á media voz, jamas examinaba si tenia razon ó culpa; ¿por que, pues, ha de encontrarme mi madre menos dócil? — Tomando entónces por el brazo á su muger que no parecia estar muy dispuesta todavía á aquel acto de sumision, se la llevó consigo fuera de la cabaña, y cerró la puerta con el picaporte.

Luego que los desgraciados esposos hubieron salido, lord Glenallan, para impedir que la vieja volviese á caer en su estado letárgico, la instó de nuevo para que le enterase del motivo por que habia deseado verle.

— Demasiado pronto lo sabréis, respondió ella; me acuerdo bien distintamente de todo, y no creo que haya peligro de que lo olvide. Tengo tan presente mi cabaña de Craighburnsfoot como si la hubiese abandonado ayer, el prado por el cual el arroyo va á arrojarse al mar, las dos barquillas con sus velas desplegadas en la bahía que forma, la roca al extremo del parque de Glenallan, que sobresale y domina el mar... ¡Ah! sí, yo puedo olvidar que he tenido un esposo y que le he perdido; que no me queda mas que un hijo de los cuatro que he dado á luz; que repetidas desgracias

han disipado una fortuna mal adquirida; que esta mañana he visto salir de aquí el cadáver del mayor de mis nietos; pero no olvidaré jamás los días que he pasado en Craighburnsfoot.

— Vos érais la favorita de mi madre, dijo el conde deseando encaminarla al punto de donde se desviaba.

— Sí, lo era, no tenéis necesidad de recordarme. Ella me elevó más de lo que me correspondía, me dió más instrucción de la que suelen tener mis semejantes; pero al par del antiguo tentador, infundiéndome la ciencia del bien, agregó también por mi desgracia la del mal.

— Por amor de Dios, Elspeth, dijo el conde algo desconcertado, explicad mejor, si os es posible, lo que quereis darme á entender. Yo sé que vos habeis entrado en la confidencia de un espantoso secreto, tal que arruinaría las paredes si fuesen capaces de oirlo; pero, por favor, sacadme de tanta incertitud.

— Voy á complaceros, dijo Elspeth, un momento de paciencia. — Guardó silencio un buen rato, pero no era ya la torpeza de la imbecilidad ó de la apatía: iba á aliviar su corazón de un peso de muchos años; iba á hablar de cosas cuyo recuerdo ocupaba sin duda frecuentemente todas sus facultades intelectuales, aun cuando parecia insensible y muerta

para cuanto la rodeaba. Podemos aun añadir, como un hecho notable, que una especie de energía mental obraba tan poderosamente sobre sus fuerzas físicas y los nervios de todos sus órganos, que á pesar de su sordera oyó tan distintamente, como hubiera podido hacerlo en cualquiera otra época de su vida, todas las palabras que pronunció el conde durante aquella memorable conferencia, por más que fuesen varias veces interrumpidas por el horror y la desesperacion. Ella misma se expresó clara, distinta, pausadamente, como si hubiese querido asegurarse de que la comprendian, y no se entregó á aquellas habladurías y eternas digresiones tan naturales en las mugeres de su edad y estado. En una palabra, su lenguaje indicaba una educación superior á su clase, un ánimo firme y resuelto, y uno de aquellos caracteres de que se pueden aguardar grandes vicios y grandes virtudes. En el capítulo siguiente se enterará el lector de su revelacion.



CAPITULO XXXIII.

- « Nos persigue el atroz remordimiento
 » A quien la juventud no presta oido;
 » Mas si la edad y el tiempo nos agobian,
 » No es fácil evitarlo ó combatirlo.
 » Su emponzoñada flecha nos alcanza
 » Para servir de anticipado aviso
 » De que un Dios vengador apresta el rayo
 » Que nunca deja impunes los delitos.»

(COMEDIA ANTIGUA.)

— No tengo necesidad de participaros, dijo Elspeth al conde, que yo era la confidenta, la favorita de Joscelinda, condesa de Glenallan, ¡ que en paz descansen! vos tendréis presente sin duda que merecí su confianza por espacio de muchos años, á la cual correspondí con la mas sincera adhesion; pero perdí su gracia por un ligero acto de desobediencia que fué referido á vuestra madre por una persona que creia que estaba yo encargada de espiar sus acciones y las vuestras, y en esto no se engañaba.

— ¡ Muger! exclamó el conde con voz trémula y sufocada, no me hableis de ella, no pronuncieis su nombre delante de mí.

— Es preciso, replicó ella con serenidad y firmeza; de otro modo, ¿ como podríais comprenderme?

Apoyóse el conde en una silla, metióse el sombrero hasta las cejas, apretó las manos y los dientes como un hombre que se arma de todo su valor para sufrir una operacion dolorosa, y le hizo señã de continuar.

— Deciaos, pues, que mi desgracia habia sido principalmente obra de miss Evelina Neville, hija de un primo hermano, de un íntimo amigo de vuestro difunto padre, jóven hermosa que vivia y se educaba en el castillo. La historia de esta niña era misteriosa; pero ¿ quien se hubiera atrevido á preguntar á la condesa lo que ella queria tener oculto? Lo cierto es que en el castillo todos la apreciaban, escepto dos personas, vuestra madre y yo; ámbas la aborrecíamos.

— ¡ Justo cielo! ¿ y por que motivo? ¿ Habia acaso en el mundo una criatura tan dócil, tan amable, tan digna de inspirar afecto?

— Acaso tenéis razon; pero vuestra madre aborrecia todo lo que tenia relacion con la familia de vuestro padre, escepto su persona. Se habia disputado muchas veces con sus parientes despues de su matrimonio, pero estos detalles no tienen nada que ver con lo que debo deciros. Su odio contra Evelina Neville

fué en aumento cuando notó entre vos y aquella desgraciada jóven un principio de afecto. Bien podeis acordaros que vuestra madre se limitó entónces á tratarla con frialdad é indiferencia; pero la tempestad no tardó en estallar, y fué con tal violencia, que miss Neville se vió obligada á refugiarse en el castillo de Knockwinnock, bajo el amparo de la esposa de sir Arthur, que vivia en aquella época.

— Vos me desgarráis el corazón recordandome todos estos detalles, Elspeth; pero continuad, ¡y quiera el cielo aceptar mi sufrimiento en expiación de mi involuntario crimen!

— Algunos meses habia que estaba ausente. Una tarde yo aguardaba en mi cabaña á mi marido que salió á pescar, y vertia lágrimas amargas que me arrancaba el orgullo siempre que pensaba que habia perdido la gracia de mi señora, cuando me ví entrar repentinamente á vuestra madre, pues no estaba echado el cerrojo en la puerta. Creí á la verdad que era un espectro, tanto porque nunca me habia hecho el honor de una visita, aun cuando disfrutaba de su privanza, como porque estaba tan pálida, tan horrorosa como si saliese del sepulcro. Sentóse, sacudió las gotas de agua que caian de sus cabellos y vestido, porque habia niebla y acababa de atravesar el parque,

cuyos árboles estaban todos cargados de rocío. Entro únicamente en estos detalles para probaros cuan bien grabado está en mi ánimo el recuerdo de aquella tarde, y tengo en efecto poderosos motivos para no olvidarlo. Sí, milord, el terror me privó del uso de la palabra, á mí que habia presenciado sin inmutarme mas de una escena espantosa. Despues de un momento de silencio: — Elspeth Cheyne, me dijo, pues siempre solia llamarme con mi nombre de soltera, ¿eres tú verdaderamente la hija de aquel Reginaldo Cheyne que sacrificó su vida en el campo de batalla de Sherifmuir para salvar la de su señor el conde de Glenallan? — Sí, le respondí yo con casi tanto orgullo como ella misma, tan cierto como vos lo sois de aquel conde de Glenallan que hubiera perecido sin la admirable adhesión de mi padre.

Aquí Elspeth se detuvo un momento.

— Pues bien, por favor, continuad, hablad, yo os lo ordeno.

— ¡Ah! poco caso hiciera yo de las órdenes que podrian darme en la tierra, si no hubiese oido una voz que me habla cuando velo, cuando duermo, y que me obliga, á pesar mio, á haceros esta penosa confidencia. Pues bien, milord, la condesa me dijo lo siguiente: — Mi hijo ama á Evelina Neville; estan de acuerdo, se han dado palabra de casamiento;

si llegan á tener un hijo, yo pierdo todos mis derechos, y en lugar de ser condesa, no seré mas que una infeliz viuda administradora. Yo que he llevado á mi esposo tierras, vasallos, una esclarecida nobleza, una antigua celebridad, ¡todo lo pierdo en el momento en que mi hijo tenga un heredero! Esto sin embargo no es mas que una consideracion secundaria. Si mi hijo hubiese elegido por esposa á cualquiera otra jóven que no perteneciese á esa odiosa familia de los Nevilles, aun tomaria paciencia; pero verlos á ellos y á sus descendientes gozar de la dignidad y de los honores de mis antepasados, es clavar en mi corazon el mas agudo puñal. Esta muchacha por otra parte... la detesto. — Y yo tambien, le respondí, pues sus palabras se habian introducido é inflamado mi pecho.

— ¡Miserable! exclamó el conde á pesar de la resolucion que habia tomado de guardar silencio: ¿que motivos de odio y animosidad podiais tener contra tanta inocencia y candor?

— Mis sentimientos se modelaban por los de mi señora. ¿No era esta la costumbre de todos los vasallos de la casa de Glenallan? Vos debéis saber, milord, que aunque yo hubiese hecho un mal casamiento, ninguno de vuestros antepasados se puso en campaña sin que alguno de los abuelos de la infeliz que

os habla llevase su escudo; pero yo tenia motivos particulares para aborrecer á miss Evelina Neville. Diéronme la comision de ir á buscarla á Inglaterra, y durante el viage no hizo mas que burlarse de mi traje y acento escocés, como lo hacian seguramente sus compañeras en la pension, segun creo que se llaman aquella especie de colegios donde se educan las niñas.

Por mas estraño que esto parezca, Elspeth hablaba del pretendido agravio que le habia hecho mas de veinte años atras una muchacha saliendo de la pension, y que lo menos que pensaba era insultarla, con un calor y un encono que una ofensa mortal no hubiera seguramente producido en un juicio sano despues de tanto tiempo: — Si, repitió, ella me puso en ridiculo; pero los que desprecian el *tartan* de los Escoceses deben aprender á guardarse de la punta de su puñal.

Despues de un instante de silencio continuó:

— Confieso sin embargo que la odiaba mas de lo que merecia. — Elspeth Cheyne, me dijo la condesa, este hijo desobediente deshonrará su sangre mezclandola con la inglesa. En otra época, hubiera sepultado al uno en los calabozos de Glenallan, y encerrado á la otra en mi torre de Strathbonnel; pero no existe ya el tiempo en que tales actos me fueran permitidos: en el dia de hoy la autoridad de

que debieran estar revestidos los nobles del pais se ha puesto en manos de jueces plebeyos y letrados oscuros. Escucha, pues, Elspeth Cheyne, si somos las dos dignos miembros de nuestras familias, voy á indicar un medio de evitar su enlace. Ella viene muchas veces á pasearse por la roca á cuyo pié se halla situada tu cabaña, para tener el gusto de ver remar á mi hijo en su esquife (ya os acordaréis, milord, que este era entónces uno de vuestros divertimientos favoritos); pues bien, que el mar sea su sepultura. — ¿Por que me mirais, milord, con este aire de admiracion y de incredulidad? Lo que yo os digo es tan cierto como el que dentro de poco debo hallarme en presencia del único ser que he temido en mi vida. ¡Pluguiese al cielo que le hubiese temido mas! Con todo me repugnaba cargar mi conciencia con la muerte de una jóven de tan tierna edad. Vuestra madre añadió: — Segun las máximas de la santa Iglesia católica romana, son parientes demasiado próximos para poder casarse; no dudo que renunciarán á su religion, así como faltaron á la obediencia. — A estas palabras, el maligno espíritu que está siempre pronto á sugerir malos consejos á aquellos cuyo corazon se halla dispuesto á recibirlos, me inspiró la siguiente respuesta: — Pero ¿no podria hacerseles

creer que son tan próximos parientes que ninguna religion autorizaria su enlace?

Aquí el conde la interrumpió prorumpiendo en un grito tan agudo, que hubiera podido oirse á cincuenta pasos de la cabaña. ¡Ah! exclamó, ¿con que Evelina Neville no era....?

— ¿La hija de vuestro padre? No: que sea esto para vos un objeto de afliccion ó de consuelo, es preciso que sepais la verdad. Evelina Neville era tan hermana vuestra como yo.

— Muger, cuidado con engañarme. No me hagais maldecir la memoria de una madre á quien he rendido tan recientemente los fúnebres honores, procurandome persuadir que ha sido cómplice de la mas cruel é infernal maquinacion.

— Antes de maldecir la memoria de una madre que ya no existe, lord Glenallan, ved si acaso encontraréis entre los individuos de vuestra familia alguno lleno de vida, cuyas faltas hayan ocasionado tan terrible catástrofe.

— ¿Mi hermano, quereis decir? ha muerto tambien.

— No, lord Gerardino, de vos mismo pretendo hablar. Si vos no hubiéseis faltado á la sumision y obediencia que un hijo debe á su madre, casandoos secretamente con miss Neville cuando se hallaba en Knockwinnock,

nuestra maquinacion os hubiera separado á lo menos por algun tiempo, y vuestro dolor no hubiera sido exasperado por el remordimiento. Vos solo emponzoñásteis las armas de que nosotros nos servíamos, que penetraron mas profundamente en vuestro corazon, porque nada hicisteis para evitar nuestros golpes. Si hubiéseis reconocido y publicado vuestro enlace, no habríamos podido ni querido valernos de una estratagemá que solo se adoptó para precaverle.

— ¡Justo cielo! exclamó el desgraciado conde, como si un nuevo rayo de luz hubiese herido sus eclipsados ojos; ahora comprendo los esfuerzos indirectos que hizo muchas veces mi madre para calmar mi desesperacion, pareciendo admitir la duda de un hecho de cuya certitud me habia ella misma salido garante.

— No podia hablaros mas claro sin confesar su engaño, y ántes se hubiera dejado arrastrar por cuatro caballos desbocados, lo que haria yo misma por ella si viviese aun. Toda la estirpe de los Glenallanes, hombres y mugeres, han tenido siempre una alma impertérrita y firme, y lo mismo sucedia con los que antiguamente se reunian al grito de *Clachnaben*. Vivian en la mas estrecha union; ni un solo vasallo hubiera abandonado á su gefe por motivos de interes; todos le obedecian sin exa-

minar si tenia razon ó culpa: los tiempos, segun se dice, han cambiado mucho.

El conde estaba demasiado embebido en reflexiones dolorosas que escitaba en su ánimo lo que acababa de saber, para fijar su atencion en el entusiasmo de una tosca fidelidad, en la cual, aun en el mismo borde del sepulcro, parecia hallar un manantial de placer y de consuelo la que habia causado todas sus desgracias. — ¡Dios todopoderoso! exclamó: ¡con que me hallo inocente del crimen mas horrible que se pueda cometer en la tierra, de un crimen que, aunque involuntario, me ha causado veinte años consecutivos de remordimientos que han destruido la paz de mi corazon y la salud de mi cuerpo, abriendo mi sepultura ántes del tiempo fijado por el destino! Recibe mi humilde accion de gracias, añadió con fervor levantando los ojos al cielo; si he vivido tan infeliz, no moriré á lo menos agobiado con un crimen que horroriza á la naturaleza. Y tú, muger, si tienes alguna cosa mas que comunicarme, prosigue miéntras te queda fuerza para hablar, ó á mí no me abandona la necesaria para escucharte.

— Sí, respondió Elspeth, no está lejos la hora en que yo no podré hablar, ni vos oír. La muerte ha aplicado ya su sello en vuestra frente, y yo siento cada día mas en mi corazon

el peso de su mano helada. No me interrumpais con vuestras exclamaciones, gemidos y vituperios, escuchad hasta el fin lo que tengo que deciros; luego, si sois un conde de Glenallan como los que existian antiguamente, segun he oido decir en mi juventud, mandad á vuestros vasallos que recojan brezos, espinos, ramas de acebo, para formar una hoguera tan alta como el techo de vuestro castillo; arrojad á las llamas la vieja hechicera Elspeth, ¡y perezca con ella todo lo que pueda recordar que semejante criatura ha existido en la tierra!

— Continuad, dijo el conde, continuad, no os interrumpiré.

Pronunció estas palabras con voz algo sufocada, pero resuelto á contenerse, temiendo perder esta ocasion de adquirir la prueba de cuanto acababa de oir; pero Elspeth estaba ya fatigada por la narracion anterior, y refirió el resto de su historia, aunque no de un modo ininteligible, á lo menos sin el orden, concision y claridad que se le habia notado hasta entónces. Por fin, cuando hubo tentado varias veces inútilmente continuar su relacion, lord Glenallan se vió obligado á secundar su memoria haciendole algunas preguntas, y empezó por reclamar las pruebas de una historia tan distinta de lo que se le habia dicho hasta entónces.

— Las pruebas del nacimiento de miss Neville, le respondió, existian en poder de la condesa, y habia razones poderosas para tenerlas ocultas por cierto espacio de tiempo. Estaban y estan tal vez ahora, si no las ha rasgado, en un cajon á mano izquierda de un escritorio de ébano que tenia en su tocador. Quería guardarlas hasta que vos hubiéseis partido otra vez para pais extranjero, y en vuestra ausencia se proponia casar á miss Neville, ó volverla á su patria.

— Pero ¿no me enseñásteis vos cartas de mi padre, que me parecieron indicar claramente, á menos que mis sentidos no me hubiesen alucinado en aquel terrible momento, que era padre tambien de la desgraciada....?

— Sin duda, y las cartas estando apoyadas por mi testimonio, ¿como vos ó ella hubiérais podido dudar de semejante hecho? Pero nosotras no os dimos la esplicacion de aquellas cartas; nos guardámos bien de deciros que vuestro padre tenia razones de familia que yo no conocia, para desear que miss Neville pasase por su hija durante algun tiempo.

— Pero, cuando supísteis que nos habíamos casado, ¿por que persististeis en tan abominable artificio?

— Solo despues que lady Glenallan os hubo contado esta falsa historia, sospechó que os

habíais casado de secreto; vos mismo no se lo confesásteis entónces con harta claridad para convencerla, pero tendréis sin duda bien presente lo que pasó en aquella terrible noche.

— Sí, vos jurásteis sobre los Santos Evangelios la verdad de un hecho cuya falsedad atestiguaís ahora.

— Sin duda, y hubiera prestado un juramento todavía mas sagrado, si existiera alguno. Jamas pensaba yo en salvar mi cuerpo ni mi alma, tratandose de servir á la casa de Glenallan.

— ¡Miserable! ¿y os atreveis á llamar un servicio hecho á la casa de vuestros bienhechores aquel horrible perjurio que tuvo tan funestas consecuencias?

— Sí; yo servia como queria que la sirviesen la que debia considerarse entónces como el gefe de la familia. Ella será la que tenga que dar cuenta á Dios de la órden que me dió, asi como yo deberé hacerlo del modo como la cumpli: ella ha comparecido ya ante el tribunal del Juez supremo; yo no tardaré en seguirla. ¿Os he dicho ya todo lo que queríais saber?

— No: es preciso que me hableis todavía de la muerte de aquel ángel á quien vuestro perjurio impelió á la desesperacion, y que murió persuadida de haber cometido un espantoso

erímen. Decidme la verdad: ¿aquel horrible acontecimiento sucedió en efecto del modo que se aseguró entónces? ¿No fué acaso un nuevo acto de crueldad atroz?

— Ya os comprendo. No; lo que se dijo entónces era cierto. Nuestro falso testimonio fué la causa de aquella catástrofe; pero Evelina sola, en su desesperacion, aceleró el fin de sus dias. Cuando se os participó aquella impostura que tantos males produjo, cuando os separásteis de la condesa como un frenético para montar á caballo y ausentaros del castillo con la rapidez del rayo, vuestra madre no habia aun descubierto vuestro oculto enlace; ella ignoraba que la union que deseaba impedir se habia verificado cerca de nueve meses ántes. Vos partísteis como si el fuego del cielo debiese reducir á cenizas el castillo; y miss Neville, casi falta de razon, fué presa y bien guardada; pero la centinela se durmió, y la encarcelada tuvo ocasion de hacer lo que quiso. La ventana estaba abierta, el parque delante, la roca al extremo del parque, el mar bañaba el pié de la roca. ¡Oh! ¿cuando olvidaré yo aquella terrible noche?

— ¿De esta suerte, pereció en el mar, conforme se dijo?

— No: yo me hallaba á la orilla del mar, la marea bajaba, y ya sabeis que venia casi

hasta mi cabaña, lo que era muy cómodo para el oficio de mi marido.... ¿Que es lo que queria deciros? — Yo ví en la oscuridad alguna cosa blanca que caia de lo alto de la roca, y el ruido que hizo al caer en el agua me persuadió que era una criatura humana. Yo era osada, vigorosa, acostumbrada al mar; precipitéme á las aguas, la saqué de ellas, y me la cargué en los hombros; dos como Evelina hubiera podido llevar. Coloquéla en mi cama en la cabaña, y algunas vecinas viniéron á ayudarme; pero las primeras palabras que pronunció, al recobrar el uso de la palabra, me determináron á despedirlas, y mandé dar aviso á la condesa que me envió su criada española Teresa. Si existía en la tierra una furia bajo forma humana, era sin duda aquella muger. Ella y yo debíamos cuidar á la desgraciada señorita, ninguna otra persona podia acercarse á ella. Ignoro las órdenes que habia recibido Teresa, nunca me las dijo; pero el cielo se encargó de la conclusion del negocio. A la pobre jóven diéronle dolores prematuros de parto, dió á luz á un hijo varon, y murió en mis brazos, en los brazos de su mortal enemiga.... Sí, bien podeis llorar, pero yo.... ¡infeliz!.... ¿que sacaria de derramar ahora lágrimas, cuando no las vertí entónces?... sin embargo, era un espectáculo digno de com-

pasion. Dejé á Teresa con la difunta y el recién nacido, y yo me fuí á tomar órdenes de la condesa. Aunque estaba muy adelantada la noche, conseguí verla; mandó venir á vuestro hermano....

— ¡Mi hermano!....

— Sí, lord Gerardino, á vuestro hermano á quien, segun muchos aseguraban, la condesa deseaba tener por heredero. De cualquier modo, él era el que tenia aparentes derechos á su sucesion, si vos moriais sin hijos.

— ¿Y fuera posible que mi hermano, por codicia, ó para asegurarse la posesion de los bienes, diera oidos á una trama tan vergonzosa y cruel?

— Parece que vuestra madre siguió sus consejos, respondió Elspeth con una sonrisa infernal; pero esta nueva maquinacion no fué obra mia: ignoro lo que pasó entre los dos, pues no asistí á su conferencia. Permaneciéron mucho tiempo encerrados en el salon enmaderado de roble negro, y cuando vuestro hermano pasó por el cuarto donde yo aguardaba, me pareció, ó á lo menos asi se me figuró despues, que llevaba todo el fuego del infierno en sus ojos y facciones; pero su madre sentia tambien en su pecho el incendio devorador. Corrió ácia mí como una muger frenética, y las primeras palabras que me dijo fuéron

estas: — Elspeth Cheyne, ¿has arrancado nunca de su cáliz un capullo reciénabierto? Yo respondí, como se deja presumir, que me habia sucedido mas de una vez. — Pues bien, me dijo ella, ya sabes lo que has de hacer del bastardo herege que ha nacido esta noche para afrenta y vilipendio de la ilustre casa de mi padre. Toma (y me entregó al mismo tiempo un largo alfiler de oro que sujetaba sus cabellos), solamente el oro debe verter la sangre de Glenallan. Este niño puede considerarse como muerto, y ya que tú y Teresa sois las únicas enteradas de su existencia, desaparezca para siempre: las dos me responderéis de la ejecucion. — Hubierase podido tomarla por una furia miéntras hablaba así; pusome el alfiler en la mano, y se retiró. Tomadle... este alfiler y el anillo de miss Neville, he aquí todo lo que me queda de las joyas y dinero mal adquirido que me valió este malhadado asunto. Hasta aquí habia guardado el secreto con la mayor fidelidad, pero no era por ninguna especie de interes pecuniario.

Su descarnada mano presentó entónces al conde un alfiler de oro muy largo, del cual se le figuró al infeliz padre que veia aun degotar la sangre de su hijo.

— ¡Miserable!... ¿y tuvisteis valor?...

— No puedo decir si le hubiera tenido ó no.

Volví tan precipitadamente á la cabaña, que mis piés no llegaban á tocar al suelo; pero ya no encontré á Teresa, ya no encontré al niño; todq lo que respiraba habia partido, no quedaba mas que un cuerpo inanimado.

— ¿Y no supisteis despues cual fué la suerte de mi hijo?

— Jamas; solo pude conjeturarlo. Conocia las intenciones de vuestra madre, y sabia que Teresa era una furia del averno. Nunca mas volvió á parecer en Escocia, y oí decir que habia regresado á su pais natal. Un espeso velo cubrió lo que habia pasado, y los que llegaron á saber algo no viéron en ello mas que una seduccion y un suicidio. Vos mismo....

— Todo me consta.

— Sin duda, vos sabeis ahora cuanto pudiera yo deciros. ¡Herederó de Glenallan! ¿seréis capaz de perdonarme?

— Implorad el perdon de Dios, pero no lo esperéis de un hombre, dijo el conde volviendo el rostro.

— ¿Y como imploraré de un ser puro y sin mancha lo que me niega un pecador como yo? Si delinquí, ¿no he padecido tambien? ¿He disfrutado acaso de un solo dia tranquilo, de una sola hora de descanso, desde que ví su larga cabellera, bañada de agua del mar, estendiéndose sobre mi cabeza?

Craigburnsfoot? ¿No se pegó fuego á mi casa y se quemó todo lo que habia dentro, incluso un hijo mio que dormia en la cuna? ¿No se perdiéron mis dos barcas con mi marido y dos de mis hijos, cuando las otras llegaban felizmente á buen puerto? ¿Todo lo que yo amaba en el mundo no ha tenido que sufrir por mi delito? ¿El fuego, los vientos, el mar, no han recibido su parte? ¿Ojalá, añadió levantando por un instante los ojos al cielo y bajandolos luego, ¿ojalá que la tierra hubiese tomado tambien la que le corresponde de una infeliz que aguarda la muerte tanto tiempo hace!

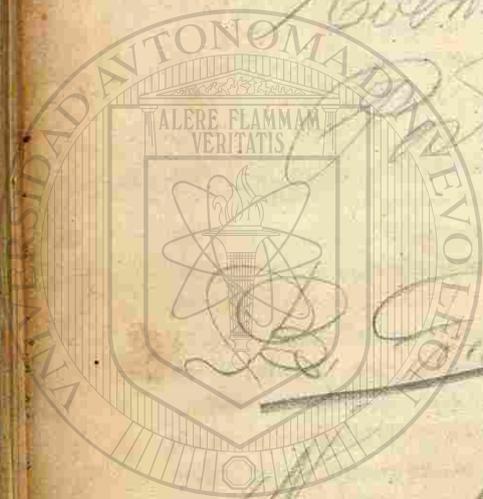
Lord Glenallan se hallaba ya á la puerta de la cabaña; pero su generosidad natural no le permitió dejar abandonada á la desesperacion á aquella desgraciada muger. — Elspeth, le dijo, ¿quiera el cielo perdonaros como yo os perdono! Implorad la misericordia de aquel que solo puede concederosla. ¿Ojalá que vuestros ruegos sean atendidos como los míos! Os enviaré un sacerdote.

— No, no, exclamó con vehemencia, no quiero sacerdotes; pero la puerta de la cabaña se abrió en aquel instante, y la llegada de un tercero no le permitió continuar.

— No puede decir si le hubiera tenido o no.

Saturday

Evening



Noviembre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1918
León

UANIL

®



E NUEV
BLIOTEC